

- 2 -
EL BANDIDO CHILENO

JOAQUIN MURIETA

EN CALIFORNIA

POR ROBERTO HYENNE

—
TRADUCIDO DEL FRANCES

Por C. M.

~~~~~  
**DÉCIMA EDICION**  
~~~~~

SANTIAGO

IMPRENTA VALPARAISO DE FEDERICO T. LATHROP

—
1902

EL BANDIDO CHILENO

JOAQUIN MURIETA

EN CALIFORNIA

POR ROBERTO HYENNE



TRADUCIDO DEL FRANCES

Por C. M.

~~~~~  
**DÉCIMA EDICION**  
~~~~~

SANTIAGO

IMPRESA VALPARAISO DE FEDERICO T. LATHROP

—
1902

INTRODUCCION

I

No hai un solo ambicioso de oro, de aquellos que visitaron a California durante los años de 1850, 51 i 52, que no conozca el nombre de ese famoso bandido cuyas terribles aventuras vamos a narrar. Todo el pais del oro, desde Méjico a Oregon, desde las montañas Rocosas hasta las márgenes del Pacífico conserva aun el recuerdo de ese hombre a quien el asesinato i el robo han hecho tan tristemente célebre.

La Francia, como todo pais civilizado, puede, en caso de necesidad, citar, rejistrando sus anales, un gran número de bandidos, que parecen haberse esforzado por superarse los unos a los otros. Cartouche, Mandrin, los Chauffers se han señalado sucesivamente en la carrera del crimen.

En Italia el pueblo habla aun con cierto terror del célebre Fra Diávolo, que despues de una existencia que no pudo ilustrar mas, ha tenido la desgracia de verse trasformado en héroe de ópera cómica por Mr. Scrib. ¡Vaya un héroe, Dios mio! Que la responsabilidad de este último crimen caiga toda sobre el libretista.

A pesar de la fama que tiene en Italia Fra Diávolo, a pesar de la reputacion bien establecida de que gozan los Cartouches i Mandrin de nuestro pais, no podemos ménos de confesar que Joaquin Murieta, el bandido de California, los ha sobrepasado a todos.

Léjos de mí la pretension de presentarlo como una de esas figuras que deben admirarse a todo trance, tanto en el

bien como el mal. Sin duda Joaquin, no es, como todas las jentes de su especie, mas que un asesino, un ladron, un jefe de partida; pero por lo ménos, es menester reconocerle su intrepidez, que alguna vez lo llegaba a ser temerario, su naturaleza jenerosa en el fondo, como lo prueban sus precedentes, i los motivos que lo arrastraron a armarse contra la sociedad en medio de la cual vivia.

California no es hoi lo que fué desde el año 48 al 52. En aquella época, a duras penas podia reconocerse allí un pais civilizado. Nadie podrá contradecirme; muchos han dicho lo mismo antes que yo, que su poblacion se componia entónces, en su mayor parte, de jentes sin conciencia, de malhechores escapados de las prisiones de su pais, hombres, en fin, que, poco mas o ménos, merecian ser colgados.

Los Estados Unidos habian proporcionado, por su parte, un buen contingente de estos últimos individuos, i los diarios, en la época a que me refiero, metieron mucho ruido con las fechorías de que los yankees se hicieron culpables, alternativamente con los mineros de las demas naciones. No era, por cierto, por amor a las armas que los extranjeros emigrados en California se incomodaban llevando todo un arsenal a la cintura. Los ataques de que se veian hechos el objeto incesantemente, justificaban de sobra las precauciones de toda especie que se veian obligados a adoptar en obsequio de la seguridad personal.

Joaquin Murieta, por su parte, no se encontró tampoco libre de las hostilidades. Su cualidad de chileno le señalaba particularmente al furor de los yankees, i no se decidió a entrar en esa guerra incesante, sino despues de haber sido atacado por ellos en lo que era mas caro. A fuerza de sufrimientos, le hicieron armarse para vengar el mal que le habian inferido.

Cosa notable; Joaquin, a no ser cuando se veia precisado por las mayores necesidades, consecuencias fatales de su posicion, jamas hizo mal a otros que a los americanos; solo para ellos se hizo bandido, i sobre ellos dirijia sus golpes. Mas de una vez se le vió dejar libres a los mineros i a los viajeros, solo porque no pertenecian a esa raza detestada que se habia hecho una mision de perseguir.

Los yankees, ya lo he dicho, se habian mostrado, con re-

lacion a él, tan violentos como ingratos; les hizo pagar cara la deuda de sangre que habian contraido con él.

Durante meses enteros no cesó de asediarlos i acosarlos por todas partes i a toda hora, frecuentemente en muchos puntos a la vez; les robaba su oro, sus caballos, incendiaba sus habitaciones, los asesinaba a ellos mismos, i todo esto sin que ellos lograsen aprehenderlo. La actividad que desplegaba supera todo lo que pudiera imaginarse; igualaba a su audacia, que es cuanto puede decirse.

Se le suponía por do quiera i no estaba en parte alguna. Su cabeza habia sido puesta a precio por una suma considerable; a pesar de esto, nadie pudo pescar su persona. Mas de una vez se anunció con gran ruido de cornetas, en todas las calles de San Francisco, que el gran bandido acababa de ser capturado; al dia siguiente se sabia por los correos, que bajaban espresamente de las minas, el incendio de un rancho, el robo de un centenar de caballos, el asesinato de cierto número de americanos, todo envuelto en circunstancias tales, que era imposible dejar de conocer en esas fechorías la mano de Joaquin.

Esta habilidad para sustraerse a todas las persecuciones, habia hecho pasar en vida a Joaquin al estado de personaje lejendario, i el interes que habia sabido inspirar el célebre chileno no ha disminuido despues. Por lo demas, se juzgará de todos sus méritos, leyendo las estrañas i terribles aventuras que vamos a narrar, i cuya autencidad certificamos.

II

Juventud de Joaquin

Joaquin vió la luz en Santiago. Su familia, orijinaria de la misma ciudad i mui honorable bajo todo sus aspectos, le hizo educar convenientemente i tuvo excelentes maestros. Durante toda su juventud se hizo notar por las mas dulces i apacibles disposiciones; nada anunciaba, entónces, el espíritu atrevido, indomable, que despues le hizo tan célebre.

Todos los que le conocieron en los días de su juventud, hablaban aun afectuosamente de esa bella naturaleza, tan noble i tan jenerosa; i apenas han podido persuadirse despues, que el sanguinario bandido californino, de quien vamos a contar la historia, fuese el mismo Marieta que habían conocido.

En 1845, Joaquin tenia 15 años; era grande, de una figura agradable, bien formado i, ademas de todo esto, con espíritu dispuesto a aventuras.

Habiendo muerto su padre en esta fecha, se trasladó a casa de un antiguo amigo de su familia, el señor Estudillo, i este buen hombre le hizo objeto de una acogida excelente. Mui pronto su protector obtuvo para él una plaza de oficial en una de las compañías del rejimiento que servia de escolta al Presidente Búlnes. Esta posicion, relativamente mediocre, debia, segun se le hizo entender, conducirle a los mas altos empleos de Gobierno; este era un peldaño de la escala.

Búlnes se habia mostrado siempre mui aficionado a la equitacion. Joaquin, a quien sus hazañas le habian hecho célebre en los campos vecinos, en donde mas de una vez se habia divertido en domar los mas altivos potros, vió en esta pasion del primer Majistrado de Chile un medio de hacerse conocer de él i de asegurarse su buena voluntad.

Sus esperanzas ambiciosas no se realizaron, sin embargo, tan rápidamente como él lo deseaba.

Se vió obligado a rebajar un poco sus pretenciones en presencia de la envidia i de los celos de sus camaradas. Entre los últimos, uno llamado Cumplido, se quejaba a cada paso de los aires damasiado aristocráticos que tomaba Joaquin. Este, sin embargo, no se dió por entendido de las miradas desdeñosas con que se le trataba, i se esforzaba en prescindir de ellas ocupándose esclusivamente de su asunto. Pero no era esto lo que queria. Cumplido. La ocasion que buscaba no tardó en presentarse

Habiendo sonreido un dia de la manerã de montar a caballo del jóven Joaquin, se siguió una querella. Se desafiaron i, escojido el dia de la lucha, se trataba de saber cuál de los dos adversarios era mejor jinete.

Llegado el dia, todos los compañeros de cuartel i la servidumbre del Presidente se reunieron con la esperanza secreta

de asistir a la derrota i a la completa humillacion del enviado Joaquin.

Los dos campeones comenzaron por correr la cancha, haciendo movimientos sin importancia, ejecutados como jugando; por fin, se llegó el salto final, que era el que debia decidir la cuestion sobre el mérito de los dos oficiales rivales.

Se trataba de salvar, sin que ni los cascos del caballo la tocasen, una muralla de adobe de cinco piés de altura i tres de espesor. Un espacio de cien metros se habia dejado libre para que los dos adversarios pudieran tomar vuelo.

Cumplido se lanzó primero; salvó felizmente el muro, i recibió de sus camaradas las felicitaciones mas entusiastas.

Ya Joaquin estaba a cincuenta piés de la muralla, no quiso emprender la carrera desde mas léjos. tenia la rienda suelta, i de repente clavó las espuelas al caballo i pasó por sobre el obstáculo. Pero mientras estaba en el aire, ajitó un pañuelo blanco, clavado en una baqueta, algun soldado de maligno espíritu, de suerte que el caballo volvió la cabeza i por esto alcanzó a rozar con los cascos parte del adobe.

Todos los concurrentes se echaron a reir a la vista del incidente que habia sobrevenido a Joaquin. Uno solo, un jóven oficial García, a quien en los primeros tiempos de su servicio le habia ocurrido una cosa semejante, no tomó parte en las demostraciones de los enemigos de Joaquin. Indignado de la conducta vergonzosa de Cumplido, se lanzó sobre él, espada en mano, i a no haber sido por Joaquin, que con rápido movimiento detuvo el brazo ya levantado, el infame habria pagado con su vida el acto de traicion.

Joaquin declaró que no permitiria que se derramase una gota de sangre por él. Despues, con una sonrisa de desprecio para su adversario, subió ágilmente a caballo, saltó de un golpe i sin tomar vuelo el muro de adobe, i salió del circuito.

Poco tiempo despues dejó la ciudad i partió al campo, determinado a dejar a un lado todos sus deseos ambiciosos i vivir feliz i tranquilo en los lugares encantadores en que habia pasado su juventud.

Con todo, al poco tiempo se fastidió de esta vida pacífica, i él, que tenia un animo inquieto por naturaleza i amigo de aventuras, determinó partir para San Francisco de California en busca de su hermano Carlos, que habia concurrido allí

con la abundante emigracion chilena de los años 46 i 47. Cuando Joaquin se determinó a hacer este viaje, comenzaba el año 48. Carlos habia obtenido en el pais del oro una concesion de cuatro leguas de terreno, que le hizo uno de aquellos jenerosos gobernadores que tan frecuentemente se encontraban en aquella época.

Prescindiremos de los episodios de la larga travesía de Joaquin. En las tempestades como en todos los otros jéneros de riesgos que hai en el mar, era el primero en arrostrar el peligro; durante el buen tiempo, amenizaba el viaje costeando con su bello espíritu i felices ocurrencias la diversion de toda la compañía.

Llegó a California, pero no sin haber desembarcado antes en un pequeño puerto de la Sonora, en donde existia una familia para quien llevaba cartas de recomendacion. Allí conoció, en el seno de aquel hogar, a una hermosa niña mejicana, llamada Cármela Félix. Escusado es decir que el ardiente corazon de Joaquin no permaneció insensible en presencia de aquella beldad, que tan benévolutamente le acogia. Carmela, por su parte, no disimulaba la impresion que le hacia este jóven extranjero de veinte años, de ánimo tan esforzado. El carácter emprendedor, la audacia del que persigue la fortuna, la té con que el aventurero acomete sus propósitos, sin saber lo que ha de ocurrir el dia de mañana, aquel desprendimiento heróico con que el hombre se presenta aislado en medio del mundo, todo esto ha ejercido siempre un misterioso imperio en el alma delicada de una mujer.

Aquí es oportuno hacer el retrato de estos dos fantásticos seres. Joaquin, que en su patria se habia ceñido al cinto una espada i cargaba en el brazo un brillante galon, no tuvo inconveniente para disfrazarse, al salir de su pais, con el traje popular. Este que llevado por jente ordinaria carece quizas de todo atractivo, en la persona de nuestro jentil viajero aparecia con toda la gracia i toda la elegancia de un atavío de escena. Vestía un pantalon charolado en la parte inferior i sostenido por una faja brillante de seda encarnada de la China. En la cintura habia sustituido al acero militar una fina lámina del mismo metal, oculta en una magnífica vaina

de cuero. Esta es la arma favorita de los chilenos; se llama cuchillo, i no es menos terrible que el revólver o cualquier otro instrumento de fuego. En vez de casaca llevaba ese conocido traje de toda la América española, que se llama poncho. Este consiste en una tela de lana de vicuña o de guanaco, de dos varas cuadradas, poco mas o ménos, adornada con vistosas franjas de varios colores, que, abierta por la parte central, da paso a la cabeza i cae elegantemente sobre los hombros.

Este traje tiene la ventaja de dejar el brazo desembarazado para cualquier movimiento i de conservar siempre fresco al individuo. La camisa, en Joaquin sobre todo, era blanca como un ampo de nieve, i atado al cuello llevaba un ancho i fino pañuelo de seda lacre, cuyas puntas le caian graciosamente sobre la espalda. Su sombrero era construido con la delicada pita que crece en las márgenes del Guayas. Este era, sobre todo, su tesoro i acostumbra a mostrarlo siempre como una maravilla del arte. Efectivamente, su tejido era apenas perceptible, i el color de la paja era tan albo como su misma camisa.

Todo esto, reunido en perfecta armonía sobre la gentil figura de Joaquin, hacia un hermosísimo efecto. El organismo de nuestro jóven aparecia a la simple vista dispuesto para la mas admirable ajilidad. Estrecha su cintura i su musculatura fuerte i abultada. Sus miembros parecian destinados a la lucha.

Vamos a su rostro. Bajo una frente ancha i despejada, relucian un par de ojos negros, sombreados por unas pobladas cejas. Su nariz aguilena i aguda, manifestaba la enerjia de su alma. Habia instantes de pasion en que sus ventanillas se ensanchaban i se trasparentaba en ellas el fuego que ardía en su interior. Su boca era mas bien grande que pequeña, i al separar sus delgados labios, dejaba ver dos filas de dientes fortísimos, a cuyo vigor nada se habia resistido. Sombrea su cara una espesa barba negra como el azabache, que, merced a su juventud, no habia llegado aun al último grado de su desarrollo. Su color, sin ser completamente blanco, no era tampoco sospechoso. La tinte de su fisonomía era mas bien la del hijo del desierto. Su mano era vigorosamente formada, i las venas las surcaban en todas direcciones

en cordones rebultados. Indudablemente habia sido hecha para posarse sobre la empuñadura de una arma. Aquel hombre, montado en cólera, debia ser terrible. Era propiamente una de aquellas naturalezas destinadas a lo grande, que en la senda del bien estaba llamado a ser héroe, i en la del crimen un bandido temible, sanguinario i atroz. Sin embargo, era susceptible, de sentimientos tiernos, i de nadie pudo decirse mejor que de él: *le lion amoureux*.

Carmela, por su parte, era una delicada criatura. Su simpática debilidad aparecia mas encantadora al lado de la altiva presencia de su huésped.

Pálida como las hijas de los trópicos, resplandecia en sus ojos negros el brillo del sol de su cielo. Sus sedosos i ondeados cabellos caian profusamente sobre su frente i su torneado cuello. Su traje era modesto i como se acostumbra en su pais. Llevaba un lijero pañuelo de lino, doblado en ángulo, terciado sobre su hermoso seno.

Nunca faltaban fragantes i frescas flores que se veian mas vivas sobre el ébano de su cabeza. Era ésta una niña mimada. Unica hija, era el orgullo i las delicias de sus padres.

Joaquin i Carmela eran dos seres que se completaban.

La delicadeza de la una iba a moderar los ímpetus del otro, i la enerjía del extranjero parecia estar destinada a servir de proteccion a la tierna i delicada mejicana.

Fama dejaron los chilenos, que visitaron aquellas comarcas por esos tiempos, de osados en todo jénero de asuntos. Fuertes en el combate, constantes en el trabajo, temerarios en las exploraciones, no eran menos decididos cuando se trataba de amor. No andarse por las ramas, decian ellos, i se dirijian inmediatamente al grano de la cuestion. Joaquin tenia todas las ventajas del carácter nacional; así es que, sin mas que una docena de miradas ardientes, hizo un dia a Carmela, a la sombra de las gigantescas hojas de un plátano, la mas ferviente i la mas poética de las declaraciones.

La jóven mejicana no se sorprendió. Ella contaba con aquella circunstancia, i se desesperaba aguardándola. Claro es que por su parte la acojió como Joaquin lo merecia, i un compromiso formal se selló allí con los mas locos i repetidos juramentos. Se convino en que Joaquin seguiria su marcha en busca de su hermano, i que en seguida volviera a

celebrar sus desposorios con la bella Carmela. Los padres de la última admitieron complacidos porque amaban a Joaquin, este arreglo tan secretamente llevado, a cabo por ambos interesados.

Embarcóse, pues, Joaquin, i llegó felizmente a California; pero allí no pudo ni encontrar ni adquirir noticias de su hermano. Volvióse, pues, a Sonora inmediatamente, a donde lo llamaba su corazón, i no tardó en desposarse con su querida Carmela.

Hacia un año que estaba casado, feliz en su patria adoptiva, cuando recibió una carta de su hermano, en que le rogaba que fuera lo mas pronto posible a la mision de San José.

Cárlos agregó que se habia descubierto grandes cantidades de oro en las montañas, i que si queria hacer fortuna, era menester que no perdiera su tiempo i que fuera a ganar un lugar.

Joaquin hizo todos los preparativos necesarios para ese viaje; pero asuntos de familia i la enfermedad del padre de su mujer, le hicieron retardar diez meses su partida.

Entónces se puso en marcha acompañado de su mujer. Cuando llegó a San Francisco, Joaquin se asombró del cambio extraordinario que se habia operado en aquella ciudad desde su anterior visita, i determinó pasarse allí algunos dias, para ver como los americanos pasaban la vida.

Dos dias despues de su llegada, paseándose en uno de esos ricos salones destinados al juego que habia en la plaza pública, encontró a su hermano. Este, despues de haberle abraza lo tiernamente i haberse informado de la familia, le hizo saber que los americanos le habian arrebatado con falsos títulos las cuatro leguas de terreno que se le habian concedido, i que él se marchaba en ese momento a las minas en busca de un testigo de que tenia necesidad, despues de lo cual ambos se embarcarian para Méjico, a visitar la nueva familia de Joaquin, para seguir despues a Chile, su querida patria, donde Cárlos tenia todos sus afectos.

Joaquin espresó entónces a su hermano el deseo que tenia de acompañarlo a las minas, para ver cómo i en que cantidad se recojia allí el oro. Cárlos consintió, pero aconsejó a su hermano que dejase a su mujer en la mision de Dolores, al

cuidado de un antiguo amigo que tenia alli i que se llamaba Manuel Sepúlveda.

Joaquin signió esta recomendacion, i al dia siguiente, él i su hermano fueron a Sacramento, en donde compraron caballos para llegar a Hangtown.

Allí encontraron el testigo que Cárlos necesitaba; era un jóven, orijinario de California, llamado Flores. Este llegaba de un campo de mineros, un poco lejano, con el objeto de vender oro en polvo.

Cárlos lo presentó a su hermano, i despues entraron los tres a un café, de que eran dueños otros chilenos, i se hicieron servir de comer.

Mientras discutian el mérito de las tortillas i de las viandas, i mientras conversaban del robo que se habia hecho a Cárlos, dos americanos, que desde la partida de San Francisco no habia cesado de seguir a Joaquin i a su hermano, entraron en la casa, se hicieron servir de beber en el mostrador, i despues de haber lanzado hácia los tres hombres una mirada en apariencia indiferente, salieron sin decir palabra.

Despues de la comida, Flores suplicó a Joaquin que le prestase su mula para dar una vuelta por el pueblo con Cárlos.

Joaquin, que estaba un poco indispuerto por la fatiga del viaje, se quedó en la casa, fumando un cigarrillo, pensando ora en su patria lejana, Chile, ora en su patria adoptiva, Méjico, en donde se habian permitido los yankees tantas i tan inmensas invasiones.

El habia conocido a bastantes hijos de los Estados Unidos en Méjico, i habia tenido tambien lugar de penetrar el carácter de los mejicanos, en cuyo fondo habia mucho de imbécil i de cobarde. Aunque los yankees no le habian hecho mui buena impresion, no podia menos de juzgar superior a ese pais de independenciam.

Comparaba la doblez de la miseria de los mejicanos, con la enerjía, actividad i bravura de los americanos, sobre todo por su imperecedero amor por la libertad, i a no haber sido por su pequeña casa tan feliz, tan apasible, tan pintoresca, oculta en una de los valles mas encantadores de la Sonora, habria abandonado para siempre su pais adoptivo i su propia

casa, para ir a respirar la atmósfera de la libertad de que goza todo ciudadano americano.

De repente Joaquín fué interrumpido en sus reflexiones por los gritos salvajes de unos centenares de mineros que recorrían las calles, exclamando: ¡que se les ahorque! ¡que se les ahorque! ¡que se les eche la cuerda al cuello! ¡que se les juzgue a esos chilenos del infierno, a esos mejicanos endiablados!...

Joaquín se precipitó hácia afuera, precisamente a tiempo para ver a su hermano i a Flores ahorcados en la rama de un árbol.

Habían sido acusados de un robo de caballos por los dos americanos llegados de San Francisco, que decían ser propietarios de esos animales.

Era tal el furor de las turbas escitadas por los yankees, que las dos víctimas no habían podido defenderse, i qué todos sus esfuerzos para hacerse oír i probar que sus caballos eran propiedad lejitima, se habían estrellado contra los gritos i murmullos salvajes de esa multitud ciega.

Herido de espanto i de horror, Joaquín no pudo mas que echar una mirada sobre los cuerpos de Carlos i su compañero, i sobre los grupos de demonios que los rodeaban, para asegurarse que esa escena era verdadera; por último, se deshizo en lágrimas, i sin dejarse llevar a una debilidad peligrosa i con la sed de venganza en el corazón, se preparo una mula i volvió a Sacramento.

Allí tomó un vapor de San Francisco, en el cual se volvió a la Mision i llegó a casa de Sepúlveda, en donde comunicó a su mujer el asesinato de su hermano.

La narracion de Joaquín hizo palpitar de horror el corazón de la pobre Carmela, pero con esa voz que el ardor del sentimiento da a la mujer, ella conjuró a su marido para que no persiguiese una venganza peligrosa para él, sino que, al contrario, dejase a la conciencia de los culpables el cuidado de castigarlos tarde o temprano. Ella le aseguró que todos los americanos no eran depravados, ni tan sanguinarios como los asesinos de su hermano Carlos, i con toda la fuerza de un corazón que ama sinceramente, le suplicó no cediera a sus designios criminales.

Sus lágrimas i sus súplicas, sus palabras de amor i de

consuelo, produjeron un cambio en las intenciones de Joaquin, i dispusieron el espíritu al olvido del mal que se le habia hecho.

—Así sea, dijo él levantándose, todo ha pasado. Olvidemos i seamos felices. Cuando haya recojido un poco de oro en polvo, nos volveremos a nuestro pais i no lo dejaremos mas.

Algunos dias despues, Joaquin, acompañado de su mujer, se fué a las minas situadas sobre las riberas del Estanislao, en donde edificó una pequeña casa de madera, i comenzó a lavar la tierra para recojer las partículas auríferas.

El pais estaba entónces ajitado por un gran número de individuos sin fé i sin lei, que enorgulleciéndose con el nombre de americanos, miraban de reojo a los mejicanos i a los chilenos, no viendo en todos ellos mas que una raza conquistada sin derechos ni privilejios, buena solo para el servicio i la esclavitud. No pudieron ni podian vencer el perjuicio del color i la antipatía innata de las razas, dos principios siempre mui violentos, mui amargos, mui activos sobre las jentes ignorantes; en efecto, descartados estos principios, ¿en dónde habrian encontrado excusa a su opresion inhumana?

Una partida de esos frenéticos, que se atribuian el poder brutal de hacerlo todo a su antojo, se dirijió a Joaquin i le instó a que tomara el portante, porque estaban dispuestos a no permitir que ningun hombre de su raza viniera a buscar oro a esa rejion.

Joaquin, que sentia bullir en su pecho el valor de un héroe, que tenia la conciencia de su buen derecho i que jamás habia acostumbrado a cegar ni ante las fuerzas superiores ni ante el número, se negó redondamente a dejar un punto que le daba derecho a esperar una fortuna.

Como todo corazon varonil i decidido, que ántes de ocurrir a la violencia, pruèba todos los medios de la moderacion i de la justicia, el chileno no respondia a las injurias de los miserables americanos mas que con una sonrisa de desprecio, mortificante para el amor propio de los yankees.

Hai ciertas calmas e impasibilidades que son tan sublimes i que valen tanto como el acto mas grandioso del heroismo. Cuando se siente circular enardecida la sangre por las venas, i cuando, al oir el insulto mezquino de un contrario menguado, se enrojese el rostro, mantenerse en los límites

de la moderacion solo puede ser la obra de un espíritu mui fuerte i capaz de dominarse a sí mismo. Tal era el de Joaquin, que disimulaba su emocion cuando los enfurecidos yankees le imprecaban llamándolo ladron, salvaje, araucano i otras lindezas por el estilo.

Por fin, viendo los agresores que el bravo chileno permanecia decidido a no cederles un palmo de terreno, i que, léjos de temblar a las amenazas, desafiaba los furoros de los que lo acometian, determinaron reducirlo a viva fuerza.

Ocho o diez de los mas audaces se avalanzaron entónces hácia él, i pudo verse a Joaquin, como al protagonista de una epopeya, escudar en su pecho a su esposa, desnudar su agudo puñal, terciarse el poncho, i con rabia en el corazon, fuego en las pupilas i espuma en sus trémulos labios, esperar, en la actitud mas hermosa i brillante, el momento de la lucha.

No defiende el monarca de los animales, no defiende el leon de Sahara, con mas decision ni con mas arrogancia, su guarida i el objeto de su amor, que lo que defendió Joaquin de aquel rudo ataque a su querida Carmela i a su hogar.

Al primer enviste, tres de sus villanos adversarios rodaron a sus piés, heridos por el puñal chileno que, manejado por la mano de su dueño, jiraba por el aire como un rayo certero i esterminador. Pero sin un auxilio estraordinario del cielo, sin un milagro asombroso, no podia un solo hombre, por grande que fuera su esfuerzo i por heroico que fuera su denuedo, conquistar la victoria sobre todo un ejército. Lo natural era que el combate de Joaquin fuese una segunda edicion de las Termópilas. El debil tenia que sucumbir ante la fuerza i el número.

Un golpe asestado con el extremo del revólvers en el cerebro, trajo a Joaquin al suelo, bañado en sangre. Los verdugos dieron por terminada la obra respecto a él, juzgándolo muerto, i no pensaron ya mas que en la desdichada Carmela.

Esta simpática i desgraciada criatura, presa del terror mas indescriptible, habia seguido al lado de su esposo todos los movimientos de la acerba lucha. Cuando Joaquin cayó, exhaló un jemido penetrador, en que parecia decir bien claro que desesperaba de su suerte.

El único defensor que podia impedir al asesino que llegara hasta ella, habia caido inanimado a sus piés,

Sin embargo, antes de resignarse a la infamia, sacando coraje de su misma debilidad, arrancó el ensangrentado puñal de la yerta mano de Joaquin, i lo ajitó en su propia defensa con su desnudo i torneado brazo. Ante tan jeneroso rasgo, no pudieron ménos los yankees de detenerse admirados. Una mujer que se dispone a sucumbir luchando en un combate mas que desigual, infame, era para aquellas viles naturalezas algo mui superior a lo mas alto que habian llegado a concebir.

Aprovechemos esta causa que impone el heroismo al crimen para describir la trájica escena.

Un ser delicado, con su cabellera flotante al viento, rasgado el traje i desnudo el brazo, tiene, con actitud enérgica, un puñal humedecido, fuertemente empuñado en su diestra. De su rostro ha desaparecido ya la palidez del espanto, i la santa cólera del que defiende su honra i su vida ilumina su fisonomía como un fuego sagrado.

A sus piés está tendido inerte el cuerpo del que hasta ese instante ha sostenido la lucha, del hombre a quien la heroína ama, del amante i valiente Joaquin.

A pocos pasos, los cadáveres de unos pocos miserables, que, ahogados con su propia sangre, espiran maldiciendo de Dios i de la humanidad.

I al frente veinte hombres, poco mas o ménos, con sus revólvers listos i que vacilan en acometer a una mujer, que supera con su valor al ideal de la mas ardiente fantasía.

Agregad ahora la natural melancolía de la hora i del lugar en que todo esto acontecia. Era la oracion, la hora del crepúsculo, el momento en que el dia se despide del mundo i las sombras comienzan a invadir los campos. La moribunda luz que se estinguia por instantes, arrojaba mas horror sobre aquella triste escena.

Por fin, un yankee, mas vil i peor intencionado que todos los demas, exclamó: ¡Compañeros, que no se diga que nos hemos dejado dominar i vencer por la avilantez de una mujer! El haber resistido, la convierte en un reo digno de la última pena. Los seres de su sexo no deben dirigirse a nosotros sino por medio de súplicas i de lágrimas. ¡Ea, compañeros, demos cuenta de esta nueva Juana de Arco!

Acometiéronla en este instante todos con grandes exclamaciones, tomando la delantera el provocador. En vano Car-

mela, procuró desacirse de los nervudos brazos de aquellos tiranos, i en vano repartió cortes a sus numerosos enemigos; herida en la frente e inundado su bello rostro con su purpurina sangre, desfalleció i cayó moribunda al lado de su amado Joaquin.

No satisfechos los yankees con el homicidio, quisieron unir la vergüenza al martirio. Así murió víctima del mas espantoso de los crímenes la bella i la heroica Carmela.

Consumada la obra, los infames americanos se retiraron del campo, no dejando en él mas que desolacion i muerte.

¡Maldicion a los monstruos!

III

Propósito de Joaquin.—Principios de su venganza

Cuando Joaquin volvió a la vida, recordó la terrible lucha por que habia pasado, i a la vista del cadáver de su querida esposa que yacia a su lado, comprendió la desesperacion i sed de venganza de que estaba ajitado su corazon.

Pero al mismo tiempo que este último sentimiento lo torturaba, él se sentia incapaz de satisfacerle; esto habria sido arriesgar a la vez su libertad i su vida, i era un disparate pensar en destruir por sí solo a los feroces asesinos de su mujer i de su hermano.

Se resolvió a esperar i a sufrir en silencio, hasta que una buena ocasion se presentase para ejecutar sus proyectos.

Con este objeto se trasladó en el mes de Abril del año 50, al condado de Calaveras, i se detuvo en las minas llamadas Murpheys Diggins; pero viendo que no alcanzaba la realizacion de sus deseos, abandonó este jénero de trabajo i buscó la fortuna jgando al *monte*.

El *monte* es un juego mui comun en Chile, i en ese pais es considerado por las jentes de mal vivir como una de las lucrativas ocupaciones.

Durante los primeros tiempos, la fortuna le sonrió, i parecia haberse impuesto por tarea el probarle, con los mas dorados favores, sus buenas intenciones para el porvenir, pero mui pronto ella se declaró contra él, brusca i completamente,

i Joaquin se echó a rodar por los sombríos abismos del crimen.

Un día que él había ido a visitar a uno de sus amigos, llamado Valenzuela, entró a Murpheys Diggins con un caballo que su amigo le había prestado.

De repente se encontró rodeado por una turba furiosa que lo acusaba de robo; el caballo decían muchos que había sido robado muchas semanas ántes.

Joaquin les declaró en dónde i cómo había tomado en préstamo el animal, tratando de convencerlos al mismo tiempo de la honradez de Valenzuela. Pero ellos no quisieron oír nada, se apoderaron del desgraciado jóven, lo ataron a un árbol i lo azotaron vergonzosamente delante de todos.

Después de lo cual, habiéndose dirijido donde Valenzuela, colgaron a éste sin dejarle ni el tiempo necesario para dar sus excusas.

Esto fué bastante para provocar en el carácter de Joaquin uno de esos cambios terribles, tan implacables como repentinos. Su alma apasionada no reconoció límites; las barreras del honor perdieron todo su poder para su corazón ulcerado; hizo juramento de no vivir mas que para la venganza desde ese día para adelante, i de no dejar en su camino un solo lugar sin regarlo con sangre.

Poco tiempo después del acontecimiento que acabamos de describir, en una hermosa tarde, un americano seguía el camino de un sendero a poca distancia del pueblo.

En el momento que descendía de una colina que atravesaba el sendero, se encontró frente a frente a Joaquin; los ojos de éste se iluminaron como los del tigre, ébrio de furor i de sangre, todo su cuerpo tembló como presa de una agitación nerviosa.

Durante un minuto, los dos hombres se miraron con la vista fija. Por último, Joaquin se arrojó contra él, exhalando un grito espantoso, i le sepultó el puñal en el pecho.

—¿Qué os he hecho yo? ¡Perdon! ¡dispensadme!

—¿I tú has perdonado, respondió Joaquin, cuando ayudaste a amarrarme i azotarme delante de toda una turba; cuando, con la conciencia de vuestra fuerza i protegido por la brutalidad de vuestros compatriotas, te apoderaste de un hombre inocente, de un hombre como tú, creado por Dios con cora-

zon i alma, de un hombre que por sí solo tenia mas honor que todos los que ayudaban a atormentarlo ¿Cuando te apoderaste de ese hombre que habeis agarroteado, que habeis maltratado con golpes de látigo, ¿se os ocurrió siquiera la idea de perdonarlo? Cuando vuestros compatriotas colgaron a mi hermano del cuello como un perro, ¿lo perdonasteis? Cuando asesinaron cruelmente al mas querido tesoro de mi corazon, en mi presencia i casi a mi vista, i cuando su voz anjelical, toda llorosa, pedia perdon arrojándose a vuestras plantas, ¿atendiste, miserable, sus súplicas? ¡Ah! con ese solo recuerdo mi pecho se vuelve un fuego! agregó él llevándose la mano al corazon, mientras que con la otra dirijia contra su víctima otra nueva puñalada.

— Asesino, murmuró el americano levantándose i apoyandose sobre su codo, implorando con su mirada moribunda al terrible Joaquin. ¡Perdon!... Oh .. perdon... Pero antes de que él hubiera acabado, el acero habia atravezado su corazon i él caia de espalda, no siendo mas que un cadáver.

El demonio de la venganza se habia apoderado de Joaquin, que continuaba repitiendo sus golpes, i no se detuvo hasta que no vió el cadáver hecho pedazos, por decirlo así.

— Hé aquí, dijo él, como mi tarea de matar ha comenzado!

I sus dientes cerrados crujian convulsivamente, su cuerpo se erguia, su mirada recorria la inmensidad azul que se extendia sobre su frente, su mano sangrienta i crispada empuñaba el puñal aun destilando la sangre de la víctima.

— Hé aquí, continuó, uno de mis ofensores tendido a mis piés. Ahora que les he enseñado a mi corazon i a mi mano lo que han de hacer, no tendré, lo juro, ni reposo ni paz mientras no haya esterminado hasta el último de estos bandidos! —I tú, mi querida Carmela, cuyo espíritu espero vele sobre mí para protejerme, tú tambien seras vengada de una manera terrible! Mi brazo se siente fuerte para la tarea de la destruccion; la sangre de los americanos correrá en adelante en abundancia i turbulenta, como el agua de los torrentes de nuestras montañas.

Al dia siguiente de esta siniestra jornada, el cadáver fué encontrado por algunos mineros, i aunque estaba horriblemente despedazado, lo reconocieron i vieron que era uno de

los hombres que contribuyeron mas poderosamente a hacer azotar a Joaquin.

Un poco despues, habiendo venido un médico americano a los alrededores del lugar en que se habia consumado el asesinato, encontró a dos individuos a caballo que descargaron contra él sus revólvers.

Gracias a la agilidad de sus piernas i a la desigualdad del terreno, tuvo la felicidad de escapar con un agujero hecho por una de las balas en el sombrero.

Una pulgada mas abajo, i ya era un hombre muerto.

Esto motivó un espanto, una consternacion jeneral entre los que habian dirigido el complot contra Joaquin, i desde este momento no se atrevieron a pasar los límites de la ciudad. Apénas se habian alejado fuera de la vista del campo, apénas se aventuraban sobre el gran camino, una muerte misteriosa i súbita los arrebatava.

A cada instante se anunciaba por medio de informes, que se habian encontrado cadáveres de americanos en los caminos i en las colinas i siempre se concluia por descubrir que la víctima pertenecia a uno de los grupos que se habian declarado contra Joaquin.

Una comision nombrada a propósito de estos asesinatos, lo habian declarado fuera de la lei, i su seguridad estaba entónces vinculada al crimen i a la continuacion de esa abominable carrera de asesinatos.

Así fué que se hizo bandido ántes de haber llegado a los 20 años.

Era de notoriedad jeneral en 1851 que una partida de salteadores devastaba a todo el pais, i que su jefe no era otro que Joaquin.

Las caravanas eran sorprendidas en los caminos i obligadas a detenerse i a entregar lo que traian.

Los que viajaban solos en esas rejiones abandonadas i salvajes eran violentamente arrancados de sus sillas por medio del lazo, i muertos arrastrados por las piedras que bordaban el camino. Los caballos eran robados en los mismos ranchos, al mismo tiempo que todas las partidas del Estado se veian hechas presas de un pillaje que no perdonaba nada.

La intelijencia superior i la instruccion de Joaquin le habia adquirido de todo punto el respeto de sus demas camaradas.

El hizo un llamamiento a ese perjuicio innato contra los yankees, que las desastrosas consecuencias de la guerra de Méjico no habian hecho mas que confirmar en el espíritu de los mejicanos, i logró en poco tiempo reunir en torno suyo una banda poderosa de mejicanos i de chilenos, que odiaban también a los yankees por la conducta que observaban con ellos, valiéndose de su número, en California. Esta banda se aumentaba cada dia, atrayendo jente con las inauditas hazañas que consumaba.

Entre los que se juntaron con él, era notable un jóven llamado Reinaldo Félix, hermano de la mujer de Joaquin; lo mismo que este último, ardía en deseos de vengar el asesinato de su hermana en la sangre odiosa de los americanos. El jefe le hizo subteniente, i se hizo notar mas de una vez a la cabeza de una compañía, al lado de Juan Tresdedos, otro bandido que se habia alistado bajo el estandarte de Joaquin por amor a la sangre.

Furia disfrazada de hombre, este Juan era conocido en Chile con el nombre de Manuel Garcia. En una escaramuza dirigida contra una partida de americanos al comenzar las aventuras de California, le habian cortado dos dedos; hé aquí el orijen del sobrenombre con que se le conocia en todo el pais del oro. Et fué el que, en compañía de otro, sorprendió en 1848 a dos americanos en el camino entre Sonora i Bodega, los despojó de sus vestidos, i cuando estuvieron desnudos, los torturó hasta que exhalaron el alma, llenándolos de puñaladas, cortándoles la lengua, arrancándoles los ojos, arrojándolos, por fin, en medio de las llamas, en donde se consumieron sus carnes palpitantes.

Citaremos aun entre los satélites de Joaquin, a Pedro González, Luis Carrera, Juan Cardozo i Joaquin Valenzuela, todos valientes i astutos, duros para la fatiga i ardientes en la venganza.

González, cuya principal cualidad era ser perito en materia de caballos, puesto que en Chile habia sido primero amansador de una de las haciendas vecinas a la capital, estaba encargado de tener siempre provista de caballos frescos a la compañía. Además, desempeñaba el papel de espía, i a cualquier parte que se trasladará la partida, él le pro-

porcionaba datos exactos sobre la situacion del pais i de sus alrededores.

En cuanto a Valenzuela, era hermano de aquel que habian colgado el mismo dia que azotaron a Joaquin, i habia servido mucho tiempo con Guerra en su patria, en el ejército del Sur, destinado a tener a raya a los indios araucanos.

La tropa de Joaquin no se componia entónces de ménos de 45 hombres, i le llegaban a cada instante nuevos compañeros de la Baja California, de la Sonora i aun del mismo San Francisco.

A la cabeza de esta poderosa reunion de jentes arrojadas, Joaquin, en el curso del año 51, devastó el Estado sin que las numerosas personas con las que tenia buenas relaciones, pudiesen dudar, viéndolo tan frecuentemente en sus pueblos, que este hombre tuviese parte alguna en los asuntos sangrientos que no cesaban de anunciarse i que llenaban de terror a todo el pais.

Permanecia muchas veces semanas enteras en el mismo punto, ocupando su tiempo en jugar i sin que nadie pudiera suponer ni sospechar su carácter verdadero.

Durante el verano de 1851, mientras habitaba un punto retirado del pueblo de San José, fué detenido una noche por haberse mezclado en una pendencia nocturna en medio de un fandango.

El magistrado delante del cual fué conducido lo condenó a doce pesos de multa.

Cuando se le dejó en libertad, suplicó al Sheriff Clark, que estaba encargado de la vijilancia, que lo acompañase hasta su casa, en donde le daria el precio de la multa i alguna cosa mas por la molestia que se tomaba en seguirlo.

Marcharon juntos, conversando alegremente en el camino; despues, habiendo llegado al borde de un barranco, sacó Joaquin de repente un puñal, declaró a Clark que no lo habia llevado ahí sino para matarlo, que era el gran asesino de la California, i ántes que el otro pudiera sacar su revólvers, le sepultó su lámina de acero en el corazon.

Mr. Clark se habia hecho odioso a toda la partida por la vijilancia severa que ejercia sobre la conducta de sus miembros; muchas veces habia tratado de detener a alguno de

ellos, i su jefe se aprovechaba ahora de la ocasion de desembarazarse de él.

Algunos meses mas tarde, Joaquin se estableció cerca de una reunion de tiendas i de barrancas, conocida con el nombre del campo de los Sonorienses i colocada a tres o cuatro millas de Marysville.

En poco tiempo no se hablaba en todo el pais mas que de asesinatos tan diabólicos como frecuentes.

Del 7 al 12 de Noviembre de 1851 no hubo en un pais que apenas tiene 12 millas de estension, ménos de once personas asesinadas por esta tropa.

Algunos ciudadanos de Marysville se conmovieron; se organizó inmediatamente una compañía para perseguir i entregar a la justicia a los autores de tanta efusion de sangre.

Despues de unos cuantos dias de investigacion, se encontraron aun, a poca distancia de Honcut-Grech, seis cadáveres i todos tenian señales de haber sido ahorcados por medio del lazo.

Habiendo recorrido todo el condado de Yuba sin encontrar rastros de los asesinos, la pequeña compañía entró a Marysville i se licenció a sí misma, no sin lamentar de que su caza hubiese resultado infructuosa.

Al dia siguiente se supo que muchos individuos habian sido muertos i despojados cerca de Videwells Bar, i la consternacion se hizo jeneral.

El temor estaba en todos los corazones i nadie se atrevia a viajar en los grandes caminos.

Por último, las sospechas se dirijian sobre el campo de los Sonorienses, esclusivamente formados por chilenos i mejicanos, en donde habia un gran número i porcion de caballos de precio, magníficos trajes, numerosas alhajas i oro en abundancia, sin que por eso se viera trabajar mucho a sus habitantes.

El Sheriff de Yuba, Mr. Buchanan, se puso en camino una noche, a la luz de una clarísima luna en compañía de Yke Buwen, a fin de reconocer la plaza i arrestar a tres hombres sospechosos, que se sabia salian a rondar por los alrededores.

En el momento en que pasaban por una palizada, cuatro hombres, hablando español, los atacaron por detrás, i el

Sheriff fué herido gravemente por una bala de revólvers que le atravesó el cuerpo.

Los agresores se retiraron inmediatamente, i Buchanan fue conducido a Marysville por su compañero; estuvo algun tiempo en mucho peligro, i acabó por restablecerse completamente.

Despues de este acontecimiento, los bandidos prolongaron lo ménos posible su permanencia en la vecindad de Marysville.

Se retiraron al lado occidental del monte Sharta i se encerraron durante muchos meses en su firme i salvaje altitud, no descendiendo a las ciudades sino en raras ocasiones i solamente para aumentar sus provisiones de caballos.

En esa rejion aislada, por donde no pasaban mas que pocos mineros, se encontraron solo unos cuantos esqueletos blancos que pertenecieran, sin duda, a algunos seres humanos. Los unos no llevaban traza de la especie de muerte que habian recibido; pero las osamentas de los otros, perforadas de parte a parte, dejaban adivinar perfectamente cuán secreta i repentina habia sido la obra de las balas del revólvers.

IV

El Arroyo de Cantowa.—Nuevos amores de Joaquin

En los primeros dias de primavera del año 52, Joaquin i sus partidas descendieron de sus montañas, arreando 300 caballos robados durante el invierno. Los condujeron, no pudiendo viajar mas que de noche, al traves de la parte meridional del Estado, a la provincia de Sonora.

De vuelta, al cabo de unas pocas semanas, establecieron el cuartel jeneral en un magnífico pais, lleno de ricos pastos i conocido con el nombre de Arroyo Cantowa; era un valle de siete u ocho millas cuadradas, bien regado i defendido todo alrededor por una cadena de montañas, que no tenia otra entrada que un estrecho pasaje, en donde la mas pequeña tropa podia detener fuerzas colosales.

Esta campiña fértil i rica está situada entre los distritos

de Tejon i de Pacheco, al Este de la gran cadena i al Oeste del lago de Fulare. Enteramente oculta detras de esas rudas montañas, forma un retiro tanto mas seguro cuanto mas distante está de todo lugar habitado. Allí abundan el oso, el antílope, el bisonte, todo jénero de aves i una multitud de animales de especies mas pequeñas, destinados todos a servir de alimento al hombre. Bajo este aspecto, el cuartel jeneral no podia corresponder mejor al objeto que habia motivado la eleccion.

Allí fué, bajo el magnifico follaje de un grupo de encinas siempre verdes, donde fijó el jefe su residencia.

Mas de una vez, en medio del dia, se le vió arrojado sobre la grama, de que la naturaleza habia adornado aquel nuevo edén; a su lado estaba reclinada una bella i dulce mujer, que habia conquistado en su última visita a Sonora.

Clarina, este era el nombre de la encantadora criatura, era hija de Sebastian Halero, grande de España, que despues de haberse empobrecido por su excesiva prodigalidad, se habia retirado a Méjico con el módico resto de su fortuna i habia comprado un pequeño espacio de terreno cerca del rancho que habitaba Joaquin.

La primera vez que este último se encontró en presencia de Clarina, aunque ella no contaba mas que catorce años i el 19, ella no pudo ménos de admirar las formas graciosos i la encantadora figura del jóven, miéntras que el vigor con que manejaba el corcel que montaba en sus escursiones de la mañana, i su espresion franca i varonil la entusiasmaban, de suerte que cada vez que el se volvía hácia ella, ella dejaba caer sobre él una de esas miradas de amor puro, de relijiosa adoracion. Pero los grandes ojos negros de Joaquin no respondian mas que con una mirada de indiferencia i un tanto burlona. El tinte vivo de sus mejillas tenian un orsjen mucho menos romanesco que la cútis rosada que animaba la figura de la jóven. El corazon de la tierna niña habia latido mas de una vez mientras leia la historia de esos galantes caballeros de los antiguos tiempos; i su excelente aya no habia hecho mas que alentar esta inclinacion a la poesia, haciéndola aprender de memoria algunas de las baladas i de las leyendas favoritas de la vieja España, esta entre otras:

Las cuerdas recorriendo del bandolin vibrante,
De júbilo radiante se acerca el trovador
Cantando: «Mi señora, de Palestina vuelvo
I vengo a vuestras plantas a deponer mi amor.»

I esta otra:

Espiando los caballeros
Está la niña gentil,
Por saber que dicen de ella
Los que conversan allí.

Cuando ella asistia todas las mañanas a la partida de Joaquin i de sus jóvenes camaradas, nada era mas sencillo para Clarina que imaginarse que era una tropa de caballeros que partia para la guerra; pero a la vuelta, a pesar del aspecto de los caballos, que caracoleaban i se encabritaban lo mas bonitamente del mundo, le habria sido imposible decir que victorias traia i que despojos su caballero favorito. Entónces su corazon se dejaba invadir por el pesar i la melancolía; sus lágrimas, semejantes a las perlas, venian a oscurecer por algunos instantes el brillo diamantino de sus bellos ojos, hasta que se deslizaban por sus largas, sedosas i espesas pestañas, i entónces las rosas que caian de su mano se abrian i recojian el llanto de sus pies, como gotas de rocío caidas del cielo.

Algun tiempo despues; cuando Joaquin dispuso dejar el lugar de su descanso, cuando dió sus adioses a todos sus parientes i amigos, Clarina, con el corazon entristecido por el pesar, puso en el dedo del joven un pequeño anillo de oro, i se retiró precipitadamente a su cuarto para buscar consuelo en las lágrimas i en la oracion.

No hai nada de imposible, pensaba ella; bien puede ser que este anillo tenga algun poder desconocido i pueda servirle estraordinariamente en la hora del peligro!

Joaquin dejó escapar una sonrisa irónica; pero desde entónces jamás soltó el pretendido talisman, hasta la hora fatal que precedió a su muerte.

Una sola vez dejó de colcarlo en su dedo; ese fué el dia en que se vió tan ignominiosamente azotado en el campo de Murpheys.

El anillo se habia quedado olvidado en el cuarto de Joaquin, en medio de unas alhajas encerradas en una cartera. Desde entónces Joaquin, obedeciendo, a pesar suyo, a una idea superticiosa, no pudo dejar de creer que la pequeña alhaja tenia, en efecto, el poder de preservarle de los peligros que le amenazaban.

Cuando el jóven volvió al pais, Clarina observó que el talisman estaba siempre en su dedo. Ella no vaciló desde entónces en creerse amada por Joaquin, i poco tiempo despues ella le confesó el estado de su corazon. Durante su permanencia en California, Joaquin habia tenido al corriente a la madre de su mujer de todo lo que le habia pasado.

Clarina sabia, pues, que su mujer habia muerto, i que el mismo se habia hecho un célebre bandido. A pesar de los informes que no cesaban de estigmatizar su criminal carrera, Clarina lo amaba aun con toda esa ternura apasionada que es el secreto de las jóvenes mejicanas.

Joaquin se contentó con admirar desde luego esa encantadora inocencia con que la tierna niña se esforzaba en probarle su afecto; pero, poco a poco, cedió a la influencia májica de sus bellos ojos. Por fin, se arrojó a los pies de Clarina él mismo, i llegó hasta jurarle que su primer amor no habia sido otra cosa que una fantasía de la juventud, i que por la primera vez se sentia fascinado por el encanto de una pasion tan pura como violenta.

Así fué como se vió de nuevo en posesion de una amiga fiel; así es que cuando los dos jóvenes se reclinaron sobre la grama, a la sòmbra de las encinas del Arroyo Cantowa, ya se habia olvidado el nombre de la pobre Carmela, i la ternura, la fidelidad i abnegacion de aquella mártir habian sido desterradas de la memoria de aquel jóven jefe.

Despues de algunas semanas pasadas en el cuartel jeneral, dividió su tropa, que se componia de 78 hombres, en varias compañías, cuyo mando dió a Valenzuela, a Luis Guerra i a Juan Tresdedos; despues los envió a diferentes puntos, con órden de emplear únicamente su tiempo en robar caballos i mulas, siendo su intento poner pronto en ejecucion un plan que exijía de mil quinientos a dos mil caballos.

El mismo se puso en camino en otra direccion, acompañado de Reinaldo Félix, Juan Cardozo i Pedro Gonzalez.

Tres mujeres chilenas, de aquellas amazonas atrevidas de que se cuentan numerosas historias i hazañas, todas ellas de la estofa de la sarjento Candelaria que acompañó al ejército expedicionario de Chile en el Perú, seguían disfrazadas de hombres i bien armadas, a aquella pequeña tropa; primero habian sido queridas de Joaquin, i despues mujeres de Gonzalez i de Félix. Todas montaban admirablemente, pero nadie, a no ser el jefe, sabia la direccion en que marchaban.

Llegados a Mockelumen Hill, en el condado de Calaveras, se mezclaron con los mejicanos que habitaban en ese pueblo i que todos eran sus amigos, i cuando visitaban los salones de juego i recorrian las calles del pueblo; era imposible no tomarlos por mejicanos honrados, residentes en la misma ciudad. Era el mes de Abril de 1852.

Las mujeres habian vuelto a tomar el traje de su sexo, i todo el mundo admiraba su actitud modesta i su prudencia.

En cuanto a los hombres, partian de tiempo en tiempo, montados sobre sus magníficos corceles, i recorrian un espacio de muchas millas antes de venir clandestinamente al lugar de su retiro, en donde los esperaban sus fieles compañeros. Joaquin tenia todo el exterior de un elegante i feliz jugador, con cuyo papel, en sus escursiones nocturnas, se permitia sostener una conversacion con cualquier persona con toda seguridad.

Durante este tiempo, las otras partidas seguian con ardor en sus direcciones respectivas en cumplimiento de su mision, i Joaquin sabia por los diarios que la mayor parte de los ranchos de la Baja California habian sido casi completamente despojados por los ladrones de caballos; los papeles públicos no cesaban de pedir, con este motivo el mayor castigo para los malhechores.

En los diversos asesinatos o robos en que habia tomado parte personalmente, habia aparecido siempre bajo distintos disfraces; así es que nunca era mas desconocido que cuando se mostraba bajo su verdadera fisonomía; i de hecho, un hombre que lo hubiera encontrado en el camino real, no hubiera podido conocerlo en medio de la ciudad.

Frecuentemente le acontecia mezclarse en un grupo guardando el incógnito, i escuchar conversaciones mui animadas en que se trataba de él; reia entónces en sus barbas oyendo

las suposiciones que se hacian de su vida, de su manera de obrar i de sus intenciones.

Despues de haber estado escondido todo el tiempo que quiso en Mokelumnen Hill, se preparó á partir. Era el primero de Mayo: a media noche, ensillados los caballos, vestidas las mujeres con sus trajes de hombres, todas las cosas en estado para su viaje, Joaquin recorrió las calles; por visitar, como era su costumbre, las casas de juego o tabernas, dos especies de establecimientos que ocupaban el primer rango en las ciudades, pueblos i aldeas de la California.

Estaba arrimado a una mesa de monte, en donde tenia descuidadamente derramada una pequeña cantidad de plata, a fin de matar el tiempo, cuando de repente toda su atencion se levantó de las cartas i fué atraida hácia otro lado: acababa de oir pronunciar distintamente su nombre, precisamente al frente del punto donde estaba sentado.

Su mirada se detuvo sobre cuatro o cinco americanos que se ocupaban acaloradamente, aunque en voz baja, de su persona.

Uno de ellos, un mozo grande i robusto que llevaba un puñal i revólvers en su cintura, declaró que la única cosa que deseaba en el mundo era encontrarse frente a frente con Joaquin i que, llegado el caso, lo mataria con la misma prontitud que si se tratase de una serpiente.

Concluyendo estas palabras, el audaz bandido se lanzó sobre la mesa del monte, i a la vista de todos los concurrentes, sacó de su cintura su revólvers de seis tiros, i con el pecho desnudo, sin mas defensa que el brazo doblado como escudo, dirigió estas palabras a la turba:

—Yo soi Joaquin, si alguno de vosotros me quiere matar, hé aquí el momento. Os desafio a que me dispareis!

El movimiento del jóven jefe habia sido tan inesperado, que todo el mundo se calló.

Aprovechándose de la consternacion i de la confusion jeneral, recojió de un golpe de mano los pliegues de su manta, salió con la rapidez del rayo i saltó sobre su caballo.

Ese momento de intervalo habia bastado para que los jugadores recobrasen el valor, i se vió a Joaquin saludado en su fuga por un buen número de tiros de revólvers; pero tuvo la buena ventura de escapar sin una sola herida, i la única

contestacion que recibieron sus enemigos, en cambio de su pólvora perdida, fué un grito de desafío, hondo i prolongado que se abrió paso entre el silencio de la noche como el eco de un trueno.

V

El capitan Harry Love

Llegado al lugar de la reunion, a Arroyo Cantowa, Joaquin encontró de tres a cuatrocientos caballos reunidos para su partida; sus tenientes estaban acampados allí tambien aguardaban nuevas órdenes. El jefe envió una partida con la comision de conducir los animales a la Sonora, para mas seguridad; al mismo tiempo hizo remitir a uno de sus afiliados secretos en aquella tierra la suma de 5.000 dollars.

Hácia el fin del mes de Mayo, el tédio se apoderó de él; la inercia le roia. Volvió a seguir sus campañas en los caminos reales, siempre acompañado de Gonzalez, Félix i Cardozo, i de tres mujeres jóvenes que montadas sobre magníficos caballos, formaban el mas bello trio de caballeros que hubiera jamás imaginado el cerebro de una dama.

Durante los diez primeros dias solo encontraron pobres viajeros que iban a pié a las minas; la bolsa de Joaquin estaba en estado tan precario, que resolvió echarse sobre el primer viajero que le pareciera provisto de plata.

En ese instante, un jóven llamado Allen Rundell apareció conduciendo un convoi de provisiones.

Joaquin dejó a sus amigos atras, se fué al galope en direccion a Rundell i llegó hasta el suplicándole que le prestara lo que pudiese llevar en plata consigo.

Engañado, sin duda, por la figura jóven de su interlocutor, el arriero creyó tener que habérselas con un ladron de caminos que practicaba su oficio con toda amabilidad; le respondió con una sonrisa burlona e hizo tomara los caballos un paso mas rápido.

Joaquin marchó sobre él, sacando solamente entónces su revólvers, i le mandó con un tono brutal que se detuviese.

Rundell comenzó a temblar i a obedecer.

—Con todo, le dijo Joaquin con una voz un poco mas dulce, amigo, mi unico deseo es que usted me preste su plata,

porque, aunque soi un ladron, no me gusta privar de sus ganancias a un trabajador emprendedor, i como que me llamo Joaquin, le devolveré todo lo que me preste.

Ruddell, en vez de responderle, hizo un movimiento repentino para sacar su revólvers.

Joaquin lo detuvo.

—Veamos, le dijo, no hagas locuras! Yo no me encuentro frecuentemente sin plata, i puedes contar sobre mi promesa. No tengo ningun empeño en matarte; pero si sacas tu arma, me veré en la obligacion de hacerlo.

Ruddell no hizo caso del aviso; pero sea por efecto del temor, sea que el revólvers estuviera enredado en el forro, no pudo armarse inmediatamente.

En este momento, Reinaldo Félix llegó a galope a fin de advertir a su jefe que se apurase, pues venian dos jinetes bien montados en aquella direccion.

Joaquin repuso el revólvers a la cintura, lanzando al mismo tiempo un juramento, i sacando despues un gran puñal, lo hundió en el pecho del arriero, arrancáudole de su silla.

Este hombre tenia en su bolsillo 400 pesos.

Joaquin dejó tendido el cadáver, se volvió a sus compañeros i signió la marcha.

Apénas habian pasado veinte minutos, cuando se presentaron los dos jinetes de que ántes he hablado.

—Ahora, dijo Joaquin, vamos a ver lo que esos gallardos tienen en su bolsillo, i esta vez no se burlarán de mí.

Una lijera espoleada hizo salir el caballo al frente de la tropa. Con el revólvers apuntando hácia los recién llegados el jóven caudillo les mandó pararse. Los caballos, detenidos violentamente, se encabitaron i uno de los jinetes exclamó riéndose:

—Hola, Joaquin, ¿con que no me conoces? ¿Has olvidado a Bill Miller?

—Es cierto, dijo Joaquin con una sonrisa; ahora me acuerdo. No podias andar mejor montado!

—¡Oh, sí, bastante bien! Ya ves que he elejido estos animales en el valle del Sacramento. Por ahora, yo voi tras una expedicion de ganado a aquel bello pais; estoi casi en seco i necesito dinero lo mas pronto posible.

—¿Cierto, Bill? Pues bien! tú eres americano, pero te has conducido siempre como amigo; si un centenar de pesos te pueden servir; ahí tienes el dinero, es tuyo.

--Gracias dijo Bill, tomando la suma; hé aquí una verdadera fortuna! Ahora te dejo, buena suerte, hasta otra vez.

--Adios, amigo, dijo Joaquin, i buena suerte a tí tambien!

Los dos grupos se alejaron cada uno por su lado.

Al mismo tiempo que esto tenia lugar, un capitan Harry Love tuvo la idea de organizar, por sí mismo i bajo su responsabilidad personal, una pequeña banda, encargada de dar caza al atrevido salteador.

Desde su juventud, el capitan Love habia seguido el oficio de explorador o colono; su existencia se habia consagrado a desafiar las fatigas i los peligros. Habia prestado grandes servicios durante la guerra de Méjico, llevando despachos entre los diversos cuerpos militares, i esto a traves de los puntos mas montañosos i mas peligrosos del pais enemigo. Una sangre fria a toda prueba en las horas del peligro, una habilidad especial en el uso del puñal, del revólvers i del rifle, hacian de él el hombre mas apropiado para medirse con un adversario como Joaquin.

Despnes del asesinato de Allen Ruddell, el capitan Harry Love se lanzó tras las huellas del bandido, i le siguió hasta el rancho de San Luis de Gonzaga, que sabia era el refugio ordinario de su tropa.

Llegó allí de noche, e informado por un espía suyo de que aquel a quien buscaba se encontraba al otro extremo del rancho, se dirigió al lugar, a la cabeza de sus hombres.

Antes de llegar a la puerta, una mnjer que habitaba la tienda vecina dió la alarma, i mas rápido que la palabra, Joaquin, Félix, González i Cardozo, cortaron la tela de sus tiendas por la parte inferior i se escaparon merced a la oscuridad.

Cuando Harry Love entró, se encontró en presencia de cuatro o cinco mujeres, de las cuales tres eran las queridas de los salteadores. Esto lo ignoraba el capitan, pues apoderándose de ellas, los habia obligado a volver.

Harry Love, llamado por otras atenciones, no creyó prudente seguir mas adelante la caza, i otra vez mas los bandidos se escaparon.

Después de haberse abierto un pasaje a través de su tienda, éstos se habían dirigido en línea recta hacia el lugar denominado Orris Timbers, a ocho millas mas o ménos del rancho; allí robaron como treinta ricos caballos, llevándolos a las montañas vecinas.

La noche siguiente, volvieron ellos donde sus compañeras; éstas tomaron apresuradamente su traje de hombre i se lanzaron a galope a los montes; hicieron alto en la montaña, después toda la banda se dirigió por los llanos de Tulare a los Angeles, arreando los animales robados. Al llegar al país de los indios tejones, acamparon a la ribera de un pequeño arroyo, que dista como cinco millas de la toldería principal.

Todo parecía indicar que nada había que temer de parte de estos indios inofensivos. Determinaron así poner de un lado las armas, reposar i divertirse durante algunos días.

Sin embargo, un indio se puso a rondar por el campamento del caudillo chileno, observó su elegante equipaje, sus joyas, los caballos preciosos que pastaban en la vecindad, i corrió a la capital a dar parte al viejo cacique Sapatara de lo que había descubierto.

Escitado por la codicia, este último vió en ello un favor del Gran Espíritu, que enviaba tantas riquezas a su territorio para beneficio de su tribu, i determinó apoderarse de ellas.

Una tarde en que Murieta, González i Félix, distantes de creerse en peligro, reposaban tranquilamente a la sombra de las encinas con sus amadas mejicanas, i mientras que Cardozo, muellemente recostado sobre la yerba, vigilaba entre ojos a los caballos que pastaban alrededor, se vieron de repente acometidos i abrumados por un número formidable de indios quienes lo ataron con correas de cuero.

Los indios estaban encantados del rápido éxito de su empresa; pues si realmente se hubieran encontrado con la menor resistencia, si hubieran visto sacar un solo puñal o revólvers, habrían huido de allí con la rapidez del ciervo.

Conducidos a la capital de la tribu, los prisioneros fueron despojados de sus alhajas i de sus vestidos, i solo se les permitió, para cubrir su modestia, el tomar algunos trapos esparcidos por el suelo.

Dejaron en manos de sus ladrones 4,000 pesos oro i mas de 2,000 pesos en alhajas, sin contar todavia el peligro que corrian, a cada instante, de ser asesinados.

Ocho largos dias los tuvo prisioneros el viejo cacique, machacándose la cabeza para descubrir sobre si los haria fusilar, ahorcar, ahogar o quemar; al fin, creyendo que estaban bastante castigados por la temeridad de haber entrado en su territorio, el viejo Sapatara les dirijió un largo discurso, sobre la enormidad i número de crímenes que debian haber cometido para poseer una cantidad tan grande de oro i de alhajas, i en seguida los hizo escoltar a los límites de sus estados por un destacamento de indios armados de los puñales i revólvers robados a los chilenos, los cuales hubieron de retirarse como vencidos.

VI

Muerte del bandido González

Joaquin soportó su cautividad con la mas perfecta resignacion. No habia podido ménos de reirse de su ridícula posicion, i se asombraba de que los indios tejones, tan poco valientes por naturaleza, hubiesen tenido el coraje suficiente para llevar a cabo una victoria tan ruda.

Despues de dos dias de camino, la pequeña tropa llegó a la entrada del paso del Tejon, situado a algunas millas del rancho de San Francisco; allí tuvieron la felicidad de encontrar a uno de los suyos, llamado Mountain Jim, quien, despues de la narracion que le hicieron ellos de su aventura, volvió inmediatamente al rancho, i trajo todos los vestidos que necesitaban, i tambien les proporcionó tres caballos. Uno de estos, magnífico animal completamente negro, con riendas i cabezadas espléndidas, bordadas de bruñida plata, fué presentado al jefe con un revólvers de Colt i un puñal.

Joaquín, fujitivo i sin defensa, se encontró así en poco tiempo vestido, calzado con fuertes botas granaderas i bien armado; en una palabra, se encontró trasformado en poderoso i elegante bandido, merced a los recursos de aquella sociedad, formada i dirijida por su jenio organizador.

Una vez todo arreglado, Joaquin, Félix i González montaron a caballo, tomaron a la grupa a sus queridas i se lanzaron al galope en direccion a San Gabriel.

Cardozo seguia a pié.

Llegaron allí a una hora mui avanzada de la noche.

Habiéndose dirijido al lugar de sus reuniones ordinarias, es decir, a una casa aislada, los bandidos se encontraron repentinamente con Guerra, Valenzuela i sus partidas.

Vueltos de la Sonora ántes de lo que esperaban, i no habiendo encontrado a su jefe en Arroyo Cantowa, éstos habian preferido lanzarse a una expedicion de salteos ántes que quedarse sumidos en la inaccion.

Ya llevaban cometidas muchas depredaciones por los alrededores de San Gabriel; pero se habian visto perseguidos por el jeneral Bean, que hacia todos los esfuerzos posibles por tomarlos, i en muchas ocasiones se habian visto obligados a buscar su salvacion en la fuga.

— Es menester que ese hombre perezca, dijo Joaquin. Se nos ha hecho peligroso, i tenemos que desembarazarnos de él ántes de abandonar el campo.

Una aprobacion unánime acojió estas palabras.

Despues recayó la conversacion sobre el viaje por la Sonora. Los bandidos comunicaron a su jefe que los caballos habian sido puestos en seguridad en el rancho indicado por él.

La partida se encontraba abundantemente provista de municiones de boca, de mantas, de licores i cigarros, i por consiguiente resolvió pasarse en el campamento dos o tres semanas.

Durante este tiempo, González i Cardozo habian sido enviados por su jefe, en comision privada, al rancho de San Buenaventura. Ya se sabe que allí se refugiaba Joaquin cuando lo juzgaba necesario.

Algunos dias despues, el capitan Harry Love, que entónces era diputado Sheriff del condado de los Anjeles, al cual conocia personalmente González, divisó a éste con Cardozo en los límites de San Buenaventura, e inmediatamente resolvió hacer lo posible por prenderlos i entregarlos a la justicia.

Despues de haberlos asechado con paciencia, los vió entrar

en un pequeño bodegon, situado en un camino atravesado que desemboca en la montaña.

El capitán se ocultó tras de un peñasco, i esperó que volvieran a aparecer.

Veinte minutos habian trascurrido, cuando Harry, hallando un poco larga la permanencia de los bandidos, salió de su escondite i se dirigió a la choza.

En el momento en que se dirigia hácia ella, salió Cardozo, pero solo, i se dirigió hácia la montaña.

Harry Love se lanzó sobre él.

Pero el atrevido salteador se escurrió de sus manos i tomó las de Villadiego con la velocidad de un gamo,

Dos balas lo siguieron; la una le rozó el cráneo lijeramente i la otra pulverizó el extremo de una roca tras de la cual desapareció el bandido.

El capitán, que no deseaba sobre todo la captura de Cardozo, dirigió entónces toda su atención hácia González, a quien tenia por un bellaco consumado. Al entrar al bodegon empuñando el revólver i temiendo una furiosa i sangrienta resistencia, se asombró de hallar al bandido completamente ébrio, lo que le permitió desarmarlo con suma facilidad. Media hora despues, ámbos caracoleaban en compañía por el camino que conduce a la cabecera del condado de los Angeles.

Cardozo los vió desde léjos. Inmediatamente ocurrió a notificar a su jefe aquel arresto.

Este, acompañado de Mountain Jim i de la partida de Valenzuela, marchó a toda prisa con la intención de rodear a Love i de salvar a su bravo compañero.

Corriendo toda la noche, solo al venir el día divisaron al prisionero i a su custodia.

González felicitó el socorro que llegaba, ajitando su pañuelo en el aire.

Love, por su parte, comprendió el peligro inminente que habia para él en viajar solo con tan riesgoso compañero; así es que cuando vió que llamaba por medio de señales, apuntó su revólver i sepultó una bala en el corazón del preso.

Una mirada que dió hácia atrás le permitió ver, entre un torbellino de polvo, a una partida de jinetes que llegaba con la rapidez del viento: él clavó las espuelas a su caballo i se alejó a media rienda.

Algunos minutos despues, los bandidos se detenian en el punto en que habia caido González; a lá vista del cadáver del compañero, un grito unánime de rabia i de venganza atronó los aires.

Nada quedaba que hacer; se abandonó el cuerpo, i se volvieron a San Gabriel, en donde Joaquin supo que Juan Tresdedos i su destacamento se hallaban en los Anjeles, i supo tambien que el capitan Wilson, diputado Sheriff del condado de Santa Bárbara, habian visitado a San Gabriel, la víspera por la tarde, con el objeto de investigar el paradero del jefe supremo de los bandidos, que habia jurado capturar muerto o vivo.

Necesitando verse con Juan Tresdedos, Joaquin llevó consigo dos hombres de los mas firmes de su partida i bajó a los Anjeles, en donde encontró a su teniente. Este le comunicó que habia incendiado a diez millas de San Gabriel, una casa cuyos habitantes todos fueron asesinados, uno tras otro, en el momento en que salian escapando de las llamas.

Joaquin permaneció varios dias en los Anjeles en su retiro de costumbre.

Una tarde en que habia salido para saber lo que ocurría, supo que el capitan Wilson habia ido al primer café de la villa, i que proclamaba de voz en cuello su resolucion de poner fin en poco tiempo a la carrera criminal del joven jefe.

A la noche siguiente, hubo una disputa al frente del hotel, i el bajo pueblo formó un círculo en aquel lugar para asistir a una lucha a muerte trabada entre dos mineros indios.

Como todos los demas, tambien Wilson se dirijió al punto para ver mas de cerca a lo que juzgaba un pasatiempo.

De repente un activo i encolerizado jinete, montado como no se puede estarlo mejor, se detuvo a un lado i le murmuró en el oido:

— ¡Yo soi Joaquin!

El capitan, sorprendido, levantó la cabeza; pero apenas habia hecho este movimiento, cuando una bala le atravesó el casco i lo llevó inerte al suelo.

Despues, i lanzando al aire su grito de costumbre, clavó las espuelas a su caballo el audaz bandido, i desapareció como por ensalmo.

La querrela de los dos indios era un artificio inventado por Juan Tresdedos para sacar a Wilson del hotel, i proporcionar a Joaquin una ocasion para desembarazarse de él.

Despues de una cortísima conferencia con sus tenientes, el jóven capitan mandó a Valenzuela i su partida con Mountain Jim i Cardozo al condado de San Diego. Tenian órden de reunir todos los caballos que pudiesen encontrar i de conducirlos al cuartel jeneral de Arroyo Cantowa.

Durante ese tiempo, Joaquin tuvo que volverse a San Gabriel con Juan Tresdedos i algunos otros.

Al cabo de una semana, poco mas o ménos, Luis Guerra, que estaba encargado de espiar los movimientos del jeneral Bean, lo vió una tarde dejar su residencia de San Gabriel i trasladarse a caballo a una propiedad particular que tenia a algunas leguas de allí.

Joaquin, Guerra i Juan Tresdedos marcharon en persona hácia esos lados, i se emboscaron en el camino como a una milla de distancia de la casa.

Tan pronto como el jeneral Bean apareció, salieron los bandidos de su escondite i lo atacaron.

A pesar de una brillante i vigorosa defensa, los bandidos, mas fuertes que él, hicieron inútil el empleo de las armas que llevaba para protegerse. Guerra i Juan Tresdedos lo arrancaron de la silla, i Joaquin, por dos veces consecutivas, lo invitó a combatir, i solo despues que el jeneral hizo un amago para disparar sobre Joaquin su revólvers, se decidió este a sepultarle por dos veces el puñal en el corazon, tendiéndolo muerto a sus piés.

Juan Tresdedos quiso satisfacer sus instintos brutales, i tomó su parte en el drama, descargando tres veces su revólvers sobre la cabeza del moribundo.

Terminada esta terrible ejecucion, Joaquin reunió su tropa i avanzó hácia el norte en el condado de Calaveras, señalando su marcha con una larga serie de robos.

A fines del mes de Agosto de 1852 llegó a los alrededores del pueblo de Jackson.

Una tarde, paseándose solo por los caminos, encontró a un jóven llamado José Lake, que habia conocido ántes de hacerse bandido. Habian trabajado juntos en las minas del Estanislao, i habian vivido mucho tiempo en la intimidad.

Después de un saludo muy amistoso, Joaquín volvió la rienda, y durante algunos minutos marchó silencioso a su lado.

Por fin, palmeándole la espalda con dulzura a Lake, le dijo con voz conmovida:

—Pepe, tú sabes lo que fui en otro tiempo y lo que soy ahora; pero, lo juro en presencia del cielo, que son la injusticia y la tiranía la que me han conducido hasta aquí! Yo no exijo ahora que me ames o que me estimes, pues tú eres un muchacho honrado; pero reclamo de tí un favor, y es el de que no me delates ante aquellos que ignoran mi nombre y el carácter que he adoptado.

—Joaquín, respondió el otro, es verdad que en otro tiempo estuvimos ligados por los vínculos de la más estrecha amistad; se nos habría tomado por dos hermanos. Las mismas relaciones tendríamos ahora, si tú hubieras perseverado en el buen camino; pero hoy día se ha interpuesto entre nosotros el insondable abismo del deshonor, y el lazo que nos unía se ha roto para siempre.

—Sí, Pepe; lo que dices es la verdad, replicó Joaquín, pero, a pesar de todo, no debes delatarme. Aunque los norteamericanos sean mis enemigos, yo te amo en obsequio del pasado, y sería una pena profunda para mi alma el tener que asesinarte, porque indudablemente esto será lo que yo haga si dices una sola palabra acerca del encuentro que has tenido esta noche conmigo.

—Nada temas, le respondió Lake; no corres peligro alguno.

Y después de un político adiós, ambos personajes se separaron.

Joaquín tomó un camino estraviado para ir a su cuartel general, y su antiguo camarada siguió por la senda que debía conducirle a la pequeña aldea de Ornititas, en donde habitaba.

Al día siguiente, Lake creyó de su deber advertir a sus conciudadanos del peligroso vecino que tenían, y contó maliciosamente a muchos americanos que había visto al famoso jefe de los bandidos, Murieta, y que hasta lo había hablado.

A pocos pasos de distancia de Lake, estaba un chileno envuelto en un rito, que parecía preocuparse únicamente del

hmo de su cigarro, i que habiéndole pedido fuego, estendió la mano al jóven con esa gracia encantadora i particular a los indíjenas de la América del Sur.

Tres horas mas tarde, un caballero, cuya fisonomía estaba cubierta por una espesa barba negra, se adelantó lentamente a un almacén, delante del cual Lake se entretenia con sus amigos, i con el tono de la mas esquisita política, le suplicó que se acercase.

— ¿Sabes quien soi, Pepe? le preguntó el extraño,

— ¡Ah! dijo Lake, retrocediendo uno o dos pasos. yo reconozco tu voz; si tú eres...

— *Yes, sir, yo soi Joaquin... tú, tú me has traicionado*

I diciendo esto, Joaquin le hendió el cráneo con una bala de revólvers.

Merced a la asombrosa velocidad de su caballo, el asesino escapó en salvo de una descarga jeneral partida de un grupo vecino, i al cabo de algunos minutos pudo divisársele en la altura de una colina, acompañado de cuarenta o cincuenta hombres, a la cabeza de los cuales se alejaba tranquilamente al paso ordinario de su caballo.

VII

Una atroz carnicería.—Vuelta al campamento de Arroyo Cantowa

Joaquin, que estaba inquieto por saber la suerte que habrian corrido Valenzuela, Cardozo i Mountain Jim i el resultado de su mision, se dirijió con su tropa hácia el punto de reunion jeneral.

Al dia siguiente, por la tarde, acamparon en la falda de un cerro, i despues de haber encendido una gran hoguera, comenzaron a recobrar sus fuerzas comiendo sardinas i galletas (*crackers*), que llevaban siempre de provision. En medio de la cena, Juan Trededós llamó la atencion de sus camaradas hácia un ténue rayo de luz, que parecia salir a alguna distancia, desde el fondo de una quebrada.

— Probablemente es el campo de algunos indios ociosos, dijo Joaquin, dejando caer una mirada indiferente sobre el indicado lugar.

En seguida, volviéndose cariñosamente hacia Juan Tresdedos, agregó con una sonrisa.

—Puesto que eres tú el que lo has descubierto, Juan, i como probablemente ha de haber por allí algo mas precioso que el oro de los mineros, tú me vas a hacer el gusto de adelantarte a explorar un poco.

—De todo corazon, capitán mio! replicó Juan, poniéndose de pié en el acto.

I enjugándose precipitadamente su enorme boca con la manga de la camisa, agregó:

—Siempre estoy listo para esta clase de empresas.

—Está bien, le dijo Joaquin; pero ántes concluyé de cenar tranquilamente.

—Le juro que no acabo i que me dirijo allá sobre la marcha; no hai peligro de que se incomoden las sardinas, ellas me sabran esperar.

I Juan Tresdedos, despues de haber metido en su cintura su puñal i su revólver, se fué directamente i a paso largo al objeto de su mision.

—Juan es un bravo compañero, observó Félix, desgraciadamente es mui aficionado a derramar sangre.

—¡Oh! pero mucho ménos que Pincheira, dijo Guerra, a quien muchos de nosotros tuvimos que combatir en Chile.

—Nó, ciertamente que nó, exclamaron a la vez una media docena de bandidos.

—Ese si que era un verdadero demonio! agregó Guerra, ¡Qué monstruo! Si lo hubierais visto una noche que sorprendió una compañía de.. Pero no hablemos de eso!... Mi corazon vierte sangre, i me siento mal, a pesar mio, cuando recuerdo aquellos buenos tiempos.

En ese momento se vió venir a Juan Tresdedos, arreando a 8 verdaderos chinos, todos trémulos.

Cuando se vieron ante tantos hombres armados, cayeron de rodillas, i se pusieron a pedir perdon en el tono mas discordante.

Sus lúgubres súplicas, los movimientos de sus ojos, sus extraños jestos, sus ridículas actitudes, no hicieron mas que escitar la hilaridad de toda la partida, que respondia a los ecos doloridos de los hijos del Celeste Imperio con las mas formidables carcajadas.

Juan ordenó a sus desgraciados prisioneros, por medio de palabras i de signos entremezclados, que cambiasen de posición i que se sentasen al borde de un peñasco, a poca distancia del fuego.

Esta órden fué ejecutada con la mas pronta obediencia; despues de lo cual, Juan blandió su puñal sobre las frentes de los chinos i les advirtió que si hacian un solo movimiento les cortaba la cabeza.

En seguida se entregó de nuevo, con el mejor apetito, del mundo, a devorar sardinas i a consumir galletas.

—¡Hola! mi amigo Juan, le preguntó Joaquin, ¿qué significa esa sangre fresca que veo en la hoja de tu puñal?

—¡Ah! es que he tenido necesidad de matar a uno de esos animales para rendir a los otros. Cuando ellos vieron a su compañero tendido en tierra, uno de ellos, mas razonable que los demás, se sometió i me siguió, haciendo otro tanto el resto de esta tropa de carneros. Así es como los he conducido hasta aquí.

—¡Ahora que los tienes aquí, ¿qué piensas hacer con ellos? le preguntó Antonio.

—Trasquilarlos como a carneros, contestó Juan.

—Mejor seria hacerlo todo de una vez, dijo Félix. ¡Hélos aquí medio muertos de miedo!

—¡Ah! bien pueden ellos estar tranquilos, replicó Juan, arrojando una mirada de fiera sobre sus prisioneros. Yo los he traído aquí para divertir a la compañía; pero es justo que acabe de cenar ántes de comenzar el espectáculo. Yo he adoptado la máxima americana:—*los negocios ántes de los placeres.*

Al cabo de un cuarto de hora que empleó Juan en comer i los otros en fumar, aquél se dirigió hácia los chinos, i despues de haber amarrado siete de ellos con sus trenzas que parecen colas, arrastró al octavo hácia el fuego.

Los que allí estaban tuvieron la precaucion de hacerse a un lado para darles lugar.

—Espérate, espérate, Juan, gritó Guerra. Espero que no lo vayas a quemar. Solo un estómago lleno de sardinas podría tener semejantes ideas.

—Nó, los he traído cerca del fuego para que podais ver mejor la escena.

Sacando entónces un puñal, el bandido lo sepultó hasta el puño en el corazon del desgraciado chino, que temblaba de espanto.

El asesino retiró su arma roja de sangre i levantó sobre sus brazos el cadáver de su víctima.

Un chorro de sangre salió de la herida i apagó el fuego.

—Caramba! dijo uno de los hombres, me has salpicado todo.

—I el fuego. dijo otro, ¿para qué diablos lo fueron a apagar?

—Jnan, ven para acá, le dijo Joaquin impacientemente. De sobra hai con el espectáculo que acabas de dar. No se puede soportar una crueldad semejante. Despáchalos de un golpe donde están, i terminemos de una vez este asunto,

Está mui bien, capitan; como usted guste. Yo creia que la compañía necesitaba de distraccion; pero desde ahora me guardaré el placer solo para mí.

Diciendo esto, arrastró el cadáver hácia un lado i lo arrojó al suelo con descuido, se dirijió a los otros prisioneros, i sin escuchar sus clamores, sus ruegos, sus sollozos, comenzó, pero sin apresurarse, a desgollarlos i a puñalearlos unos tras otro.

Antes de la ejecucion de los tres primeros, las mujeres se habian cubierto la cabeza con sus ritos, para no ser testigos de ese acto salvaje; temblaban de horror a la sola idea de encontrarse, a pesar suyo, hechas cómplices del asesinato de esos seres indefensos i miserables.

Clarina, que estaba sentada al lado del jefe, habia oido la voz de despachar a los prisioneros; conmovida por un verdadero sentimiento de compasion, trató de arrancar a su fatal destino a los que vivian aun.

Sin descubrir su fisonomía, inclinó la cabeza sobre la espalda de su amante, i le dijo con voz conmovida i temblorosa:

—¡Ah, Joaquin! ¿por qué no impides esa terrible carnicería, esta inútil destruccion de exigencias humanas? Escucha esos gritos desesperados, esas vanas súplicas! Tú que lo puedes, ¿no detendrás el brazo del asesino?

—¡Ai! querida mia, no lo puedo. García es violento, cruel; solo por saciar su insaciable sed de sangre se ha juntado a

nosotros; pero es valiente i no conoce el peligro; seria una desgracia para mí perderlo.

—¿Entonces, están irrevocablemente condenados? murmuró Clarina.

—Sí, lo siento en el alma, escucha... Solo se oyen ya dos voces!... Ya no se oye mas que una!... Hé aquí que ya se estingue... La triste necesidad se ha llenado, ya no sufrirán mas.....

—¡Ah! Murieta, dijo Juan Tresdedos, volviendo a sentarse cerca del fuego; por todos los santos, esta si que es una verdadera noche para mí! ¡Qué deliciosos momentos he pasado con estos miserables! ¡Oh! ni me han resistido siquiera! Por San Miguel, qué torrente de sangre!.....

A la mañana siguiente, al venir el dia, los bandidos se pusieron en camino; a pesar de la tragedia de la noche precedente, todos tenían el corazón alegre i el espíritu contento, acariciando la esperanza de una larga i tranquila permanencia en el cuartel jeneral.

Las mujeres, sobre todo, sentían los benéficos efectos de ese cambio de una noche de tinieblas i de horrores en un dia sereno i resplandeciente con todas las bellezas de la naturaleza. Era menester verlas galopar al lado de Joaquin i de Félix, un poco mas adelante la tropa, conversando de cosas alegres, propias para alejar todo fastidio.

De tiempo en tiempo, una carcajada clara i arjentina hacia vibrar la sonora atmósfera, i venia a agregar un nuevo encanto a la fisonomía de las jóvenes mujeres, cuyos ojos brillaban con el mas vivo resplandor.

Despues de varias paradas sucesivas, la partida llegó al fin del Arroyo Cantowa.

Cuál no fué la alegría del joven jefe a la vista de un espectáculo admirable, que heria desde luego su vista al entrar al inmenso valle! Habia ahí mas de mil caballos que se apacentaban en las yerbas de los campos, la crin flotante i ardiente las ternillas, describian círculos graciosos por el plano. Despues la vista se detenia sobre un grupo de tiendas blancas como la nieve, levantadas sobre los troncos macizos de las hayas siempre verdes, lo que probaba que despues de haber cumplido fielmente su mision, los bandidos habian venido a esperar nuevas órdenes.

Joaquin exhaló su grito bien conocido i que debia anunciar a los suyos que era él el que llegaba, i todos se dirijieron a galope hácia las tiendas.

Alli se desmontaron inmediatamente; lo rodearon Cardozo, Valenzuela i algunos de la partida. Los demas habian salido a cazar.

Despues de mútuos cumplimientos, despues de felicitaciones carabiadas por una i otra parte, desensillaron los caballos i los soltaron con los otros; en cuanto a los jinetes, se tendieron muellemente sobre el pasto, para gozar del descanso que habian menester.

Habian dormido cinco horas cuando los despertaron para cenar.

Los cazadores habian vuelto, al caer el dia, con los morrales llenos; se habia encendido una gran fogata, i ya se aspiraba las deliciosas emanaciones que exhalaba la liebre asada i la carne de oso.

Asaban perdices i pollos silvestres ensartados en varillas, dándoles vuelta sobre las llamas, en el rescoldo de la fogata habia unas ollas de barro llenas de café, cuyo exquisito aroma incitaba a probarlo; un poco mas léjos, habia unas cien o mas canastillas indias, colgadas en las ramas de los árboles llenas de duraznos i tortillas, o bien ostras conservadas o salmon i frascos de frutas secas o confitadas.

Al lado de cada una de estas canastillas estaba tambien colgado un morral, cajones i cigarros i muchas botellas, cuyo vino brillaba a traves del diáfano cristal.

El total formaba un banquete tan delicioso como abundante, que habria podido seducir al mas decidido discípulo de Epicuro.

A una señal dada por los cocineros, los bandidos se sentaron sobre el pasto; cada cual tomó asiento al frente de una de las canastas, i se pusieron a devorar, satisfaciendo lo mas rápidamente su apetito.

La cabecera estaba ocupada por Joaquin i Clarina; a la derecha del jefe estaba sentado Reinaldo Félix i su encantadora querida Margarita; a la izquierda, Juan Cardozo i la hermosa Mariquita.

Esta última habia llevado por mucho tiempo el duelo de su primer amante, aquel González que ejecutó tan sumaria-

mente el capitán Harry Love i había tomado por sucesor a Juan Cardozo.

A cada instante se escuchaba una pequeña risa alegre, que respondía a las palabras de amor i a las galantes atenciones de este nuevo adorador.

Se acabó de cenar, i la conversacion continuaba animándose, cuando se dejó oír el grito de reconocimiento.

Una compañía de veinte hombres se adelantaba a galope, teniendo a la cabeza a Mountain Jim.

Se dilató el círculo; los cocineros se volvieron a poner a la obra i los recién llegados comenzaron a restablecerse, recibiendo al mismo tiempo las felicitaciones de sus camaradas. Los nuevos reclutas eran formados casi completamente por chilenos, peruanos i sonorienses; habían sido reunidos por un íntimo amigo de Joaquín, llamado Fernando Fuentes, el cual los había acompañado al lugar de la reunión.

Conducía como tributo de su bienvenida como sesenta i cinco caballos, i Mountain Jim anunció a Joaquín que doscientos caballos más, robados en el rancho de San Francisco, les serían llevados al comenzar la semana siguiente.

La conversacion, interrumpida un instante, volvió a tomar su curso natural; los más antiguos de la partida les hicieron lugar a los recién llegados, i Dios sabe qué historias tan asombrosas, qué narraciones tan increíbles se contaron en aquella noche! De cuando en cuando, una de aquellas muchachas jóvenes cantaba una deliciosa armonía, baladas o leyendas, que hacían soñar con tiernas ilusiones a esos bandidos de corazón de hierro. De repente, la fiesta se perturbó con una querrela que surgió entre Joaquín, Juan Tresdedos i Mountain Jim. Como se va a ver, la cosa era grave.

VIII

Una querrela entre los bandidos.—Nuevos asesinatos

—Jamás, había dicho formalmente Juan Tresdedos, sufriré yo que esos malditos americanos pongan el pié en el cuartel jeneral, ni toleraré que ninguno de ellos se inicie en los secretos de esta tropa!

Esta declaracion introdujo una querella entre Juan Tresdedos i Mountain Jim.

Este último, que era el único que representaba en la partida el elemento americano, le contestó de la siguiente graciosa manera: «Yankee de nacimiento, soi chileno de corazon, i el interes que tengo en la seguridad de la partida es tan sincero como mi objeto; yo he entrado a la compañía únicamente por simpatias i no por satisfacer mis apetitos sangnarios.»

—Si dirige a mí esa indirecta, murmuró inmediatamente Juan, el que acaba de hablar miente miserablemente i la declaro un cobarde.

Al mismo tiempo sacó el bandido un revólvers. Al verle jirar sus ojos de tigre i fruncir sus pobladas cejas; al ver, sobre todo, aquella cara de demonio protegida por miembros de jigante, el hombre mas valiente habria mirado dos veces antes de declararse su enemigo.

Al oír la palabra cobarde, Mountain Jim sacó tambien su revólvers. Iba ya a disparar, cuando Joaquin se levantó de repente, i con la voz mas respetable i el tono mas imperioso, les mandó que depusiesen sus armas i que pusieran fin a su querella.

—Con todo mi corazon, dijo el montañes, obedezco espontáneamente la órden de nuestro jefe.

—Un instante! murmuró Juan; así no lo entiendo yo! . . .

En el instante mismo sonó un tiro, i uno de los nuevos compañeros de la partida que estaba sentado junto a Mountain Jim, cayó de bruces al suelo herido mortalmente.

A la vista de esto se exhaló un grito jeneral. Al golpe toda la partida se puso de pié i dirijió sus revólvers sobre el asesino; ya no esperaba mas que la órden del jefe para disparar.

—Nó, dijo Joaquin, estendiendo la mano, abajo todas las armas, todas las armas! . . .

Habiéndose ejecutado la órden al instante, todos los ojos se volvieron hacia Juan que de pié i con el revólvers en la mano, mirando al jefe con un aira de estúpida inditerencia. Joaquin sacó entonces de su forro un revólvers, cuyas chapas de plata brillaban al resplandor de la hoguera como oro bruñido, i dirijiéndose hácia Juan Tresdedos:

—Juan, le dijo con voz colérica i una mirada llena de rabia, tu has desobedecido a tu jefe; no solo has cometido un acto de rebelion abierta, sino que has asesinado a uno de tus compañeros. El que has muerto no era el enemigo que tú querias, sino un hombre que veias esta noche por la primera vez, i con quien no habias tenido hasta la fecha el menor altercado. Juan, tu mereces la muerte, i voi a probarte que no tengo menos firme el pulso que tú!

—Joaquin, dijo Juan, arrojando a un lado su revólvers i abriendo con sus dos manos la camisa de lana que cubria su pecho; yo no temo a la muerte. . . puedes disparar, estoi listo. —Fuego!

Acabando estas palabras, una pequeña i encantadora mano se apoyó sobre la espalda del jefe i la dulce voz de Clarina murmuró a su oido:

—Joaquin, perdónalo! . . . te lo ruego.

Murieta permaneció indeciso por algunos segundos, i al fin, deponiendo su revólvers, dijo:

—Juan, yo no sabria matarte; eres demasiado valiente para morir así; i aunque tu coraje está unido a la barbarie i a la crueldad mas brutal, te perdono, porque tu naturaleza es así, i porque no puedes enfrenar tus apetitos feroces.

—Sí, sí; es su naturaleza. . . perdon! perdon! . . . gritó al mismo tiempo un cierto número de bandidos, que llenos de admiracion por la inquebrantable sangre fria de Juan, habian olvidado ya el crimen.

Se alejó el cadáver de la víctima, la paz fué proclamada i la fiesta comenzó de nuevo mas entretenida i mas alegre que nunca.

Despues de una noche de placeres completamente campestre, Joaquin despachó a Antonio i a Guerra, al último a la cabeza de su partida, al Estado de la Sonora, con mil quinientos caballos. El mismo partió para San Luis, con Valenzuela, Félix, Cardozo, Mountain Jim, Juan Trededos i los tres sonorienses.

A la mañana siguiente, viajando por la montaña, a lo largo de un sendero escarpado, apercibieron dos mineros franceses, que se habian refugiado en una de las cavidades de una roca para almorzar sin ser incomodados por el sol de medio dia.

—Bueno seria, insinuó Juan, sacando su puñal, ver lo que traen en plata estos compañeros.

—Está bien, pero acuérdate de lo sucedido; no hai que derramar sangre!

Un minuto despues, Juan se hallaba delante de los dos hombres, i con una voz de trueno les ordenó vaciar sus bolsillos, bajo pena de ser hechos pedazos. Los ojos inyectados del bandido, su actitud feroz, decian de sobra que su amenaza no era en vano; tambien los pobres franceses se apresuraron a desatar sus bolsas de cuero i a ofrecerlas a Juan, que las vació; pero apénas habia contado, cuando desorientado por no encontrar mas que 40 pesos, se arrojó sobre los mineros, los degolló i los dejó bañados en su sangre, Joaquin, que se habia detenido a alguna distancia, habia visto toda la escena, pero se contentó con murmurar entre si i pasarlo por alto.

Al ponerse el sol, la pequeña tropa llegó a una estrecha quebrada, al borde de la cual habia tres chinos, víctimas sin duda del odio de los mineros americanos. Atravesados de parte parte a parte, dos de ellos estaban ya muertos, el tercero, aunque su herida no era mortal, hubiera indudablemente succumbido en breves dias, pues estaba privado de toda asistencia médica. Viendo pasar a caballo la partida, el pobre diablo levantó la cabeza, i con un tono suplicante i una mirada digna de compasion, se esforzó en murmurar algunas palabras que equivalian a un ruego.

—Es inútil que nos detengamos, dijo Joaquin, nada puede salvar a este hombre del estado en que se encuentra.

Un momento despues, volviéndose, vió a Juan que inclinado sobre el desgraciado chino, le clavaba bárbaramente los ojos con una punta sacada de la misma espuela del herido.

—García! García! gritó Joaquin.

Viendo que su jefe lo miraba i adivinando su indignacion, Juan Tresdedos se apresuró a sacar su puñal i sepultarlo en el corazon de su víctima. Despues volviendo a montar a caballo, se fué al galope hácia Joaquin.

—García, le dijo éste, esto es mucha crueldad! este hombre habria muerto en dos o tres dias a mas tardar.

—Está bien, dijo Juan, limpiando en la crin de su caballo

su puñal teñido en sangre; ¿que mal he hecho en matarlo? Mi deseo era abreviar su sufrimiento!

—Lindo modo de aliviar, torturando hasta la muerte! . . .

—Ah! Juan, no me digas una palabra más; tu corazon es negro hasta lo profundo, como el de Satanás.

Llegado a la mision de San Luis, Joaquín mandó a Reinaldo Félix a los Anjeles, i a Mountain Jim i Juan Tresdedos (que parecian ya los mejores amigos del mundo) a San Diego, con órden de robar cuantos caballos pudieran, i con encargo de averiguar lo que se decia del asesinato del capitan Wilson i del jeneral Bean.

Una semana habia pasado apénas desde la partida de los tres compañeros, cuando llegó Juan Jejas, otro miembro de la partida, el cual anunció que Félix habia sido ahorcado por los habitantes de los Anjeles. Miéntras él descansaba en una timbirimaa, fué reconocido por un americano, a quien habia robado con otros bandidos cerca de Mockelume Hill. Detenido repentinamente, fué acusado de complicidad en la muerte del jeneral Bean, i aunque no habia suficiente evidencia para implicarle en este asunto, se dió como prueba de culpabilidad, su calidad de ladron i de miembro de las partidas de Joaquín. Algunos minutos bastaron para ponerle la cuerda al cuello, i apénas besó el crucifijo i bajó el sacerdote, se izó la cuerda i el reo fué ahorcado.

Así terminó la vida de Reinaldo Félix.

Su querida, la jóven i linda Margarita, se negó a creer esta terrible noticia; pero Valenzuela, despues de haberse trasladado a los Anjeles, la confirmó oficialmente. Inmediatamente sacando de su cintillo un lindo puñalito que llevaba ordinariamente consigo, ántes que persona alguna se lo hubiera podido impedir, se lo sepultó en el seno, i murió pronunciando el nombre de su amante.

Este desgraciado acontecimiento no se habia olvidado aun, cuando Juan Tresdedos llegó a su vez trayendo la noticia de la muerte de Mountain Jim.

Juan i su camarada habian entrado a una taberna, situada sobre el camino a algunas millas de San Diego. Iban a beber uno o dos vasos de mal licor, cuando una partida de americanos, desembocando repentinamente, se habia puesto a considerarlos con un aire de tal sospecha, que Juan habia creído

prudente tomar aparte a su compañero i aconsejarle que se alejase lo mas pronto posible.

Jim, bajo la influencia del agua de la vida que acababa de absorber, se habia echado a reir con el consejo de Juan, i lejos de hacer caso, se habia adelantado al mostrador para pedir otro vaso de licor.

Algunos momentos despues, una nueva partida de americanos llegó a aquel lugar.

Apénas la vió Juan Trededós, montó e hizo señal a Jim para que lo siguiera. Jim solo contestó con un juramento de borracho i permaneció junto al mostrador. Los americanos se lanzaron a la taberna, i sacando su revólvers intimaron a Mountain Jim que se rindiese. Una lucha se siguió.

Juan, perfectamente al corriente de lo que iba a pasar, i sabiendo demasiado bien que era inútil buscar querella con fuerzas tan superiores, se contentó con mandar dos balas al medio del grupo, i perseguido por dos, se alejó con la rapidez del viento. Los americanos que se lanzaron tras él quedaron atrás, porque el animal que montaba Juan podia rivalizar en valor i velocidad con el famoso Bucéfalo, i permitia burlarse de todos los americanos del mundo, i sea dicho en verdad, pillar a Juan era como intentar detener a una locomotora lanzada a todo vapor.

Mucho ménos trabajo tuvieron para apoderarse de Mountain Jim, que fué conducido inmediatamente a San Diego, i colgado sin mas demora que el tiempo estrictamente necesario para hacer un nudo en el extremo de la cuerda.

Un mes despues de estas desastrosas pérdidas, Joaquin, cuyos compañeros estaban reducidos al número de cinco, contando las dos mujeres; emprendió un viaje de placer al condado de Suolamine; su único objeto era divertir a Clarina, a quien la muerte de Margarita, su amiga, habia sumerjido en una melancolía profunda.

El viaje fué mui agradable, i al cabo de dos semanas llegaron a la orilla del rio La Merced.

Allí, sobre la orilla misma, a la sombra de un grupo de árboles viejos de abundante follaje, el jefe estableció su tienda, bien decidido a permanecer algun tiempo en aquel tranquilo lugar, en donde parecia que nada podria perturbar el

apetecido reposo. Ah! esa bella resolucion habia de ser mui pronto i repentinamente destruida.

A la mañana siguiente, Joaquin fué despertado por Juan Tresdedos. Un grupo compuesto de cuatro mineros, se adelantaba a lo largo de la ribera opuesta.

—Si no nos buscan a nosotros, déjalos pasar, le dijo el jefe.

I al mismo tiempo que hablaba, dirijia una mirada a la ribera por una rendija de su tienda.

—Ah! pero nó; por todos los santos... dijo inmediatamente con una horrible espresion en la fisonomía. Ven, Juan. De pié Cardozo! Arriba Valenzuela! Seguidme.

Despues, sin escuchar los ruegos, sin prestar atencion a las lágrimas de las mujeres, tomó su revólvers i se lanzó fuera de la tienda, seguido de sus compañeros.

Los viajeros estaban ya a pocos metros de distancia, caminaban con un paso tranquilo, sin pensar en el menor peligro, cuando se dejó oír una cuádruple detonacion, i tres de aquellos mineros, condenados por Joaquin, cayeron muertos en medio del camino. El cuarto, que solo habia recibido una pequeña herida, se volvió para ver con que enemigos tenia que habérselas.

—Ah! condenado yankee, gritó el jefe, ¿me reconoces ahora? Yo soi Joaquin!...

I haciendo fuego tres veces seguidas, dió un grito prolongado de alegría, viendo al americano caer muerto al lado de sus compañeros.

—Juan, dijo entónces Joaquin, mostrando sus cadáveres, ahora no solo te doi permiso, sino que te ordeno satisfacer todos los sanguinarios instintos de tu naturaleza. Puede ser que alguno de esos hombres respire aun, yo te los entrego.

A las primeras palabras del jefe, se lanzó hácia allá Juan Tresdedos. Ya estaba en medio del rio, con el agua hasta las espaldas i luchando contra la corriente. En dos minutos llegó a la márjen opuesta, e inmediatamente se puso a la obra.

Con cuánta alegría observó el infernal bandido que dos de aquellos infelices respiraban todavia, i que, aunque podian sufrir, no podian escapárseles! Aturdido por sus gritos, i para cortar toda resistencia, el demonio, en unos pocos segundos,

les vació las entrañas i terminó aquella abominable escena arrancándoles el corazón.

Cuando a su vuelta entró en la tienda de su jefe, quiso saber el motivo del odio i de la venganza de Joaquin sobre aquellos hombres.

— Juan, respondió Murieta, tres de ellos se encontraron entre los asesinos de mi Carmela, entre aquellos que me arrojaron de mis posesiones de las minas. Quien fuera el cuarto, es lo que no sé; pero ha merecido su suerte por haberse hallado en semejante compañía.

— ¡Miserables! murmuró Juan, con un jesto feroz, que le hizo aparecer verdaderamente terrible. Pues bien, capitán, tengo esperanza de que nos hemos de encontrar aun con algunos de esos caballeros!

— Si así sucede, tu cuchillo no se enmohecerá por falta de sangre. Pero abandonemos este lugar; esta tarde acamparemos en otro punto.

Media hora despues, Joaquin caminaba con su pequeña tropa hácia Mariposas. No lejos de allí, en un rancho de sus amigos, era donde el jóven jefe habia determinado descansar.

IX

Nuevas correrías.—Encuentro con un americano

Despues de treinta dias, poco mas a ménos; pasados en gran parte en la vecindad de Mariposas, empleados por el insaciable Juan Trededós en la perpetracion de no ménos de una docena de robos i de otros tantos asesinatos, la partida se volvió a poner en camino.

Se atravesó La Merced en un punto que la corriente era un poco profunda, i continuaron el viaje ya internándose en los bosques, ya subiendo las montañas, hasta que se encontraron con un camino que les permitia llegar a los campos de Tolumme. Allí, tan pronto como pudo pasarse el vado con los animales, se volvió a poner en camino i a marchar con rapidez, i mui pronto llegó a un punto llamado Shaws Flat.

Por todos lados resonaba el ruido de los picos, de las palas i de todos los instrumentos de que los mineros se sirven

para separar el oro de la tierra. Muchos chinos habian plantado sus tiendas sobre diversos puntos vecinos, i todos, reunidos por compañías, trabajaban asiduamente i realizaban beneficios razonables en los lavaderos que los americanos habian abandonado, porque no dejaban un provecho suficiente para ellos. Todo lo que pertenecia a este lugar animado por el trabajo, respiraba paz prosperidad i contento.

Joaquin i sus hombres fueron perfectamente recibidos por los trabajadores, i no se le vino a nadie a las mientes el desconfiar de ellos.

Es una costumbre mui comun entre los carreteros, los mercaderes de caballos, los ganaderos, los cazadores, i los viajeros de todas clases camppear dias i semanas enteras, tanto sobre los bordes de un rio, como a la sombra de un gran árbol en un lugar aislado, para que pudiera deducirse de tales circunstancias ninguna intencion criminal. Por otra parte, no habia por qué ajitarse a la vista de las armas que llevaban los bandidos; la costumbre popularizada en todas las clases de la sociedad californina de no marchar nunca sin salir armados, permitia a Joaquin i a sus compañeros permanecer en perfecta seguridad hasta el momento en que juzgaban conveniente revelar su verdadero carácter con algun crimen ruidoso.

Poseyendo Joaquin sumas mas que suficientes para las necesidades del momento, se decidió a permanecer algunas semanas en Shaws' Flat; su intencion era vivir en reposo i de una manera agradable, haciendo circular al mismo tiempo algunos centenares de pesos en las casas de juego, en los cafee's, en los fandangos, en los pueblos i en las aldeas de los alrededores. El acaso le servia a las mil maravillas; encontró a unos mineros que, estando para volverse a su patria, le vendieron una pequeña choza que poseian, con todos sus utensilios domésticos de que estaba dotada. Situada sobre un terreno seco i árido, que los mineros habian trabajado i retrabajado hasta estraer la última pepa de oro, esta choza era doblemente preciosa para los bandidos en razon de su posicion aislada i de la independenciam en que se encontraban respecto de los cateadores, que ni soñaban siquiera en aventurarse por aquellos puntos tan desiertos.

Todas las tardes, Joaquin acompañado de Cardozo i de

sus dos mujeres, llegaba hasta las aldeas i campos vecinos con el objeto de divertirse.

El cuartel jeneral estaba durante este tiempo confiado a Valenzuela i a García, una orden formal fué dirigida a este último para que permaneciese tranquilo i sin comprometer, bajo pretexto alguno, ya fuera por un robo o un asesinato cualquiera, el asilo de toda la partida. Juan Tresdedos, por la primera vez de su vida, parecia no tener ningun gusto en verter sangre, i durante un período de tres semanas, permaneció cerca de la morada comun, dividiendo su tiempo entre el naipe i la chupeta. Con todo, al fin su naturaleza se dejó ver de nuevo. Una tarde, mientras que Valenzuela estaba en Sonora con Joaquin i los demas, el miserable afiló su cuchillo i se lanzó en busca de una víctima.

Los chinos, agrupados delante de sus tiendas, estaban ocupados en examinar los productos de los trabajos del dia; cuando Juan los apercibió, su ojo brilló con un resplandor salvaje. Se hubiera dicho que era un cazador encontrando de repente a su liebre favorita. Pero como los americanos tenian sus tiendas plantadas cerca de allí, nada ménos que alrededor del campo de los chinos, el bandido, que no deseaba otra cosa que degollarlos sin ruido, continuó su marcha en direccion a Sonora, con esperanzas de encontrar a la vez un lugar mas a propósito i una ocasion ménos peligrosa.

En el camino encontró en muchas ocasiones compañías de mineros armados hasta los dientes, i despues, por casualidad, un chino solo; pero como los primeros estaban todavia a la vista, reprimió los deseos que tenia de atracar al chino i permaneció prudentemente envuelto en el rito.

En el punto en que el camino de Sonora forma un ángulo i se vuelve hácia Columbia, i cuando estaba a poca distancia de la ciudad, se sentó al borde del camino para saborear tranquilamente el humo de un cigarro.

Era una hermosa noche, una noche suntuosamente estrellada. Juan Tresdedos, antes de seguir adelante, resolvió reposar un poco i dejar pasar el tiempo, fumando hasta las dos o tres de la mañana. Pensaba él que volviendo a los alrededores de la choza de Joaquin, podia, sin mucho peligro, dejarse caer sobre algunos chinos adormecidos por el opio i matar una media docena con la mayor comodidad.

Miéntras el saboreaba anticipadamente el placer que le prometía una carnicería tan terrible, fué perturbado en sus reflexiones por un ruido de pasos, al cual se mezclaba el sonido de una voz humana, tarareando algunos fragmentos de melodía, imitando a los negros. Todo el que escuchaba los graciosos efectos producidos por el músico, adivinaba sin que le cupiera duda, que su canto era resultado de numerosas libaciones. Multiplicando, con la enerjía del licor, las fuerzas de sus pulmones, el extranjero, despues de haber entonado el *Jim Croco*, pasó sin detenerse al *Possum up a gun tree*, despues al *Coal Black Rose*. Trató en seguida de silbar el *Yankee Doodle* i el famoso aire *Auld Lang Syue*; pero no encontrando satisfactoria su ejecucion, se entregó audazmente a una música completa a la vez de cantos, de gritos, de aullidos prolongados i de silbos agudos.

Esta melodía de un nuevo jénero, aunque intraducible en el lenguaje ordinario, puede, sin embargo, indicarse asi: (los paréntesis se dejan a la imaginacion mas o ménos fantástica del lector).

Oh! Su (hic) sanah! don't you cry (hic) forme l'm gwi ne to Cal (hic) fornia with—hooroo! I don't care acuss for nothin! ki yi! yow ow! Hoo-raw for Jackson! hoop! hoy!

—Hola! viejo camarada... agregó el extranjero, deteniéndose repentinamente, o mas bien tratando de detenerse en frente del chileno; hola, pues; ¿qué es lo que haces tu ahí? ven a beber un vaso.

¿Qué, que es esto, no quieres? ándate al diablo, entónces!

I arrojando un grito, que debió oirse a cinco millas de ahí, continuó caminando adelante, describiendo zigs zags i comenzando de nuevo su cancion interrumpida por un instante. Iba a pocos metros de distancia de Juan, cuando este último, cayendo de improviso sobre él, i antes que tuviese lugar de pronunciar una palabra, le asestó entre los dos pulmones una multitud de puñaladas, que le tendieron muerto en medio del camino.

El asesino se puso en el acto a despojar el cadáver de su victima. Despues de haberse asegurado de un cinturon de cuero, cuyo contenido en oro en polvo i en moneda de plata podia subir a tres mil pesos, poco mas o ménos, Juan Tres-

dedos tomó a paso ordinario el camino del cuartel jeneral. Su primer cuidado, llegando, fué irse a arrojar a su lecho, a dormir o soñar, si acaso podia.

Cuatro o cinco horas despues, Joaquín i Valenzuelá entraban o mas bien se lanzaban a su vez dentro de la choza.

El primero se adelantó inmediatamente hácia Juan, i con una violenta sacudida le arrancó de su sueño.

—Que hai! gruñó Juan, poniéndose inmediatamente de pié.

—Acaba de encontrarse el cadáver de un hombre, dijo Joaquín, i por la naturaleza de sus heridas, yo deduzco que no puede haber sido asesinado sino por tí.

—¿Está usted bien seguro?

—Oh! si, seguro, i es en vano que tu me lo niegues! Pero sabes tú a quien has muerto?

—A fé mia que nó, respondió Garcia, tomando un aire sarcástico; i lo confieso, no me siento nada inquieto por saberlo! Pienso que tendras necesidad de algun dinero, i yo fuí a buscarlo a la gabeta de ese bellaco. Tengo el honor de presentaros el producto de mi caza, puedes disponer de él.

—Bien, Juan, dijo el jefe, sacudiendo el cinturon de cuero que le presentaba Garcia: cierto, hai ahí una suma de oro bastante gruesa i que nos viene mui bien, porque la falta de dinero comenzaba a hacerse sentir. La desgracia es que la víctima, por lo que yo puedo juzgar, es nada ménos que uno de los compañeros de aquel minero a quien le compramos esta barraca, i como su asociado se encuentra en este momento en Sonora, puede mui bien suceder que este último cuente los detalles i nos haga por esto sospechosos.

—¿Qué piensas hacer en este caso? preguntó Juan.

—Permanecer en los alrededores un dia o dos, miéntras tú i Valenzuela se dirijen a toda prisa a Stockton; Clarina i Mariquita han partido ya con Cardozo, i tú te reunirás probablemente con ellos ántes que lleguen a la ciudad.

—Lo que mejor nos queda que hacer; dijo Valenzuela, es partir todos juntos. Sobre la marcha, pues.

En algunos minutos, los tres caballos fueron ensillados. Juan Trededós i Valenzuela se dirijeron a galope hácia Stockton. Joaquín tomó lentamente el camino de Sonora.

Los primeros rayos de la aurora estaban despuntando, i los salones de juego estaban aun hirviendo de mineros i de mercachifles; todos conversaban con animacion del último asesinato i se manifestaban firmemente determinados a aplicar la lei Lynch al autor, apenas lograsen capturarlo.

Joaquin descendió del caballo i entró tranquilamente a la casa de juego, recojida la manta sobre el hombro segun la costumbre chilena. Saludó al entrar con un simple signo de cabeza a algunos de sus compatriotas, tomó un asiento i se fué a sentar a un rincon de la sala junto a una puerta.

En varios grupos se insistia mucho sobre la brutalidad del asesino, que parecia haberse dado un placer en inflijir a su víctima numerosas heridas, cuando una sola habria bastado para llenar el objeto de robarlo. A esta observacion se juró de la manera mas enérgica que el asesino no escaparia de la vindicta pública.

—No me asombraria absolutamente, dijo de repente un hombre de fisonomía salvaje, dando un terrible puñetazo con su robusta mano sobre el mostrador del establecimiento, no me asombraria absolutamente de que esos chilenos tuviesen alguna parte en el asesinato de nuestro compañero!

—¿Qué chilenos? preguntó uno de los jugadores.

—Esos que han comprado la choza del borde del agua!

—¿Para que la han comprado?

—Lo ignoro, i no deseo saberlo. Pero lo que hai de cierto, es que ellos no han trabajado ni siquiera una hora. Pasearse a caballo alrededor de la ciudad, jugar todos los dias al monte, cantar, reir, hacer sonar el oro en los bolsillos repletos, hé ahí la vida que llevan entre nosotros.

—Es verdad; lléveme el diablo!... agregó un tercer interlocutor, tan flaco i tan mal ajustado como era de robusto el segundo. Caramba! si es cierto todo lo que ha dicho mi compañero, es menester saber de donde sacan estos chilenos del diablo tanto oro! Pero el hecho es que sus bolsillos están siempre bien provistos.

—Válgame Dios! interrumpió el primero que habia hablado; mira a aquel lado, Juan!... Ahórquenme si no es uno de los chilenos de que hablamos éste que está entre nosotros tranquilo como un pepino en un frasco de vinagre...

I mostraba con el dedo a Joaquin.

—Es uno de ellos, os lo aseguro, como es verdad que estoy parado aquí. Yo juro que el comprendí el yankee, porque yo le he visto enrojecérsele el rostro...

Joaquin no habia perdido una sola palabra de esta conversacion. Por consiguiente, habia permanecido hasta el fin perfectamente impassible, i cuando el americano se lanzó hácia él i le pegó en la espalda con su pesada mano, diciéndole: amigo, creo que nos conocemos; no me reconoce usted? soy su antiguo compañero!

Joaquin le contestó con sonreír, i se levantó en apariencia con la mayor voluntad del mundo. Pero ántes de que la sonrisa hubiera abandonado sus labios, le dió a su adversario un terrible golpe con la cacha del revólvers, i el americano aturdido cayó al suelo cuan largo era.

De un brinco, Joaquin salió de la sala; un momento mas tarde estaba sobre su silla i se fugaba a todo galope en direccion a Stockton.

X

Una terrible emboscada i un buen botin.—Muerte del bandido Cardozo

Un dia bastó a Joaquin para reunirse a sus compañeros a caballo, a quienes encontró establecidos en una taberna cerca de Stockton.

Les contó en pocas palabras lo que acababa de sucederle, despues que toda su compañía se habia puesto en camino. Una hora fué lo suficiente para llegar al término de su viaje.

Al dia siguiente, despues de ponerse el sol, Joaquin, Valenzuela i Juan Tresdedos apercibieron de repente a tres mineros americanos, vestidos todos de verde, que se paseaban a lo largo sin otro designio aparente que mostrar sus trajes nuevos, cuya estravagante fantasia se hacia aun mas notable con unos alfileres de oro de pepitas recojidas en las minas.

—Hé ahí unos bellacos, observó Joaquin, que se me figura deben de tener buena dosis de vanidad!

—Sí, dijo Valenzuela, i si esa vanidad se funda en lo que ellos valen, deben ser propietarios de una gran cantidad de oro.

—Soi de la misma opinion, dijo Juan, llevando instintivamente la mano a su puñal; bueno seria apoderarse de ellos.

Acabando de pronunciar esta palabra, los tres mineros entraron en un restaurant. Joaquin, viéndolos desaparecer, se lanzó hacia ellos, recomendando a sus compañeros que esperasen su vuelta. Entró al café i se sentó en una mesa, no lejos de la que ocupaban los americanos.

En menos de dos minutos, tomando una taza de café, recojió todos los datos de que tenia necesidad; juntándose entónces a sus camaradas, siguió en seguida el camino de la casa, a donde habian descendido todos en aquel instante, es decir, la parte mejicana de la ciudad, se ensillaron los caballos i se pusieron en camino para San Andres.

A cuatro leguas de Stockton se detuvieron, ocultaron los caballos en un espeso bosque, ocultándose tambien alguna parte de los hombres.

—Nuestra jente estará aquí dentro de poco, dijo Joaquin, lista a volver a su pais con la fortuna pue ha alcanzado a reunir; contaba con embarcarse mañana para San Francisco, pero otro de los compañeros debia reunirseles en Stockton hoi a las tres, i no viéndole venir, se han vuelto a San Andres para buscarlo.

—Es una verdadera fortuna para nosotros, dijo Valenzuela, i nuestra obra no puede ser mas cómoda.

—Creo que los oigo, murmuró Juan Tresdedos, pasando la cabeza por entre las ramas de los árboles.

—En efecto, murmuró Joaquin, ellos son. Esperemos que lleguen hasta aquí i nos despediremos de una buena manera.

Los tres hombres se acercaban a cada instante galopando suavemente sin temer peligro alguno. Podria habérseles oido conversar en alta voz de su pais i de sus proyectos de matrimonio,

Cada uno contaba el éxito que habia obtenido en sus minas, miéntras todos a una voz reian de la envidia con que los habian visto partir sus camaradas; gritaban i contaban anécdotas agradables, probando así que ningun presentimiento los ponía en guardia de la muerte próxima.

Apénas llegaron al frente del lugar en que estaban ocultos

los bandidos, cuando éstos se lanzaron de repente fuera de sus escondites, tomaron los caballos de las riendas, i ántes de que los desgraciados mineros hubiesen tenido tiempo de volver de su sorpresa, les destaparon los sesos i los arrancaron de sus sillas. Los cadáveres fueron despojados cuidadosamente i tirados a alguna distancia, a lo mas profundo de las quebradas.

Los tres americanos tenian entre sí cerca de ocho mil pesos de oro en polvo.

Concluido este hermoso golpe de mano, Joaquin i Juan Tresdedos, se pusieron a buscar un nuevo asilo, miéntras que Valenzuela tomaba el camino de Stockton para traer las mujeres i a Cardozo.

En la misma tarde, cuando toda la partida estaba reunida, se dirijieron hácia el condado del Dorado. Joaquin i sus compañeros atravesaron una parte del condado de Sacramento i se fueron a acampar a la garganta sur de la ribera americana.

Al cabo de pocos dias se les reunió Fernando Fuentes i su tropa, uno de cuyos hombres, recorriendo los bosques, habia visto al jefe recorrer la ribera con sus compañeros, i habia corrido a prevenir a su capitán a to la prisa.

Fuentes habia sido encargado de reunir todos los caballos que pudiera robarse, i ya habia conducido cerca de 400 al lugar del retiro. Le comunicó al jefe que Antonio Guerra i él habian vuelto de la Sonora al Arroyo Cantowa, trayendo cada uno una querida.

Joaquin se mostró mui satisfecho con estas excelentes noticias, estuvo por un instante a punto de partir con todos sus hombres para el cuartel jeneral, tan impaciente estaba por conocer los detalles del viaje de sus tenientes por la Sonora i de ver a las nuevas señoritas que habian llegado con ellos; pero asuntos particulares de una alta importancia lo decidieron a diferir por algunos dias el placer que pensaba proporcionarse.

Aprovechando, con todo, la ocasion que se le presentaba, hizo partir a Clarina i a Mariquita para el Arroyo Cantowa, confiándoselas a Cardozo, a Fernando i a otros compañeros hasta el momento de la vuelta al cuartel jeneral.

Apénas las dos muchachas habian dejado el campo con

sus compañeros, cuando una disputa se levantó entre Mariquita i su nuevo amante. El chileno pretendia que esta última no era con el tan amable como lo habia sido con Gonzalez, i ella le declaró que no queria vivir mas con él.

Cardozo, encontrando que estas palabras eran completamente supérfluas, sacó de sus alforjas un látigo, para inflijir a la rebelde lo que él llamaba una correccion saludable. Mariquita se sometió en aparieneia a este castigo, con la mas humilde i la mas entera resignacion; pero en el fondo ella se proponia darse una venganza sangrienta.

Al día siguiente, mientras los dos caminaban lentamente por un sendero que se perdia entre las rocas de una montaña mui escarpada, la vengativa Mariquita aprovechó el momento en que su compañero se encontraba al borde de un precipicio, cuya profundidad podia ser, poco mas o ménos, de veinte piés, i sacando de repente de su cintura un pequeño puñal, finalmente aguzado, se lo sepultó a su querido, i en el movimiento que hizo, el caballo de Cardozo se encabritó, i ámbos, jinete i animal, cayeron en el abismo.

Mariquita habia ejecutado tan rápidamente su siniestro proyecto, que ninguna persona pudo ser testigo del hecho. Cuando sus compañeros se reunieron a ella, habia vuelto a poner su puñal en la cintura i nadie se atrevió ni a suponerle el crimen. Llegó hasta verter lágrimas en abundancia, en apariencia mui amargas, por la doble pérdida del jinete i del caballo. Quizás sus quejas i sus llantos eran obra del remordimiento! Pero, en todo caso, su pesar no fué de mucha duracion.

Apenas llegaron al cuartel jeneral, cuando volvieron a su natural alegría, i esta loca criatura aceptó por tercer esposo a un jóven i atrevido compañero llamado Manuel Ceballos.

Joaquin supo dos dias despues la catástrofe que le habia arrebatado a uno de sus hombres, pues Fernando habia despachado uno a Joaquin a comunicarle la noticia.

Cardozo, en efecto, era uno de los mejores jinetes de toda la partida, i suponer que su caballo hubiera puesto el pié en falso, era suponer lo imposible. Era menester que el accidente tuviera su causa en cualquiera otra cosa menos en la torpeza del jinete.

Asi pensaba Joaquin, que tomo consigo una docena de

sus bandidos i se fué con ellos al lugar del suceso. con el objeto de sacar i examinar el cuerpo de su desgraciado compañero.

Tomó un camino diferente de aquel que él mismo habia seguido, i se llegó precisamente al lugar dondo yacia el hombre i el caballo, uno al lado del otro. Se examinó cuidadosamente el cadáver de Cardozo; pero se habia destrozado tanto en su caída en las puntas de las rocas que la herida del puñal pasaba desapercibida.

Los bandidos, despues de tomarse el cuidado de despojar el cuerpo de las armas i de la plata que habia en los vestidos, los enterraron en un lecho de arena i se volvieron todos tristes al cuartel jeneral.

Al cabo de una semana, Joaquin acompañado de Juan Trededos, de Valenzuela i de la tropa de Fernando en todo veinte i seis hombres, se puso en camino a fin de comenzar de nuevo sus depredaciones en el condado del Dorado como, tambien en el de Calaveras, que es vecino. Al llegar a las cercanias de Mund Springs, vieron una choza aislada sobre la pendiente de una colina. Creyendola desocupada i juzgándola a primera vista un excelente local para pasar la noche, Juan espoleó su caballo, abrió la puerta i penetró al interior. Mui al contrario de la idea que se habia formado, se encontraron con que la cabaña estaba perfectamente ocupada.

El que la habitaba era un aleman: una enfermedad grave lo tenia encerrado en su cuarto, i daba al interior esa apariencia de soledad i abandono que habia engañado a la jente de Joaquin.

A una señal de este último, Juan Trededos sacó su puñal, se dirijió al desgraciado enfermo i le rebanoó el cuello; despues, ayudado por dos o tres de sus compañeros trasportó el cadáver fuera de la choza i lo arrojó a un estero que ser penteaba al pié de la colina.

La partida tomó entóces posesion de la casa, en donde se encontraban reunidas una multitud de toda clase de provisiones, frazadas, instrumentos para el trabajo de las minas pipas i tabaco. Comenzaron por emplear una cierta cantidad de este último para torcer cigarritos, fumaron dos horas seguidas i despues cada cual estendió su avio, su rito i su poncho en el suelo. Joaquin se arrebozó como mejor pudo i durmió un sueño profundo.

A las primeras luces del día, el jefe despachó tres hombres al campo de Mund Springs con encargo de procurarse café, cerveza, en fin, algo con que satisfacer el apetito de la partida.

Al cabo de dos horas, unos de los enviados volvió solo, con las manos vacías i todo desorientado.

—¿En dónde están tus compañeros? le preguntó Joaquín.

—Muertos respondió el hombre.

—¿Como muertos?

—¡Ai! sí, capitán; ahorcado como perros; Apenas llegamos al campo, entramos a una lmacen para hacer provisiones, mientras yo me habia detenido en un bodegon a echarme un vaso de agua de la vida. Conversaba con el propietario del punto, que es un chileno, cuando de repente oigo una pelea al lado de afuera. Miro; era mis camaradas que estaban rodeados como por cinco o seis americanos, que los tenian apurados. Uno de ellos declaró conocer a Sebastian por un ladron de caballos, que le habia robado a él mismo cierto número en 1850, en el valle de Sacramento, i que habiendo sido arrestado, se habia escapado de su prision; que, en fin, su compañero debia ser tambien un ladron, por que sin esa condicion no andaria viajando con él. No se necesitaba tanto pára amotinar a la turbas. Nuestros dos compañeros fueron arrastrados hácia un árbol, mientras que yo, ayudado por otro compatriota de nuestro bodegon, me subí a una ventana i tomé las de Villadiego.

—He ahí una historia villana, en verdad, dijo Joaquín; es menester que abandonemos inmediatamente la plaza. A no ser la necesidad que tengo de reunnir a mi alrededor algunos hombres que conozco, para la ejecucion de un proyecto importante, habriamos hecho alguna bajada a esa miserable pueblecillo i no perdonaríamos a uno solo a estos demonios americanos; Pero que permanezcan tranquilos, no hay puerco a quien no le llegue su San Martín! Arriba, amigos, a caballo i en camino.

En un abrir i cerrar de ojos, cada uno estuvo montado i la banda a todo galope. Se tuvo buen cuidado de no seguir la línea recta; de rodeo en rodeo i deteniéndose en diversos puntos, ya para despojar un viajero, ya para refrescar a los jinetes i a los caballos, se llegó a uno de aspecto triste i som-

brío, situado a una milla, poco mas o ménos, de Salmon Falls.

Joaquín ordenó hacer alto i pasar allí la noche.

Ese lugar parecia haber sido dispuesto espresamente por la Naturaleza para el uso a que se le aplicaba en aquellos momentos. Casi completamente cubierto por las rocas de los alrededores, rodeado por zarzales que se combinaban de una manera inesplicable, presentaba en el centro un espacio de veinte pies de diámetro, que se hallaba así convertido en el mas seguro i en el mas cómodo de todos los asilos.

XI

Un nuevo campamento.—Aventuras de Joaquín

Una vez colocados los caballos en lugar seguro, los bandidos se pusieron a hacerle los honores a las provisiones recojidas durante el dia; en seguida le llegó su turno al cigarrito.

—Paisanos, les dijo Valenzuela, aquí no se oye hablar mas que de horca; eso es horrible. Los americanos son unos miserables que no deben morir al aire miéntras podamos matarlos en el suelo, a la manera que se acostumbra en Chile con los animales.

—Es verdad, dijo Carrillo, la horca no deja nada que de-sear.

—Pero a los americanos se les ha inculcado eso principios desde la cuna; es menester que ellos ahorquen o es menester que sean ahorcados; está en su naturaleza. Ese pueblo es formado así, i nada podrá transformar a ese pueblo.

—Sea, dijo Juan Tresdedos; pero si no podemos impedir que ahorquen a nuestros compañeros, mui dueños somos de tomar las represalias, colgando a cuantos americanos se nos vengan a las manos! Oh! mas bien que nó; ese es un sistema fatal! Cuando yo mato a alguno, siento la necesidad de verle el color de la sangre. Así, pues, car...dejémosles que ahorquen como les de la gana, i por nuestra parte hagámosles sentir todo el mérito de nuestros cuchillos. ¿No se acuerdan, compañeros, de lo popular que esta arma favorita es en nues-

tra patria? Aun suelo recordar con placer las riñas de Chile, cuando despues de unas cuantas palabras cambiadas en la chingana, con el vaso de chicha en la mano, nos saliamos al exterior, i arrollándo nuestras mantas en los brazos, en forma de escudos, esgrimíamos nuestras láminas con espedicion que asombraba a los espectadores. Me pasó muchas veces el sostener prolongadas luchas con famosos cuchilleros, sin poder herirnos absolutamente, sin hacernos el mas lijero rasguño despues de mas de un millon de tajos i reverses, lo que hacia prorrumpir en frenéticos aplausos a los espectadores. Era de ver como relucian las hojas de los cuchillos sobre los combatientes en mangas de camisa. Mas de una vez vi enrojérse el blanco algodón con la sangre del vencido; pero nadie tenia una sola palabra de compasion para el desgraciado, a quien se declaraba que merecia su suerte por torpe. ¡Oh! el cuchillo es una arma tan temible como el revólvers i mas que la soga. No hai una arma mas segura i mas noble: segura, porque cuando se asesta el golpe, solo un chileno puede rechazarlo o evitarlo; i noble, porque para hacer uso del cuchillo, es menester trabar la lucha cuerpo a cuerpo con el adversario i con gran peligro propio. El revólvers es una arma de cobardes. El proyectil va a hacer su deber a dos cuadras de distancia, i cuando uno llega a su víctima, ya ésta ha exhalado el último aliento. El puñal le permite a uno, por el contrario, recibir en sus brazos al que acaba de ultimar i percibir sus últimas maldiciones envueltas con sus últimos latidos. Luego uno lleva la mano firme i se experimenta un indefinible placer cuando se siente a la afilada hoja rebanar las apretadas carnes. La muerte de cuchillo es la única que puede imputarse a un brazo fuerte, porque es la única que se consuma con su fuerza i su impulso. Viva el cucnillo!

Dejémoslos ahorcar, dejémoslos fusilar, i contentémonos con vaciarles las entrañas cada vez que los encontremos a nuestro paso; démonos por satisfechos con arrancárles el corazón ensartado en nuestras aceradas puntas. Por mi parte, juro hacérles tan terrible la daga chilena como el arma mas mortífera. En adelante, ver brillar el cuchillo de los hijos del Sur i ponerse a temblar, ha de ser todo uuo para estos miserables yankees!

—Compañeros, dijo a su vez Joaquín, yo mas que nadie me siento encolerizado cuando recuerdo la horca, porque yo he visto estrangular a mi vista a mi pobre hermano, que no les habia hecho mal alguno, i eso en un momento en que no podia salvarlo ni castigar a los asesinos; pero despues he tomado i tomo aun mi venganza. Dejemos a un lado esta triste conversacion, i dejadme contaros una aventura que me sucedió. hace algun tiempo, en el condado de Tuolumme.

—Bravo! bravo! Eso es lo bueno, gritaron todos a una voz.

—Escuchemos, exclamaron en seguida.

—Acababa, dijo el jefe, de comenzar la carrera que vosotros seguís conmigo. Entré a Tuolumme con mis compañeros, que entónces ascendian al número de siete solamente, i encontré en el pequeño campamento de San Diego, que estaba a m dia milla de Columbia, un cuartel jeneral que nos convenia de todo punto.

Nos pusimos, pues, a la obra, destruyendo i matando a los mineros durante el dia, ya fuera que los encontráramos solos en las montañas, a donde iban en busca de *placeres* (Lavaderos), ya fuera que los encontraráramos ocupados en cazar en algunos puntos aislados.

De paso, llegada la noche, nos íbamos a dejar a algunas casas de juego de la ciudad una parte del oro que obteníamos de esta manera.

Para hacer estas visitas a las mesas del monte, yo tenia cuidado, como vosotros lo supondreis mui bien, de ponerme un disfraz, a fin de que aquellos que me habian conocido en otra posicion, no me conociesen al encontrarme de nuevo, i me tomasen por e-tranjero.

Entre aquellos que me habian visto las ocasiones suficientes para no olvidarme, se encontraba un contra-maestre que se llamaba Leary, con quien habia hecho yo el viaje de Chile a la Sonora. Yo deseaba evitar la presencia de éste a toda costa, de temor que no me fusra a reconocer a pesar de mi disfraz, i me obligase a ponerme a la defensiva. Yo no queria atentar contra este individuo; era precisamente el único hombre de todo el Estado a quien habria sentido en el alma dirigir mi revólver, porque jamás habia tenido respecto de mí mas que procedimientos llenos de cortesía i de

todo punto amistosos. Este contra-maestre se habia enrolado despues en las filas de la milicia.

Sabiendo yo que estaba al corriente de mis aventuras, i no dudando de que, oficial i hombre de honor ántes que todo, no habia de perdonar medios ni habia de faltarle el valor ni la enerjía para arrestarme i castigarme, habia determinado no ponerme en su camino.

Con todo, una tarde olvidé ponerme una parte del disfraz que acostumbraba llevar; mi barba superpuesta me parecia supérflua, i creí que bastaria ocultarme en parte la fisonomía con la manta.

Al salir de la sala de juego, a media noche, tuve en efecto, mucho cuidado de echármela a la cara i de cubrirme del mejor modo posible. En este mismo instante, i al poner yo el pié en el umbral de la puerta, entró Leary i me dirijó al rostro una de esas miradas penetrantes. Yo afecté no fijarme en él; pero una vez en la calle, me metí por los lugares mas sombríos, i me eché a toda carrera en direccion al punto en que estaban reunidos mis compañeros, a donde llegué en breves minutos.

A la mañana siguiente, i cuando amanecia Dios, ví aparecer repentinamente cierto número de hombres, que a las órdenes de Leary se dirijian hácia nuestra tienda. Por supuesto que a mi no me costó mucho, como lo supondreis, adivinar el objeto de su visita.

Desperté a mis compañeros que dormian aun, i comprendimos instintivamente que era el único medio de salvarnos, nos lanzamos al camino a todo lo que daban nuestras piernas. Luego sentimos unas cuantas detonaciones, i el enemigo, a fuerza de perseguirnos, logró apoderarse de tres hombres de mi partida.

En aquel instante, debo confesarlo, yo los supuse perdidos para siempre; pero eran compañeros mui valientes, i resistieron tanto i se condujeron tan bien, que despues de una encarnizada lucha recobraron su libertad. Yo fuí el único que salí herido de un golpe en el hombro, que me dió Leary en el mismo instante en que escapaba.

Ambas partidas se hallaban a pié, lo que favorecia singularmente nuestra fuga, porqué nosotros estabamos mas acostumbrados que los americanos a viajar por las montañas, i

podíamos salvar con mas rapidez i facilidad los senderos estrechos i escabrosos i los sinuosos precipicios que se nos presentaban por delante.

Así logramos dejar mui pronto atrás a Leary i a su partida, i encontramos un abrigo que nos permitió descansar sin temor alguno.

Por la primera vez me veia yo perseguido, cazado, por decirlo así, por los americanos; pero si yo hubiera tenido la dicha de contar con un grupo de más jente, os juro que no les habria cedido un pulmo de terreno. Con la mitad de los hombres que ellos llevaban, yo me habria comprometido a ponerlos en deshecha derrota a punta de cuchillo.

Ab! el chileno, fuera de su patria, acometido por los extranjeros i con su puñal en la mano, multiplica sus fuerzas i su agilidad. Nada digno de valor, no necesito hacer su elojio delante de vosotros, audaces compañeros míos. Vuestro orgullo nativo i la dignidad del nombre de chilenos que llevamos no nos permite desfallecer jamas. Sacamos fuerzas de la nada, como se dice tan elocuentemente en nuestra patria: hacemos de tripas corazón.

—Bravo! bravo! gritaron a la vez todos los bandidos, exaltados hasta el último grado de entusiasmo por los rasgos sublimes de la brusca elocuencia de su jefe, i a una voz, todos, levantando los cuernos en que bebían, prorrumpieron en un brándis a su salud.

Al dia siguiente, Joaquin i su jente encontraron a uno de sus compatriotas que conducia cuarenta o cincuenta mulas, todas cargadas con costales llenos de provisiones. Joaquin le compró una gran cantidad de harina, de café, de azúcar i de frejoles, fruto natural de Chile i que los habitantes de aquel país prefieren a los mas suculentos i esquisitos manjares. En seguida continuó su marcha hasta llegar al extremo de una pradera abandonada i al mismo tiempo tan fértil, que decidieron acamparse a la sombra de unos árboles.

Se convino que permanecieran allí una semana, i en caso de necesidad, diez dias, para dar a los animales el tiempo necesario para recobrar sus fuerzas, i a los hombres la libertad para descansar i recrearse un poco.

En el punto en que tiene su orijen uno de los manantiales del rio Mockelumén, en una rejion desierta, no mui lejana de

la línea que sirve de frontera a los condados de Calavera i del Dorado, se habia establecido una compañía de mineros compuesta de veinticinco hombres.

Habiendo salido un dia bien armados para buscar *placeres*, habian llegado hasta aquellos lugares, en donde se habian encontrado en presencia de quebraciones de una riqueza incomparable, i se habian apresurado a plantar sus tiendas, decididos a quedarse en aquel punto, que no tenia mas inconveniente que estar distante de toda habitacion.

Una mañana, en circunstancias que almorzaban mui tranquilamente, teniendo por mesa una tableada roca que habia delante de sus tiendas, i bien armados de revólver, como era costumbre en esos tiempos i en aquella tierra, un caballerito, de pelo i ojos profundamente negros, se adelantó hácia ellos i los saludó. Hablaba un excelente ingles, aunque por su fisonomía era difícil resolver si era de estirpe sajona o latina.

Lo invitaron a que se desmontase i tomase parte con ellos en su modesto almuerzo, pero él rehusó políticamente. Se contentó con cruzar una pierna elegantemente sobre el cuello del caballo, i encontrándose así completamente cómodo, se puso a conversar con suma confianza de las mas distintas cosas, hasta que vió aparecer un minero llamado Jim Boyce, que habia ido a traer agua a una fuente vecina.

A la primera mirada que le dirijió, el jóven recojió su pierna, se afirmó sobre la silla i espoleó vigorosamente su caballo.

Boyce gritó entónces en medio de una especie de rujido:

—Muchachos! ese mozo tan apuesto no es otro que Joaquin! Disparad sobre él! Pronto! pronto! Fuego!

Al mismo tiempo que decia esto, descargó su revólver sobre Joaquin. Pero fué en vano.

El jóven jefe habia lanzado su caballo a toda rienda hácia una roca que hacia ángulo en aquel plano, i tenia el propósito de dar vuelta por ella, con el objeto de escaparse, trepando las colinas que se estendian paralelamente al rio; pero al volver, vió por su desgracia, que el paso estaba cortado por una multitud de afilados peñones.

De camino practicable no le quedaba mas que un estrecho sendero, que corria a lo largo de una inmensa montaña i jus-

tamente al borde de una cadena de rocas de cien metros de estension.

Esas rocas, que pendian inminente sobre el rio siempre ajitado, se encontraban en linea recta con la colina en que los mineros habian plantado sus tiendas i no distaba mas de treinta metros.

Para cualquier hombre, aventurarse por una senda semejante valia tanto como arriesgar la partida. No solo se corria el peligro de caer sobre las peñas desde una altura de cien varas, sino que de todas maneras tenia que seguirse una línea de doscientos metros que se estendia paralelamente a las posiciones del enemigo, i que mantenerse constantemente a tiro de pistola. Joaquin veia perfectamente a toda la compañía de mineros revólver en mano.

Joaquin, como si se hallase montado en un caballo fantasma, se lanzó a lo largo del peligroso sendero lanzando, al paso de sus enemigos las siguientes pocas palabras:

— Yo soi Joaquin! matadme si podeis!

En el instante mismo se sintieron veinticinco detonaciones, i las balas, pasando por sobre la cabeza de Joaquin, se fueron a aplastar, unas sobre otras, en el muro de una piedra que se hallaba a su derecha.

En la primera descarga una bala le arrebató el sombrero por los aires, i la negra i poblada cabellera de Joaquin quedó flotando al viento.

Los momentos eran preciosos para que él fuera a pensar en echar mano a su revólver; a el no se le ocultaba que toda esperanza de salvacion debia fundarla en la velocidad de su caballo.

Se contentó, pues, con sacar de su cintura, para prevenir todo ataque, un puñal finamente aguzado, que ajitó sobre su cabeza, con un aire magnánimo de desden.

Algunos minutos despues, un grito prolongado resonó al traves de los bosques, a un cuarto de milla de distancia. El atrevido caballero se habia salvado.

Joaquin conocia de sobra el carácter resuelto de Jim Boyce, para echarse a dormir despues de lo que le acababa de acontecer.

Por otra parte, era mas que probable que el susodicho minero hubiese oido hablar de las diferentes recompensas pro-

metidas al que prendiese o matase al célebre jefe chileno; de esto a combinar un ataque con todos los mineros que se pudiesen reunir, no habia mas que un paso.

Se corria, pues, un inminente riesgo permaneciendo por mas tiempo en el campamento que se habia escojido, i que a lo sumo, se hallaba a tres millas de las tiendas de los americanos, es decir, casi en las fauces del lobo.

Con todo, cierto de que sus enemigos no habian de alcanzar a reunir todos sus caballos antes de que llegase el dia, i mucho ménos a preparar las municiones i las armas para un ataque decisivo o una larga persecucion, Joaquin concibió el plan mas brillante que haya salido jamás de ningun cerebro humano: un plan que, inutilizando desde luego todos los proyectos de sus enemigos, le permitia hacerse dueño de las riquezas que hubieran podido reunir.

Sabiendo que podia hacerse perfectamente una escursion de noche i que no podia seguirse la pista hasta la mañana siguiente, mandó a su jente montar a caballo i aguardar la órden de partida. Inmediatamente obedecieron todos, sin siquiera dirigir una pregunta a su querido jefe, que tenia entonces todo el aire del misterio de su plan; en pocos minutos estuvo la partida lista para ir adelante.

Joaquin se puso a su cabeza, i en el mas profundo silencio se dirigieron hácia el Este, a traves de grandes hileras de pinos.

Cabalgaron así rapidamente hasta la noche por caminos que no tenian nada de agradable, i se encontraron con que habian devorado una distancia de mas de 20 millas. Joaquin aun queria alejarse mas del campamento que acababa de abandonar; i solo despues de una hora de marcha mas, se decidió a dar órden de hacer alto.

Se recojieron algunas ramas secas, i despues de reunidas les allegaron fuego por debajo, con el objeto de alejar a las bestias feroces; amarraron bien los caballos cerca de aquella improvisada hoguera, despues de lo cual los bandidos al comfortable calor del rescoldo, se tendieron sobre sus ritos, i se entregaron al mas tranquilo reposo.

Los centinelas, encargados de velar por la seguridad del campo, se relevaron de media hora en media hora, hasta que terminó la noche, i cumplieron tan bien, que al rayar la

aurora, toda la partida, despertada en ese instante, se puso de pié al momento i emprendió de nuevo su camino; solo cuatro horas se habian consagrado al sueño.

Hasta el medio dia ganaron camino con la misma rapidez que la víspera; entónces se encontraron en medio de un vally encantador; todo cubierto de yerbas i de flores completamente naturales, salvajes, regadas por un límpido arroyo que se abria sus veredas por entre las enmarañadas raices de las mas orijinales i verdes plantas.

Veinte millas, poco mas o ménos, separaban a los bandidos del lugar que les habia servido de vivac la noche precedente; se detuvieron dos horas para dar tiempo de apacentar los caballos, miéntras que ellos mismo tomaban su alimento. No partieron de allí sin dejar ellos señales evidentes, de que habian pasado allí toda la noche, para que los americanos se persuadiesen de ello; despues, cabalgando toda la noche, pusieron otras veinte millas de distancia entre ellos i el enemigo.

Hicieron una parada de algunos minutos, encendiendo hogueras como lo habian hecho la víspera, i cenando sobre la marcha, despues de lo cual volvieron a montar a caballo i describiendo en su trayecto un círculo de estension de cinco millas mas o ménos.

En seguida i de repente volvieron rienda con direccion al Oeste i acamparon como a las tres de la mañana a una jornada de su último campamento.

Al cabo de algunos dias de esta conducta, de estas marchas i de estas paradas consecutivas, la partida se encontró precisamente en uno de los puntos en que se habia detenido una de las noches anteriores.

Jim Boyce i los mineros americanos se habian dedicado a la persecucion de los bandidos a la mañana siguiente del dia en que el acaso quiso que se encontrasen con Joaquin. Cada noche hacia alto alrededor de los fuegos abandonados por los salteadores, esperando (i su cálculo era mui natural) que al fin i al cabo habian de encontrarse con los chilenos, por mui allá que fuesen estos en su fuga.

Joaquin no pudo retener una sonrisa de inmensa satisfaccion cuando se apercibió, por señales infalibles, que Jim Boyce, a quien consideraba uno de sus mas peligrosos ene-

migos, se encontraba en ese momento en marcha i cerca de él.

Ya habia entrado la noche. Despues de haber galopado todo el dia por los montes i planos, Jim Boyce i los suyos, tranquilamente sentado al rededor de uno de los últimos fuegos de Joaquin, que ellos habian vuelto a encender, fumaban i reian a mas i mejor, sin que ningun presintimiento les advirtiese, cuando de repente el estruendo de veinte revólvers descargado a la vez rompió el aire; todo se iluminó súbitamente en torno de la hoguera, como si se hubiera abierto una nube para dar paso a relámpagos inesperados; i los americanos que no habian sido traspasados por las balas, vieron con espanto a veinte de sus compañeros tendidos por el suelo, sin movimiento, i oyeron otros veinte tiros de revólver dirigidos contra ellos.

Poseidos del mas horrible pánico, desorientados, locos, los dos únicos americanos que la segunda descarga habia dejado en pié (uno de ellos era nada ménos que Boyce), se lanzaron a cuerpo perdido entre las sombras, i sin tomarse el tiempo para elegir el camino, se apartaron velozmente de aquella horrorosa escena.

Ya Joaquin estaba en el borde del teatro de los sucesos, viendo si Jim Boyce habia caido o nó; en cuanto a Juan Tresdedos, aullando como un demonio, teniendo empuñado, en su mano mutilada, un largo puñal, ultimó desapiadadamente a dos que le pareció que respiraban aun.

Los cadáveres arrojados sobre aquel campo, presentaban, iluminados por las claridades de inmensa hoguera, un aspecto tan terrible i tan repugnante, que Joaquin mismo no dejó de sentir escalofrios.

—Vamos, dijo; dejemos este lugar. No acamparemos hasta la mañana próxima en un paraje mas cómodo i mas agradable.

XII

**Se organizan varias partidas para perseguir a los bandidos.
Varios combates. —Ejemplar castigo**

Dos o tres dias despues fueron a visitar las tiendas de sus víctimas. Despues de haberse apoderado de los caballos i de

las mulas se pusieron a buscar los metales preciosos, i se encontraron en polvo de oro mas de catorce mil pesos.

Joaquin comenzó por tomar posesion; despues se trasladó con toda su partida a Yacqui-Camp, es decir, a mui poca distancia de San Andres, en donde tenian su lugar de reunion.

Al dia siguiente de su llegada, envió por la mañana seis de sus hombres a las órdenes de Valenzuela, al Arroyo Cantowa, con los animales que tenian de mas i una gran cantidad de plata encontrada entre los americanos.

Conservó cerca de sí todo el resto de la tropa, i comenzó una série de espediciones contra los enemigos ordinarios, matando i pillando todo lo que caia bajo sus manos. A muchas millas alrededor de San Andres de Salveritas i de Yacqui-Camp, no se oia hablar mas que de robos atrevidos, i nadie sabia quién los habia cometido, ni qué se habian hecho los objetos robados. Habian ahorcado a unos cuantos hombres sin que hubiesen tenido el tiempo para decir cuál era la mano que habia dado el golpe.

Todo lo que sabian los mineros, era que, como fantasmas, los ladrones i los asesinos se paseaban entre ellos sin que lo grasen descubrirlos.

Así es que por todas partes no se veian mas que fisonomías espantadas, en las cuales se pintaban estraños temores para estimular la vijilancia de cada cual.

El capitán Ellis, diputado Sheriff del condado, logró reunir una compañía de ciudadanos de los mas atrevidos de San Andres, i en seguida se echó en busca de los criminales. Habiendo sabido por un espía que Joaquin estaba en Yacqui-Camp i que uno de sus hombres iba con mucha frecuencia al monte, se trasladó sin perder tiempo al lugar designado, reconoció al hombre cuyas señales se le habian dado i se apoderó de su persona.

Carrillo (era él) fué condenado a la horca incontinenti como ladrón i asesino; pero se le permitió el perdon si queria revelar el secreto del asilo de sus camaradas. El bandido se negó desdeñosamente; con todo, pidió que se le dejase la vida, i se comprometió, dado caso que no pillaran a la partida, a ayudar a los americanos de otra manera, de suerte, en una palabra, que no despertaran las sospechas

de la partida. Viendo que no se tomaba en cuenta su proposición, cambió de tono.

—Haced vuestro deber, les dijo con aire de desafío.

Y agregó:

—Si se os antoja examinar nuestro bagaje, encontrareis en mi valija un puñal cuya lámina está aun teñida con la sangre de un americano. He matado con ese puñal mas de veinte i vosotros no me podreis matar mas que una vez!

Este discurso fué recibido como debia serlo, i el bandido, sin otra forma de proceso, fué arrastrado a un árbol i ahorcado.

Los compañeros del capitan Ellis; no escuchando mas que su cólera, continuaron cumpliendo con su deber, destruyendo i quemando todos los escondites que suponian que pudiesen servir de refugio a los bandidos; el incendio se levantó hasta el cielo, i sus llamas esclarecian todas las montañas de los alrededores a muchas millas de distancia.

Joaquin, que estaba con su jente en una colina cercana, lo vió i lo oyó todo.

—Creo, dijo riendo con todas ganas, que si nos tuvieran ahora entre sus garras, sentirian muchas tentaciones de hacernos asar! Pobre Carrillo! Lo han ahorcado i sin duda se ha ido a juntar con su antiguo amigo el viejo Pincheira; pero caramba, los primeros veinte americanos que encontremos han de ir en pos de él al infierno, i no será sin que me paguen bien caro su pasaje.

Convencidos de que la compañía del capitan Ellis recorria a la mañana siguiente el pais en todas direcciones, se echó a la montaña, decidido a llegar lo mas pronto posible al lugar fijado para la reunion jeneral, a reunir allí sin demora toda su jente i librar batalla con los enemigos que osaban perseguirlo.

Pasando cerca del molino de la compañía Peahri, a algunas millas del campo, algunos individuos ocultos tras de un bastimento dispararon sobre los chilenos, de los cuales solo dos fueron lijeramente tocados.

Joaquin inmediatamente hizo hacer alto i contestó tiro a tiro; despues como el enemigo no se mostraba, entró a la plaza con Juan Trededós i con cinco o seis mas.

Solo encontraron dos hombres, bastante necios para que

rer sostener un combate cuerpo a cuerpo; un minuto bastó para llegar al fin i dejarlos muertos.

Despues de lo cual, Juan Tresdedos los arrastró fuera i no cesó en su furia hasta que no tuvo mutilados cruelmente los cadáveres a puñaladas.

Durante este tiempo, Joaquin i los que lo acompañaban dispararon aun algunos tiros de revólver al interior del molino i se pusieron en marcha.

Iban del otro lado de la montaña del Oso, a la cual se llega por un camino que sigue la cadena de Santo Domingo, cuando los chilenos encontraron un campo chino, de donde sacaron de 600 a 700 pesos; era todo lo que poseian estos hijos del Celeste Imperio.

Juan Tresdedos no pudo dejar de manifestar una viva caridad viéndolos tan dóciles i tan impasibles; hubiera querido, tanto se interesaba en su felicidad, disiparles los pesares i los dolores de su existencia; pero Joaquin le ordenó que volviera las riendas i que esperase el momento en que pudiera sacar su puñal contra los americanos.

Atravesaron el rio por el rancho Torman; despues siguieron el gran camino que va bordeando al rio hasta el sendero que conduce a San Andres. A una milla poco más o ménos de la ciudad, hai un monte i una montaña próxima a Greaseville.

En el trayecto, dos americanos que viajaban a pié, fueron deshechos a balazos i se los entregaron a Juan Tresdedos en un estado tal, que el miserable, para satisfacer su sed de sangre, no pudo hacer otra cosa que degollarlos i destrozales el rostro a patadas.

Pasando cerca de un campamento próximo al pueblecito del Anjel, los bandidos entraron a una tienda donde dormian cuatro alemanes; los despertaron i poniéndoles el puñal en la garganta, los obligaron a que entregasen todo lo que tenian en dinero, que eran 200 pesos mas o ménos.

Juan Tresdedos dejó que partiesen sus compañeros; cuando estuvieron a pocos pasos, se dirigió hacia los pobres diablos de los alemanes, que estaban todavia aterrados, i con un juramento que no era de los mas apropósito para tranquilizarlos, declaró que les iba a cortar el corazon a pedazos para castigarlos por no tener mas plata. El acto hubiera se-

guido inmediatamente despues de la amenaza, si Joaquin, que habia vuelto sobre sus pasos, no se hubiera interpuesto haciendo observar a Juan que no eran americanos sino alemanes los infelices con quienes estaba tratando.

El monstruo Juan Trededos tuvo que renunciar al placer que se prometia, i trató aun de dejar en el camino a sus compañeros para volver a ejecutar su amenaza; pero Joaquin que no le perdía de vista, supo felizmente impedirselo.

Algunos dias despues. uno de los hombres de la partida, llamado Floresco, que ya poco tiempo ántes habia manifestado disposiciones para la traicion, declaró a Joaquin que no podia acompañarlo mas allá, porque deseaba volverse a Yacqui-Camp con un fin particular.

—¿Cuál es ese fin? le preguntó el jefe.

—Ah! le dijo el otro, con un tono de inocencia el mas fingido, no es mas que un pequeño asunto de interes completamente particular.

—No dudo, dijo Joaquin; pero yo tengo necesidad de tí en este momento. Mi intencion es reunir todos los miembros de la tropa en el lugar de la reunion jeneral, i a no ser que me des una razon suficiente, no puedo concederte lo que solicitas.

—Pero yo, respondió el bandido, yo no solicito, yo exijo.

—Entónces, señor Floresco, su exigencia de usted es inoportuna.

Estas palabras fueron acompañadas de una sonrisa de desprecio, que pasó rápidamente por la fisonomía del joven jefe.

—Todos los momentos son buenos, replicó Floresco, basta que yo los encuentre oportunos. Puesto que usted está de un humor poco agradable, no agregaré una palabra, pero dispondré de mí mismo como se me dé la gana.

Al mismo tiempo el bandido volvió la rienda, i se apresuraba retrocediendo en el camino, cuando Joaquin sacó su revólver i le mandó que se detuviera.

—Qué es esto! le dijo el rebelado, deteniendo su caballo por la rienda; ¿qué tiene usted que decir todavia?

—Pienso, dijo Joaquin, furioso de verse tratado tan villanamente en presencia de muchos miembros recientemente incorporados a la partida, pienso que tú eres un traidor; sin

duda querrás ir a delatar el camino que seguimos i entregar el secreto de nuestro asilo.

— Bien e usted lo que quiera, le respondió el miserable, que tambien sacó su revólver i al mismo tiempo dirijió hácia atrás una mirada insolente i llena de amenazas.

— Ah! gritó Joaquin, por la Santa Cruz! tú morirás aunque no sea mas que por tu insolencia.

Casi en el mismo segundo se dejaron oír dos detonaciones de revólver, i Floresco, mortalmente herido, cayó de su silla, i su caballo, sintiendo flotar sueltas las riendas sobre el cuello, se vino espontáneamente hácia la tropa, que partió a galope. Cada uno de los bandidos condenó altamente la locura i la insubordinacion de Floresco, i felicitaron a Joaquin de haberlo castigado tan oportunamente.

— ¿No estaba pidiendo tiempo? respondió Joaquin; pues ya le he dado la eternidad.

Dos horas despues, siguiendo el camino que penetra profundamente en las entrañas de las montañas, se encontraron de repente en un nuevo campo, ocupado por cinco chinos. Aunque cada uno estaba armado de su revólver i un puñal, no hicieron esfuerzo alguno por defenderse, i se redujeron a pedir de rodillas que se les perdonase la vida.

La rebelion de Floresco habia puesto a Joaquin ya de muy mal humor; le hizo una señal con la cabeza a Juan Tresdedos, i este, sin perder tiempo, se lanzó hácia los chinos i les sepultó el puñal en el pecho. En aquellos momentos sus ojos se animaron, i al verlo pasar de uno a otro cadaver, complaciéndose en destrozarlos, se le habria podido tomar por una verdadera fiera carnívora.

XIII

Joaquin i Clarina.---Encuentro inesperado

Llegando al Arroyo Cantowa, Joaquin pudo convencerse de que los merodeadores no habian permanecido inactivos. Algunos centenares de caballos galopaban de acá para allá en todas direcciones del plano, sin estar domados todavia i respirando libertad.

En el lugar del campamento ordinario se elevaban her-

mosas tiendas, que por sus reuniones formaban una especie de aldea; agrupados alrededor, los bandidos pasaban tranquilamente su tiempo, unos jugando al monte i otros fumando su cigarrito.

A alguna distancia, sobre un asiento de grama estaban sentadas, al lado de sus amantes, ocho jóvenes mujeres de ojos negros, que conversaban, reian, cantaban con toda la alegría encantadora i vivacidad natural de su edad i de su sexo.

Apenas Joaquin se adelantó hacia sus camaradas, cuando los cumplimientos i felicitaciones lo acogieron por todos lados; al mismo tiempo, dos magníficos brazos de mujer, parecidos a un collar, rodearon su cuello, i los ojos profundamente negros de su querida Clarina le dieron la mas amable bienvenida; tal era la emocion de esta joven en aquel momento, que en vano habia pretendido pronunciar una frase.

Despues de haber respondido con algunas palabras en accion de gracia a la acogida que le habian hecho sus compañeros, Joaquin se retiró con su querida a un árbol, que habia adaptado con predileccion. Allí se sentaron, seguros de que no debian de ser perturbados en su amorosa entrevista.

—Joaquin, murmuró la joven mujer, echándose a un lado sus hermosos rizos, que formaban cuadro a su graciosa fisonomía; has estado mucho tiempo ausente... Oh! mucho tiempo, i yo no he podido ménos de estar triste encontrándome abandonada.

---Cómo, Clarina mia, sola i triste en medio de tantas mujeres jóvenes i alegres!

— Ah! sí; es precisamente su alegría lo que ocasiona mi tristeza.

—¿Verdad? Espílicate, querida mia! quiero conocer el origen de este cambio repentino. ¡Cómo! ¿Lloras? Entónces la cosa es tan seria que merece tus lágrimas?

—Sí, Joaquin, lloro, dijo la joven, ocultando su cabeza en el seno de su amante; lloro porque no puedo retener mis lágrimas; siento que mi corazon está próximo a estallar. ¿Te acuerdas de tu promesa? Oh! ¿Cuándo abandonaremos esta peligrosa i desagradable existencia para volver a nuestro bello pais, tan apasible i tan dulce?

—¿Nuestro pais? ¿La Sonora? Oh! pluguiera al cielo que yo no lo hubiera abandonado jamas! Yo no seria hoi lo que soi. Pero, ven, Clarina mia i anímate. Algunos meses mas i volveremos a nuestro pais, que vió deslizarse tu tranquila infancia; todas estas horas de duelo serán inmediatamente olvidadas.

La frente de la dulce i confiada jóven se coloreaba a medida que pensaba en las apacibles i felices horas de su existencia pasada; pero con su naturaleza verdaderamente femenina, ella amaba a Joaquin apesar de todos sus crímenes, i su espíritu se calmaba cuando sepultaba sus miradas en sus ojos sombríos i por lo mismo llenos de fuego, que jamas se habian bajado delante de ningun hombre, cualquiera que él fuese, i que solo perdian su dureza natural cuando se fijaban en ella.

En ese corazon tan tierno, ella tenia de reserva tesoros de clemencia de que disponia a su antojo; por otra parte, escusaba su conducta por el tratamiento de que habia sido víctima en otra época.

Ella conocia la historia íntima de Joaquin, sus pensamientos, sus pesares, sus luchas contra una suerte fatal, i la larga agonía, despues de la cual habia sucumbido la honradez primitiva de su excelente natural, le habia declarado que terminaria su peligrosa carrera tan pronto como hubie-ra satisfecho su venganza i reunido una fortuna equivalente a aquella de que los habian despojado los americanos. Habia agregado que entónces se retiraria al Estado de Sonora, i construiria una casa en donde pudiese vivir solo con ella, para no pensar mas que en amarla. Ella lo oia llena de fé, porque era sincero en sus intenciones, i ella se ocupaba bien poco de qué dirán; ella que lo consideraba a la vez como el mas noble, como el mas jeneroso i como el mas hermoso de todos los hombres.

—¿I ahora está próximo el dia de la partida? preguntó Clarina con la voz mas tierna.

—Si, mi amor; mi venganza es ya casi completa, i en cuanto a mi fortuna, algunos miles de dollars, agregados a los que ya poseo, me bastaran.

Acabado de decir estas palabras, el jóven jefe fué inte-

rrumpido en su amoroso coloquio por un centinela que venia á todo galope a darles importantes noticias.

A una milla de distancia, sobre Cantowa Creck, el centinela habia descubierto, algunos momentos antes, unas huellas frescas que corrian a traves de la crecida yerba, i a juzgar por las apariencias, no podia haber ménos de diez o quince hombres por aquellas cercanías.

Era, pues, necesario velar con cuidado, i no dejar a un solo americano el tiempo necesario para abandonar el valle con el secreto de que la partida tenia establecida allí su cuartel jeneral.

Un acontecimiento semejante habria podido destruir completamente los proyectos del jefe chileno, al mismo tiempo que lo obligaria a buscar otro lugar para su refujio.

Escojiendo, pues, sin demora uno de sus mejores caballos, Joaquin se lanzó hácia fuera acompañados de veinte hombres escojidos, entre los cuales se encontraban sus ayudantes de campo ordinarios, Juan Trededos i Valenzuela, i los no ménos bravos i fieles subalternos, Guerra, Antonio i Fernando.

La pequeña tropa seguia la pista indicada por el centinela, i al cabo de dos horas de rápida marcha, apercibió delante de ella a catorce americanos que le hicieron frente, esperando que se acercasen.

Cuando se vió a doce metros de sus enemigos, Joaquin hizo hacer alto. Acababa de observar con sorpresa que el jefe de aquellos intrusos eran el robusto individuo que habia intentado detenerlo en un salon de juego de la Sonora.

— ¿Que has venido a hacer en este valle? preguntó Joaquin, haciendo avanzar algunos pasos a su caballo, a fin de ver mejor el semblante del hombre i para asegurarse bien de que sus sospechas no eran equivocadas.

El yankee vaciló.

Irritado por el golpe que le habia dado Joaquin en la casa de juego, obligado a soportar las amargas bromas de los demas americanos sus conocidos, que a cada encuentro le preguntaba si se habia descubierto su presa, se habia decidido, por fin, a partir con el objeto de aprehender el famoso bandido, vivo o muerto, para poner así de su lado a los burlones.

Con este laudable objeto no le habia sido difícil reunir una

docena de guapos mocetones, atrevidos mineros en su mayor parte, que miraban el peligro como un juego, i que, léjos de evitarlo, lo buscaban.

Es menester decir que cuando se habia decidido a perseguir a Joaquin, fue en la persuacion de que solo era jefe de una pequeña partida de miserables i de cobardes; i aunque no habia razon alguna para dudar del coraje i de la bravura del jefe mismo, tenia el yankee en alto aprecio a su jente i no abrigaba temor alguno.

La repentina aparicion de Joaquin a la cabeza de veinte hombres bien armados, bien equipados, bien montados, todos bien construidos i de un aspecto que dejaba mui poco que confiar, asombró en el acto a Arkansaw (este era el nombre con que se conocia al susodicho yankee de California), hasta el punto que no pudo responder al momento a la pregunta de Joaquin.

Arkansaw no se hallaba desprovisto ni de alma ni de valor; pero poseia una fuerte dosis de amor propio, de vanidad i de circunspeccion. Viéndose en presencia de una partida de hombres superior a la suya en cuanto al número i a las armas, comprendió que no tenia que ganar nada batiéndose con ella.

A cada instante se hallaba mas indeciso, cuando Joaquin, impaciente, gritó con tono menos dulce que aquel con que habia formulado su primera cuestion.

—¿Me has oido, o será menester que yo me explique mas claro?

—Estoi calculando! respondió Arkansaw, echándose a la boca un gran trozo de tabaco que acababa de sacar de su bolsillo, dirijiendo al mismo tiempo una mirada a sus compañeros, que parecia consultarlos.

—¿Que tienes que responder? Anda lijero! ¿Quien eres o qué vienes a hacer por este valle?

—No os exalteis! De sobra se conoce que eres extranjero; nuestras costumbres te son absolutamente desconocidas; apenas nos dejas tiempo para contestar! Por lo que a mi respecta, yo no me precipito jamas ni aun cuando la liebre esté a tiro de fusil, Es una verdadera hazaña el sacarme de mis casillas; ya lo veis, tengo todo el aire de un navío equipado a punto de hacerse a la mar, pero soi siempre mui tarde para

virar. En fin, para ser breve, nuestra presencia en este punto no tiene mas motivo que el siguiente: somos una sociedad de cazadores, i tú nos encuentras en pos de los osos pardos i de los otros animales salvajes. Si tú no tienes razon para buscarlos querella, nosotros tampoco queremos trabarla contigo. Esta es la pura verdad, tan verdad como que estamos aqui reunidos.

A estas últimas palabras, la sorpresa i el desprecio se pintaron en todos los rostros de los atrevidos mineros, de cara bronceada i dura, que acompañaban a Arkansaw. Muchos dejaron escapar sordos murmullos de descontento. En fin, uno de ellos se adelantó hácia Joaquin, i con una voz que distaba mucho de temblar, le dijo.

—Estoi seguro que te conozco. Justo; tu eres Joaquin Murieta.

XIV

Combate entre chilenos i americanos. La partida abandona el Arroyo Cantowa

Apénas el americano habia pronunciado el nombre de Joaquin, cuando ya se habian sacado todos los revólvers. El fuego comenzó de ambos lados con jeneral confusion. Cinco hombres de Joaquin fueron volteados del caballo, i dos americanos habian tambien encontrado la muerte en este primer encuentro. Despues, los bandidos, a una señal de su jefe, se lanzaron decididamente sobre el enemigo i trabaron un combate cuerpo a cuerpo, en que solo la fuerza i el valor podian obtener la victoria.

Entre los gritos, las imprecaciones i las quejas, se oia la voz de los jefes que animaban e impulsaban a su jente, combatiendo ellos al mismo tiempo con una ferocidad de tigres.

Herido, cubierto siempre de sangre, pero nunca abatido, Murieta corria de allá para acá en medio de la pelea, i mostrándose por todas partes, sobre todo en los puntos en que el resultado parecia indeciso, con su sola presencia decidia la victoria en favor de los suyos.

Con todo, los americanos se batian de una manera desesperada. Por momentos tuvieron la ventaja sobre sus adver-

sarios; i la hubieran conservado indudablemente, si el jénio invisible que acompañaba por doquiera a Joaquin, recorriendo el campo de batalla, no hubiera diezmado a los campeones del enemigo, arrojándolos por tierra envueltos en su propia sangre.

Despues de haber descargado sobre el enemigo su revólver, Juan Trededós arrojó a un lado su arma i se puso, con su habitual ferocidad, a manejar el puñal en todas direcciones, si bien en algunos momentos, ciego e incapaz de discernir, no sabia donde dirigir sus golpes, i heria a sus propios compañeros o a los caballos sobre que estaban montados.

Cuando Joaquin, despues de haberse desembarazado de uno de los mas encarnizados americanos, pudo tender una mirada al campo de batalla, vió que nueve de los suyos habian hallado la muerte en el combate.

Entre los enemigos, solo uno quedaba vivo: era Arkansaw, hijo de la provincia de Arkansas, que luchaba desesperadamente con Juan Trededós. El yankee, que era admirablemente formado, daba mas golpes a su adversario que los que de él recibia, lo que no contribuia poco a aumentar la cólera de Juan.

Joaquin i el resto de la partida, todos heridos i cubiertos de sangre, i al mismo tiempo aniquilados de fatiga, permanecian tranquilos espectadores de la lucha, pues tenian completa fé en la fuerza i en la destreza de su compañero.

Inclinándose de un lado a otro sobre sus caballos cubiertos de espuma, los dos combatientes buscaban el modo de inferirse una herida mortal; se veia que querian terminar a toda costa, i se conocia que tenian determinado vencer o dejar su vida i su sangre en el supremo esfuerzo.

De repente, mas furioso todavia por el dolor que le causaba una cruel herida recibida en el muslo, Arkansaw dió vuelta, se lanzó a la izquierda de su adversario, i blandiendo su puñal, le hizo en la mejilla una herida tan profunda que el bandido bamboleó sobre su silla.

Los chilenos, espantados, acudieron al socorro de su camarada; pero Juan, volviendo de repente sobre sí, los obligó a retirarse; profiriendo horribles imprecaciones. Ellos, no por esto permanecieron ménos resueltos a impedir un sacrificio inútil concluyendo con el yankee.

Arkansaw comprendió que, a pesar de su coraje, no podía resistir largo tiempo a enemigos mas fuertes que él; se dió vuelta i lanzando su caballo en el camino, huyó rápido como el rayo i seguido a distancia por su salvaje antagonista, al cual se habia unido Joaquin.

Durante cinco millas, los dos chilenos persiguieron al yankee. Colocándose un poco atras Juan, tocando casi al fujitivo. De instante en instante, el mónstruo de los Tresdedos tomaba vivamente la rienda de su caballo i blandia su puñal sin poder alcanzar al enemigo; retrocedia entónces i se irritaba notando que su caballo perdía poco a poco su vigor.

Joaquin veía bien que a cada paso su compañero i él perdían terreno i que la distancia que los separaba del fujitivo no hacia mas que aumentar. Convencido de la imposibilidad de dar caza a Arkansaw, llamó a su lado a Juan, i ambos volviendo bridas entraron al cuartel jeneral.

Los chilenos que habian sido heridos en el combate se encontraban ya allí. Algunos de sus camaradas, los mas experimentados, se ocupaban en cuidarlos tal como les era posible.

Fernando i otro habian recibido tales heridas, que espiraban al dia siguiente, lo que hizo llegar la pérdida total de la banda a once hombres.

Joaquin por su parte, aunque no hubiese sido herido de una manera mui grave, habia perdido mucha sangre; se vió, pues, obligado a guardar el reposo durante muchos dias, en medio de los cuidados que no cesaba de prodigarle con una ternura maternal la hermosa Clarina.

Antonio i Guerra, no ménos felices que su jefe, encontraron en el cariño, en la tierna solicitud de sus queridas, un alivio a sus sufrimientos; lo mismo que Joaquin, tambien se vieron ellos vueltos a la salud, i tan fuertes como ántes, cuando sus compañeros ménos favorecidos entraban apénas en la convalecencia.

Joaquin no pudo desentenderse de una cierta inquietud al pensar en aquel intrépido Arkansaw, el único que habia sobrevivido entre los americanos; se reprochaba de haberle dejado huir, cuando pudo derribarlo tan fácilmente de un balazo durante su lucha con Juan Tresdedos.

Habian trascurrido ya quince dias desde aquel sangriento

asunto, i si el yankee no habia sucumbido a sus heridas podia temerse que hubiese levantado otra compañía de aventureros, i que no desearia otra cosa que seguirlo.

¿Quién le impedía aun el reunir las diversas compañías armadas que recorrian el Estado, a fin de tomar i destruir a los bandidos, i hechos esto servirles de guia i conducirlo hasta el corazon del cuartel jeneral?

En el temor de una eventualidad semejante, Joaquin resolvió a abandonar al ménos por cierto tiempo, el refugio que habia elegido. Por esta estratajena pensaba él engañar a los americanos que, llegando i encontrando el valle desierto, se imaginarian que los bandidos habian abandonado el pais, o bien continuarian sus pesquisas dividiéndose en bandas i esparciéndose en diversas direcciones, lo que le permitiria a él, Joaquin, atraerlos a los desfiladeros de la montaña i destruirlo separadamente sin poder por su parte un solo hombre.

Con este pensamiento fué como se preparó todo para la partida. Los caballos, en números de muchos centenares, fueron conducidos a Méjico.

Las tiendas fueron dobladas i colocadas sobre las bestias de carga, lo mismo que todo aquello que en el cuerpo o en los alrededores pudiese ser todavía de alguna utilidad. Las mujeres vistieron su traje de viaje, i recojiendo sus trajes de seda carmesí, se prepararon a atravesar alegremente las montañas i las llanuras, las sombrías espesuras i la sinuosas gargantas; en cuanto a ellas, iban a comenzar largas jornadas durante las cuales no tendrian solo que soportar las privaciones i la fatigas, sino tambien que defenderse contra los osos i los terribles leones de California.

Los heridos que no habian recobrado todavía todas sus fuerzas, fueron colocados sobre los caballos mas mansos, los que montaban de ordinario las mujeres. Estas muellemente sentadas sobre elegantes i confortables sillas mejicanas, sujetas con precaucion en el medio por una cincha ancha de crin, a fin de precaverse contra los accidentes, quedaron listas para marchar. Terminados los preparativos, toda la banda salió poco a poco de la aldea; su efectivo comprendia en este momento ciento seis hombres i nueve mujeres.

No fué sin sentimiento que la banda dijo adios a esa mag-

nífica morada, ahora aislada i desierta, pero que tantas veces habia sido testigo de su alegría, de sus placeres i de su felicidad.

A la cabeza de la columna marchaba Joaquin, rodeado de sus principales lugar-tenientes. Las facciones tan bellas del jefe habian tomado una espresion de tristeza i de gravedad, a medida que esplicaba a sus compañeros las razones que lo habian determinado a dejar el arroyo Cantowa.

XV

Un nuevo campamento

El viaje no llegó a distraer Joaquin de sus constantes preocupaciones. El recuerdo de su último encuentro con los americanos torturaba todavia su espíritu, aunque los hubiese derrotado completamente, habia pagado cara su victoria, i se veia ahora forzado a reconocer la impotencia de sus hombres, cuando en un encuentro importante se hallaban enfrente de un enemigo valiente i determinado. El sentia que toda su banda no se compusiera de individuos tan diestros i tan intrépidos como Juan Trededos, Valenzuela, Antonio i Guerra.

Contrariado por haber dejado escapar a Arkansaw, le era necesario confesar que el mismo Juan Trededos no era siempre victorioso i no podia ser mirado como invencible; era, sin embargo, el mas fuerte, el mas astuto el mas cruel i el mas resuelto para los golpes de mano. Habia sido en otro tiempo famoso *guerrillero*, i se habia acostumbrado a las luchas encarnizadas que en Chile le dieron sobrado renombre, i mostraba en su persona las señales de heridas recibidas en riñas trabadas cuerpo a cuerpo. Si este atrevido campeón habia soportado todo los trabajos del mundo para defender se contra Arkansaw, i que los otros hubiesen sido mas felices que él! No era probable siquiera.

Joaquin comprendió que desde entónces su interes le mandaba evitar todo encuentro jeneral con los americanos. Un combate de esta naturaleza, admitiendo aun que el éxito fuera feliz, tendria por resultado privarlo de un número de hombres que no podria ser sino mui dificilmente reempla-

zado, lo que presentaba un gran obstáculo para el cumplimiento de los proyectos que habia formado al principio de su carrera.

Estas reflexiones i muchas otras del mismo jénero, no podían por ménos de poner sombría la frente de Murieta; por la primera vez, él experimentaba un vivo i sincero deseo de renunciar lo mas pronto posible a la existencia criminal que habia llevado hasta entónces, para retirarse a su pais natal, a su nunca olvidado Chile, con su querida Clarina.

La jóven, sin embargo, viajaba a la retaguardia del grueso de la banda, rodeada de sus amigas, que nada predisponia a la tristeza. Clarina no se entregaba en este momento a las mismas impresiones que su amante; estaba con un humor del todo diferente. Se esforzaba únicamente por distraer a sus compañeras, ávidas solo de diversiones.

Los repetidos ecos, prolongados de montaña en montaña, que producian sus canciones i carcajadas, habian hecho creer que las florestas vecinas habian dejado escapar una lejion de avecillas de rico plumaje i de voces sonoras i melodiosas.

Despues de haber atravesado los ricos valles que se estienden al Norte del Lago Tulare, los chilenos flanquearon la ribera de San Joaquin, como a doce millas del fuerte Miller, i continuaron avanzando en la direccion del N. E. hasta los caidos de Johamite.

Ahí, pasando de nuevo el rio, subieron la Sierra Nevada, atravesaron los deliciosos valles que se encuentran del otro lado, i por fin, alcanzaron a las montañas al Este del lago Mono.

En los desfiladeros de estas montañas, Joaquin, al principio de su carrera, habia hallado un refujio contra algunos americanos que se habian dado a perseguirle, i que le habian seguido a él i su pequeña tropa desde Hangtow hasta Claste-Peak, a alguna distancia del paso de la Sonora.

Desde entónces habia considerado aquel lugar como el mejor i mas seguro escondrijo que hubiera en todo el Estado.

El jóven jefe se introdujo desde luego, a la cabeza de su tropa, en un desfiladero que apenas hubiera podido sospecharse, tanto cuidado habia puesto la naturaleza en disimu-

larlo con ayuda de las escarpadas rocas i vejetaciones salvajes, i cuando lo abandonó, fué para detenerse en un lugar mas pintoresco i mas apartado que haya en el mundo.

Es una sencilla colina situada cerca de veinticinco millas al S. E. del Lago Mono, que se eleva entre dos montañas escarpadas, coronadas de rocas, que se diría estaban a punto de caer en las sinuosidades en las cuales un hombre puede perfectamente ocultarse a todas las pesquisas. Si uno se sirve de su altura para dominar las montañas vecinas, la vista puede abarcar el valle hasta muchas millas a la redonda.

En este lugar solitario i agreste, a algunas millas de una rejion donde habitan los lobos, las hienas i los mas temibles de los osos grises, fué dónde los bandidos levantaron sus tiendas.

Y las sombras de la tarde se esparcian poco a poco sobre la tierra. Toda la naturaleza parecia invitar a la tranquilidad i al reposo, a aquellos aventureros atrevidos, cuyos espíritus tantas preocupaciones ajitaban.

Estendieron sobre el suelo sus vastos cobertores de lana, i despues de haberse envuelto cuidadosamente en ellos, se entregaron al sueño. Ellos durmieron de esta manera hasta la mañana, no ménos tranquila i apaciblemente que hombres cuyas manos no hubieran sido jamas empapadas en sangre, cuyos corazones no hubieran abrigado ni la sombra siquiera de un deseo criminal.

Al dia siguiente, Joaquin reunió en torno de sí a todos sus compañeros, i les propuso sus ideas i sus planes, en lo que concernia al porvenir.

«Vosotros sabeis, les dijo el jóven jefe, que nosotros contamos solamente cien hombres capaces de activos servicios. Nuestros espías, nuestros amigos i nuestros asociados, esparcidos por todas las villas i campos del Estado, componen un número de cerca de cuatrocientos. Estos asociados, no nos pueden ayudar sino verbalmente, es decir, con los avisos que nos procuran: no pueden prestarnos ninguna cooperacion activa por razones que es inutil esplicaros en este momento. Tengo en lugar seguro sumas considerables, i mi intencion es levantar en la Sonora i la baja California un cierto número de auxiliares, que harán subir a trescientos el efectivo de nuestra fuerza. En seguida la armaré, la disciplinaré i podré entónces

desvastar los condados del sur. Destruiré a los americanos en masa, quemaré sus ranchos, concluiré con sus propiedades, i todo esto con tanta rapidez, que ellos no tendrán tiempo ni aun para reunir sus tropas i organizar la resistencia; estarán ellos apénas en proyecto de estorbar mis planes, cuando yo habré terminado mi empresa i buscado un refugio en las montañas de Sonora. Llegado allí, diré adios a esta vida de aventuras que hemos llevado juntos hasta el presente. Entónces, amigos, habremos obtenido venganza del mal que nos ha causado esta execrable raza de yankees. Nos dividiremos los beneficios adquiridos en nuestras expediciones, e iremos a nuestra querida patria a pasar en paz el resto de nuestros dias»...

Prolongados aplausos acogieron el discurso del jefe.

El entusiasmo brillaba en los ojos de los bandidos.

El magnífico cuadro que Joaquin acababa de descorrer delante de ellos, les parecia tan conmovedor, la revelacion era de tal manera inesperada, que apénas podian contener su regocijo. Aunque habian siempre amado i admirado a su jefe en las diversas fases de su peligrosa carrera, jamas le habian supuesto tanto jenio. Sus palabras les comunicó una nueva enerjía, i mas que nunca se decidieron a seguirle i a obedecerle en todo evento, cualquiera que fuera la suerte reservada por la fortuna a sus empresas.

El mismo dia Joaquin dirijió ocho compañías, compuestas cada una de ellas de diez hombres, a diferentes partes del Estado: al Este, al Sur i a la estremidad Norte, con la órden espresa de hacer todo lo posible para procurarse dinero i caballos.

El mismo permaneció en el cuartel jeneral con veinticinco hombres, cuya sola ocupacion fué cazar, velar sobre los caballos i tener las armas listas.

Diez dias se habian pasado desde la partida de las ocho compañías.

En este intervalo, los heridos habian acabado de rehacerse. Joaquin, viéndolos prontos para volver a comenzar sus servicios, tomó consigo a Valenzuela i a Juan Trededos i se puso en campaña, para tentar él mismo un golpe de mano. Antonio, Guerra i los otros debian velar sobre las mujeres i proteger el campamento contra las incursiones de las bestias

feroces, que no cesaban de rodear las cercanías, a pesar de la caza no interrumpida, en que ellos los habian hecho trabar un cruel conocimiento con los puñales i revólvers de la banda.

Llegado a Fiddletown, Joaquin encontró al capitán de una de sus compañías, el que le entregó un talego de oro amonedado i le impuso de que sus hombres, divididos en grupos operaban en ese momento con bastante éxito en las vecindades de Jakson.

El capitán habia venido a Fiddletown por un negocio seguro, para cuya evacuación él tenia cita a hora fija.

La conversacion se prolongó todavía algunos instantes despues; Joaquin deseó un buen éxito a su lugar-teniente i llamó a Juan Tresdedos. Este se paseaba enfrente de una tienda china i seguia con la vista a los locatarios con una expresion particular. El se sustrajo, no sin sentimiento, a su contemplacion, i volvió a tomar con su jefe el camino que conduce a Indian Creek.

XVI

Ataque a la mala de Hangtown

Algunos dias despues, al llegar a Diamond Springs, cerca de Hangtown, supo Joaquin, por uno de sus asociados, que tenia en aquellos lugares una casa de baile, que al dia siguiente, por la mañana, la mala que conducia la correspondencia entre Hangtown i Sacramento, llevaria tambien un pequeño número de pasajeros i una cantidad considerable de oro en polvo, destinada a los Estados del Este.

Durante los primeros meses de su carrera, Murieta tuvo la ocasion de detener una diligencia que venia de Mockelumen Hill o que marchaba en direccion a ese pueblo; pero la poca importancia de los resultados obtenidos, no lo dejaron en disposicion de continuar acometiendo empresas semejan-tes; así es que habia preferido procurarse el oro de una manera ménos penosa. Sin embargo, él no creyó que debia desdeñar las indicaciones que se le hacian, i resolvió apoderarse a toda costa de lo que pudiera contener la mala de Hangtown.

En efecto, 40,000 pesos no es cantidad que deba despre-

ciarse; i por otra parte, no necesitaba mas para volverse a Méjico, enrolar los hombres de que tenia necesidad i cumplir tambien el magnífico plan que se habia formado de saquear las provincias meridionales.

Uamó a un lado a Valenzuela i a Juan Tresdedos i les comunicó su determinacion de atacar la mala; es escusado decir que éstos se adhirieron pronto i enérgicamente. La misma tarde salieron a reconocer el camino, con el objeto de buscar un punto donde poder emboscarse.

Despues de haber cabalgado lentamente casi toda la noche, los tres chilenos se detuvieron en un lugar aislado, cubierto de bosques de árboles enmarañados i situado poco mas o ménos en la mitad del camino de la barre del Mississippi i la cabeza de Roca Blanca.

Joaquin colocó a sus dos compañeros a la izquierda del camino, tras de un parapeto de arbustos i de desordenada vejetacion, pero muy cerca del punto por donde habia de pasar la diligencia; despues eligió para sí mismo una posicion semejante.

Dos horas de ansiedad trascurrieron con toda lentitud, i ya los primeros rayos de la aurora se levantaban por el lado de Oriente i la mala no habia aparecido aun, Joaquin sabia de buena tinta que debia haber salido de Hangtonw de la una a las dos de la mañana, i ya eran las seis i media. Entónces le sobrevino al jóven jefe una duda: quizas sus asociados le habrian engañado. Se dirijió hácia Juan Tresdedos i Valenzuela, casi decidido a retroceder hácia Diamond Springs i a riesgo de encontrar la mala en otro punto.

Los dos bandidos, tendidos lo mas cómodamente sobre las sillas de sus caballos, esperaban con suma paciencia, fumando sus cigarros i como jentes que se hallan en su elemento. Viéndolos Murieta en tan buenas disposiciones, resolvió esperar una hora mas. Pero al cabo de cinco minutos, Juan Tresdedos sacó su revólver.

—Hé aquí la mala.

—Ah! sí, dijo Joaquin; oigo el ruido de las ruedas. Escuchadme algunas palabras ántes de que se halle mas cerca de nosotros. Estaba tan preocupado en asuntos de otra especie, que no os he impuesto de lo que debeis hacer.

—¿Cómo? dijo García. Ave María Santísima! yo no sabia

que hubiese dos maneras de proceder en situaciones como la presente.

—Silencio! dijo Joaquin. Escuchadme: a la primera señal os lanzareis al camino i os colocareis a ambos lados del carruaje, mientras yo detengo lo caballos. No quiero que se haga un solo disparo de revólver sin que yo dé la orden; acuérdate de lo que te digo Juan! Qué hai, amigos, ¿me han comprendido?

—Perfectamente, señor, respondió Valenzuela, saludando políticamente a su jefe.

—Muy bien, dijo despechado Juan; pero lo que no puedo decir es que ese plan me agrade!

—Atencion! gritó Joaquin. Ni una palabra mas, i cuidado con no cumplir mis órdenes!

En seguida, como cada vez que se sentia mas próximo el ruido de las ruedas, el jefe se apresuró a volver a su escondite.

Cinco minutos despues, la mala apareció en un recodo del camino; venia conducida por cuatro caballos lanzados a todo galope, i que respiraban con toda la fuerza de sus narices el aire perfumado i fresco de la mañana. Un minuto mas i se hallaron al frente del lugar en que se encontraban escondidos los bandidos.

Repentinamente resonó un grito agudo. Joaquin se precipitó hácia fuera, i pistola en mano, ordenó con amenazadora voz al postillon que se detuviese. Al mismo tiempo, Valenzuela i Juan Trededós se habían lanzado a la puertas. Joaquin tenia su revólver tan a boca de jarro de los viajeros, se habia arrojado sobre ellos de una manera tan perentoria, i con imprecaciones tan terribles les habia intimado que le entregasen el dinero que llevaban, que en vez de poder obedecer, los desgraciados se hallaban mas bien muertos de espanto.

El postillon, a la vista de Murieta, se habia echado hácia atras i apretaba las riendas con todas sus fuerzas; habia comprendido en el acto que era inútil pensar en escapar, pues habia descubierto en cada uno de los perfiles de Joaquin la firme resolucion que llevaba de morir ántes que ceder.

Cuando el postillon hubo detenido sus caballos, Joaquin

le cedió el puesto a Valenzuela, con el objeto de asistir él mismo a la parte mas delicada de la operacion.

—Ahora, caballeros, les dijo, volviéndose a los que estaban dentro mas muertos que vivos, entregadnos el cofre precioso, i andad listos, porque no tenemos tiempo que perder! Vamos, despachaos!

—Vamos, caramba, despáchennos, repitió el terrible García, Pasad el cofre, o hago un arnero de cada una de vuestras cabezas!

—Hé, hé, hé, señores de los caminos reales o señores chilenos, quiero decir, no andeis tan de prisa, balbuceó un enorme ingles que ocupaba un asiento de atras i que se esforzaba en rechazar el revólver que Juan, con una estraña persistencia, le tenia colocado a una media pulgada de su oreja. Hé, a fé de mi alma que aquí no llevamos cofre de ningun jénero; de otro modo, bien lo sabeis vosotros, ya lo tendrias en vuestro poder.

—Nó, no hai cofre, afirmaron los demas viajeros, estrechándose como sardinas los unos contra los otros, a fin de guarecerse de sus peligrosos vecinos los revólvers.

—Postillon! gritó Joaquin furioso, ¿en dónde está el oro que llevais a Sacramento?

—No hai nada de oro, señor, absolutamente nada, yo se lo aseguro, señor! Ayer tuvimos una gran caja de hierro i toda llena, i la dejamos en Sacramento; pero hoi no llevamos nada absolutamente, i es mi pura verdad!

—Pues bien, dijo el jefe, es de lo que nos vamos a persuadir por nosotros mismos.

I abriendo la puerta de un lado, miéntas que por el otro Juan Tresdedos hacia otro tanto, agregó:

—Si me habeis mentido, pagareis la culpa con vuestra cabeza! Vamos, salid uno tras otro.

La órden, como se adivinará, fué ejecutada con toda prontitud. Dos de los viajeros del lado de Juan Tresdedos se apresuraron por bajar por el lado opuesto; pero aquel los tomó por el cuello, diciéndoles que si lo hacian perder mucho tiempo, él tenia medios para hacerlos andar mui listos.

En medio de esta escena, Joaquin apercibió en un rincon de la diligencia a una mujer, de orijen evidentemente chileno, que hasta entónces se habia escapado a sus miradas.

Era indudablemente una de aquellas abnegadas esposas, que llevaron su amor i su jenerosidad hasta el extremo de abandonar su patria i a su familia por seguir, a un pais extraño i lejano, a los hombres a que habian unido sus destinos.

Al verlo penetrar en la dilijencia, la jóven se desprendió del lujoso chal en que iba rebozada, i pasó al jefe un pequeño crucifijo de oro engastado en piedras preciosas, Joaquin le tomó, i despues de haberlo examinado, acordándose de las tiernas devociones de su infancia, lo besó con respeto religioso i lo devolvió a su dueña, junto con una mirada llena de espresion i murmurando algunas palabras que ella misma apénas pudo comprender.

Despues de haber examinado minuciosamente todos los asientos sin poder encontrar nada, Joaquin se lanzó fuera del coche a examinar el asiento del postillon, pero tampoco contenia tesoro alguno; de suerte que Murieta, maldiciendo su mala fortuna, ordenó a los viajeros que se volviesen a sus lugares i al cochero que continuase su camino.

Juan Tresdedos, oyendo esa órden i viendo partir los caballos casi a todo galope, estimulado por el vigoroso chicote del postillon, se volvió de repente a éste i le mandó dos balas, que felizmente pasaron por sobre la cabeza del americano.

Joaquin, al primer disparo, se lanzó sobre su intratable teniente. Le ordenó con una mirada colérica que desmontara en el acto su revólver si acaso no queria morir. El bandido obedeció mui a pesar suyo, refunfuñando, i los tres chilenos se volvieron lo mas rápidamente posible a Diamond Springs.

El jefe se trasiadó donde su amigo, que era al mismo tiempo su asociado, lo impuso de los detalles de la espedicion, i lo gratificó con una de las bolsas regularmente provistas de que se habia despojado a los viajeros.

Los bandidos permanecieron ocultos toda una semana en la casa de su cómplice, i cuando se acalló el ruido producido por la detencion de la mala, volvieron a recojer sus caballos a un lugar seguro en donde los habian depositado, i se dirijieron de nuevo hácia el paso de la Sonora.

XVII

Nuevos crímenes.—Ataques de los americanos.—La caza
de osos grises

Poco tiempo despues de su partida de Diamond Springs, el jefe i sus compañeros establecieron su campamento provisorio en el brazo norte del rio Estanislao. A primera vista i por la tarde, el punto les habia parecido bastante apartado de toda habitacion; pero cuando despertaron a la mañana siguiente, fueron mui desagradablemente sorprendidos al descubrir, con las primeras luces de la aurora, un campo próximo que parecia ser ocupado por franceses.

Estos últimos parecian no tener la mas lijera sospecha del peligro que corrian; ignoraban todavia con que vecinos tenian que habérselas. Cuando los bandidos se presentaron ante ellos i les preguntaron por que razon se encontraban en un lugar tan poco habitado, le respondieron sin el menor embarazo ni temor, que eran mineros i buscaban oro.

—Tambien nosotros, les dijo Joaquin, somos mineros, i de buena gana haríamos una buena provision de oro en polvo si fuera posible.

—Oh! es mui posible, replicó el que hacia de jefe de la compañía. El lugar es exelente i el oro abunda. ¿Pero, agregó, desfigurando un tanto las palabras inglesas con su acento frances, vosotros no traeis herramientas con qué trabajar?

—Oh si; tenemos todo lo que hemos menester; pero, ¿están ustedes seguro de que la cosa vale la pena?

—Es claro! ¿Creen ustedes que cuatro o cinco hombres se divertirian trabajando por nada? Nó, no! Hemos encontrado algunas de esas que vosotros llamais buenas explotaciones i estamos decididos a permanecer el mayor tiempo posible en esta rejion de la república.

—Vivireis mucho ménos tiempo del que os imajinais.. dijo de repente Joaquin, sacando su revólver, miéntas que sus compañeros rodeaban a todos los de la partida, a no ser que pongais en nuestras manos hasta la última partícula de vuestro oro.

Viendo el aire decidido i la actitud amenazante de los chilenos, los franceses no se hicieron ilusion acerca del peligro que corrian. Cuatro de ellos se abrieron paso a su tienda, i reaparecieron en el acto armados de pistola de un tiro.

Pero ántes que ellos hubiesen tenido tiempo de apuntar, Juan Tresdedos i Valenzuela le destaparon los sesos. El quinto minero suplicó que se le perdonase la vida; pero apénas hubo entregado a los bandidos algunas libras de oro en polvo, que habia logrado reunir merced a heróicos esfuerzos, fué asesinado tan desapiadadamente como los demas camaradas.

Despues de esto, los tres chilenos consumieron tranquilamente el almuerzo preparado para las víctimas.

Miéntas estaban ocupados de esta suerte, fueron interrumpidos súbitamente por una ruda esclamacion. Miraron al frente, i vieron al otro lado del rio a diez americanos montados, armados de rifles i revolvers, i a cuya cabeza se encontraba el eterno Arkansaw,

—Todavía ese yankee! exclamó Joaquin. Vamos, pronto, pronto a caballo!

Ya volaban las balas desde la ribera opuesta; los bandidos se lanzaron hácia adelante, maldiciendo de todo corazon a los americanos en jeneral i a Arkansaw en particular.

—Caramba!, gruñó Juan Tresdedos, hé aquí el momento de echarnos encima de estos yankees i de atacarlos de frente!

—Diantre, si, dijo Murieta, ahora que ellos son tres contra uno i mejor armados que nosotros! No, no; yo conozco de sobra lo que son esos rifles! Démosnos por mui felices si logramos de ésta sacar el cuerpo libre!

—Chit! Hélos ahí que atraviesan el rio, dijo Valenzuela... Atencion!

Al mismo tiempo espoleó su caballo i fué a colocarse al lado de su jefe, miéntas Garcia, que se habia quedado algunos pasos atrás, se encolerizaba i se mordía los puños a la idea de huir en vez de combatir.

Apénas llegaron a la cima de la montaña mas vecina, divisaron dos chinos que llevaban a la espalda utensilios de mineros i sin mas armas que un sable encorvado como las cimitarras turcas. Tresdedos se lanzó sobre ellos, los apuña

leó sin pérdida de tiempo, i arrojó sus cabezas en direccion de los americanos.

A cinco millas de ahí tuvo lugar otra escena semejante. Esta vez se inmolaron siete víctimas, sin que los yankees, espectadores del drama, pudieran impedirlo.

Durante cuatro dias, los tres bandidos continuaron su fuga al Oeste del paso de la Sonora; en la mañana del quinto dia llegaron a los bordes del cuartel jeneral.

Se desmontaron sin dar la señal ordinaria con que anunciaba su vuelta. I miéntras que Juan Tresdedos conducia los caballos a un vado vecino para darles que beber, Joaquin i Valenzuela se adelantaron hácia el campo. Llegados a la primera tienda, se detuvieron i encontraron a tres de sus hombres tirados sobre el suelo, jugando al naipe; estaban tan absorbidos en el juego los pobres diablos, que no se aperci-bieron siquiera de la presencia de su jefe.

— Hé aquí un juego, dijo Joaquin, en que algunos yankees habrian podido aprovechar vuestra ocasión!

Inmediatamente los jugadores, como despertados repentinamente, se pusieron de pié i sacaron sus revólvers; pero viendo que los advenedizos eran sus camaradas i no enemigos, se contentaron con reirse de su chasco i dar a su jefe una cariñosa bienvenida.

— Caramba dijo uno de los hombres, lléveme el diablo si no me he creído que los americanos nos habian invadido el campo!

— Indudablemente que podrian haberloh echo sin la menor dificultad, dijo Joaquin, paseando su mirada por el cuartel jeneral, entónces enteramente desierto. ¿En dónde están vuestros camaradas?

— En la caza de osos grises!

— I las niñas! ¿por ventura estarán tambien cazando?

— N6 capitan. Cuando ménos están en un bosquecito vecino, en donde durante vuestra ausencia se han arreglado un retiro, a la sombra de un ramaje. A no ser que aprovechándose del calor hayan ido a bañarse a la fresca agua del rio.

— Está bien; quiero ver por mi mismo donde se encuentran, quédate aquí, Valenzuela, i si la jente llega ántes de mi vuelta, coloca algunos de centinela por los puntos que te parezca que deben guardarse mas, por que estos condena-

dos yankees, con su malicia de demonios, serian capaces de venirnos a atacar aquí mismo.

—Es una eventualidad que debemos prever, señor, le contestó Valenzuela, i que debemos evitar a toda costa, sobre todo por las niñas, vuestras órdenes serán rigurosamente ejecutadas. En el caso en que el resto de la tropa no estuviere de vuelta aquí en el término de una hora, colocaré a los tres hombres que hemos encontrado aquí en el punto mas occidental de la montaña, i yo mismo me iré a situar al lado afuera i cerca de la entrada del paso.

Joaquin aprobó esta disposicion, i confiado en su teniente se alejó para ir a ver que se habian hecho las niñas.

Al llegar cerca del lado, i manteniéndose oculto tras de un espeso i verde matorral, las vió que se estaba bañando tranquilamente a la sombra de unos árboles, bajo el follaje de los cuales se perdian de repente para aparecer de nuevo como frescas ondinas, mas vivas, mas alegres, mas encantadoras que nunca.

Esperaba calculando el efecto de su repentina presencia produciria cuando se mostrara instantáneamente entre las que entónces se bañaban, i estaba gozando anticipadamente con su idea, cuando un agudo grito, seguidos de muchos otros, vino a atronar sus oidos.

Apenas oyó el primer grito dado, a no dudar, por su amada Clarina, se lanzó él al borde del lago; pero ya habia pasado el peligro, i el jóven jefe solo llegó para alcanzar a ver a Juan Trededos en el momento de sepultar su puñal en el vientre de un magnífico oso gris.

Juan Trededos se habia ido a descansar en medio de la maleza, cerca del lago donde se bañaban las mujeres. Un poco mas tranquilo que de ordinario, fatigado por el calor, que era abrumador, se habia traspuesto dulcemente, pensando en los tiempos felices de su juventud i revolviendo en su espíritu el recuerdo de una mujer tiernamente amada. El la volvia a ver en sueños, cuando fué despertado súbitamente por una voz clara i sonora, idéntica a la de su antigua querida.

Salió de la espesura en que habia buscado el abrigo, i llegó precisamente hasta el borde del lago de donde habia partido el grito de alarma que horrorizó a Joaquin, i alcanzó a

salvar así el abrazo mortal de un oso gris a la querida de su jefe.

Su primer movimiento a la vista de la fiera, fué arrojarle su manta a la cabeza, i dejarla encarnizarse con toda la fuerza de sus garras sobre esa inesperada presa; despues, miéntras el oso estaba ocupado en esto, le sepultó su puñal repetidas veces en el cuerpo, i le daba el último golpe cuando apareció Joaquin.

Clarina seguia ya a sus compañeras que huian a toda prisa de aquella horrible escena, i al aspecto de su amante, se detuvo, i toda trémula aun, corrió a arrojarse en sus brazos. Ella le esplicó en pocas palabras lo que acababa de ocurrir.

Joaquin, sin soñar siquiera en preguntar como se habia encontrado allí tan oportunamente su bravo compañero, estrechó la mano de Juan Tresdedos, apesar de que se hallaba destilando sangre aun, i le espresó ardientemente su gratitud.

— Garcia, le dijo, acabas de salvar la vida de mi querida Clarina, con esto me has hecho tu deudor para siempre; de hoi mas tendrás en mí un abnegado amigo.

Por la primera vez, despues de largos años, una sonrisa vino a esclarecer la fisonomia impasible i casi siempre feroz de Juan Tresdedos, ese bandido que para vengar la muerte de su querida habia amontonado crimen sobre crimen.

— Vaya con la hazaña, dijo, matar un oso; ¿que significa eso? I sobre todo, si arrebaté a la muerte a esa niña, ha sido pensando en otra mujer!

— ¿Como? le dijo Joaquin.

— Palabra de honor. ¿Que diriais, capitan si yo os comunicase que mi presencia aquí es debida a un pensamiento de amor?

Apenas estas palabras habian salido de sus labios, cuando sin agregar nada mas i de una manera que no tenia nada de galante, le volvió la espalda a Joaquin i a Clarina i desapareció entre las ramas.

— Garcia, enamorado! dijo a pesar suyo Joaquin. De veras que si no me acabara de hacer un servicio inapreciable, sentiria tentaciones de ponerlo en ridículo delante de toda la partida.

—Quizas, dijo Clarina, esás palabras envuelven un significado que nosotros no alcanzamos a comprender! Ha querido, sin duda, hacer alusion a algun recuerdo de otra época; ¿te acuerdas que nos dijo que pensaba en otra mujer?

—De todos modos dijo Joaquin, aquí hai algo de mui extraño. Pero ven; es menester que nos volvamos al campamento. A no ser que tu prefieras ir a visitar cierto árbol.

—¿Un árbol, Joaquin?

—Sí, querida Clarina. Ah! ¿crees tú que yo no he visto el pequeño i encantador asilo que has hecho construir en mi ausencia? La cuna de enredaderas, las guirnaldas de flores cojidas entre las montañas, los nombres de Clarina i de Joaquin enlazados en una corona a la entrada.... todo lo conozco! Sí; apenas hacia veinte minutos a que habiamos vuelto, cuando ya, i sin que tú lo sospechases, lo habia visto todo.

—De suerte que ya yo no podré darte una agradable sorpresa como queria; pero ¿que importa eso? tú no lo has visto todo.

Un ruido sordo, como el que produciria un hombre saltando sobre ramas secas, acababa de sentirse mui cerca de Clarina. En el instante mismo, otro oso, mas pequeño que el primero, pasó por entre los pies de Joaquin i de su querida, i fué a refugiarse entre los espesos arbustos que servian de abrigo a Juan Trededós.

Al cabo de algunos minutos, media docena de bandidos, revólver i puñal en mano, aparecieron conducidos por Manuel Guerra.

—Alto! gritó éste cuando apercibió a Joaquin.

Los bandidos obedecieron, i no menos asombrados que alegres se estrecharon al rededor de su jefe para darle la bienvenida.

—Has llegado a tiempo para ver caer a nuestra liebre, capitán, dijo Guerra, refiriendose con su mirada al oso muerto, tendido por tierra.

—Nó, nó respondió Joaquin; ese oso no tiene nada que ver con el vuestro: es producto de la caza de Garcia.

—Caramba! dijo el teniente: ¿entonces el nuestro ha escapado? i nosotros que pensábamos vestirnos de luto por el día de hoy!

En el mismo instante, veinte o treinta tiros hicieron resonar la montaña. Joaquín i los hombres que se habian juntado se dirijieron hácia el campamento; en menos de cinco minutos toda la jente se encontró reunida en el cuartel jeneral. Cual no seria el asombro de Guerra al ver reunidos a sus camaradas alrededor de otro oso gris, que acababan de pillar en el mismo momento en que de un salto iba a salvar los límites del campamento!

XVIII

Festin de los bandidos

Hácia la tarde de ese dia tan gloriosamente señalado con la caza de osos grises, Valenzuela i los tres hombres a quienes habia encargado la guardia del campo, volvieron al cuartel jeneral.

Tras ellos venian cincuenta camaradas, pertenecientes a las compañías de merodeo que Joaquín habia enviado a distintas partes del Estado. El capitán de cada compañía depositó en manos de su jefe el producto de su expedición; la suma de las diversas presas capturadas ascendia, sacadas todas las cuentas, a cerca de mil onzas de oro.

Mientras los recién llegados contaban a sus camaradas las aventuras que les habian acontecido en sus viajes, algunos de los que habian llegado primero preparaban todo lo necesario para la celebracion del festin de la vuelta, el cual debia terminar con un fandango jeneral.

Se encendió fuego en el mismo centro del campo, i se asaron los dos osos grises muertos tan oportunamente ese dia. Ese asado inesperado debia servir de reparacion a los bandidos hambrientos; provisiones abundantes llevadas por los merodeadores completaban la fiesta.

Pronto anunciaron los cocineros obligados de la partida que la cena estaba lista; se dió tregua a las conversaciones, i cada cual se arrellenó lo mejor que pudo alrededor de la hoguera.

El banquete no fué mui largo que digamos; el apetito estaba bastante aguzado por las emociones que poco antes hemos descrito. Luego se pasó a los cigarros i a los licores favoritos de los chilenos i mejicanos.

El de los primeros consiste en el jugo de la uva esprimida i en su estado natural, sin codimentacion de especie alguna. Esta bebida agraz es conocida entre ellos con el nombre de chicha; i a un color de rojo pálido, renne un sabor ácido que la hace mui agradable al paladar, i mui refrijerante en la época de los grandes calores. Un chileno con chicha, tabaco, poncho i puñal, es capaz de ir hasta el fin del mundo i de arrancar de su trono al mismo emperador de Pákin.

El licor de los mejicanos consiste en el zumo del maiz maseado, despues de haber pasado por cierta fermentacion. Este es un líquido cuya confeccion no es por cierto de lo mas limpio, pero cuyo sabor e hijiénicas cualidades le han merecido el grado favorito en el pueblo de Motezuma.

En la partida, como es natural, mejicanos i chilenos, a fuer de buenos hermanos, habian confundido sus tradiciones i hecho comunes sus gustos.

Así es que el cuerno de chicha i el cuerno de zumo de maiz, circulaban indistintamente por toda la larga fila de entusiastas bandidos,

Despues se hizo una invocacion a los recuerdos de algunos compañeros que debian referir la historia de su existencia criminal i sobre todo sus aventuras amorosas.

Cuando se agotaron todos los temas que podian interesar a la asamblea, Joaquin se volvió hácia Antonio, que desde el principio habia permanecido silencioso, i le suplicó que hiciese uso de la palabra.

—A fé mia, amigos, dijo Antonio, arrojando a un lado la ceniza de su cigarro, me es completamente imposible imponeros de mis memorias en este momento, porque tengo el alma llena de visiones! Toda mi cabeza está habitada por un millon de osos grises, a costa de los cuales he de llevar a cabo un centenar de hazañas. Os confesaré que acabo de soñar con uno de esos monstruos, que con el mas afectuoso abrazo me quebraba todos los huesos. Con todo, si alguna cancion pudiese reemplazar la narracion que me pedís, yo me sentiria mui feliz complaciendoo, tanto mas, cuanto que eso, sin duda, me libraria de mis locas ideas.

—Sí, sí una cancion! gritaron todos a una voz.

—Vamos, ¿que quereis que os cante? preguntó Antonio. La Casa Santa o la Serenata de la sierra? O si quereis una.....

—Puesto que eres mejicano, interrumpió Valenzuela, cántanos «Nuestra patria es Méjico».

—Sí, sí, repitieron en coro los otros bandidos, cántanos «Nuestra patria es Méjico».

—Hé aquí nuestro gusto. Cántanos eso, Antonio.

—Vaya, Antonio, exclamó a su vez Joaquin, no te hagas rogar i déjanos oír tus melifluos tonos. Yo te prometo que despues de haber admirado tus dotes musicales, regalaré a la partida con algunos de los aires nacionales de mí patria, que no carecen de gracia i orijinalidad, i que sobre todo, hacen vibrar el corazon del chileno en tierra estraña.

—De mil amores, dijo entónces Antonio; pero todos tienen que prestarme atencion i que aprender el coro para repetirlo! Es una buena i hermosa cancion, que el padre Zurata preferia a todas las demas; pero no vale nada si el coro no se canta con bastante estrépito.

—Bueno, paisano, comience! gritaron chilenos i mejicanos a la vez.

Despues de algunos hum! hum! preliminares para preparar la voz, Antonio cantó a sus camaradas el siguiente himno, con una música verdaderamente inspiradora i militar:

HIMNO

NUESTRA PATRIA ES MÉJICO!

Mas libres que los aires, en nobles alazanes
Siguiendo a la fortuna, cruzamos por la tierra,
Del hombre nos burlamos, ocultos en la sierra!
I huimos alumbrados por rayos i volcanes!

CORO

De los bridones sobre los lomos,
Bosques i valles cruzando vamos,
Í a nuestro paso, veloz, gritamos:
Hijos de Méjico, valiente somos!

Las sombras de la noche, del sol los resplandores,
Sus montes escarpados son nuestra fortaleza,
Los montes con nosotros comparten su pobreza
I alegres son las fiestas i alegres los amores.

CORO

De los bridones sobre los lomos,
Bosques i valles cruzando vamos,
I a nuestro paso, veloz, gritamos:
Hijos de Méjico, valiente somos!

Gozar! es la vida, el riesgo es un adorno;
I cuando el sol se oculta, cediendo a las estrellas,
I cuando el manto oscuro tiende a la noche bella.
Hogueras encendemos i danzamos en torno.

CORO

De los bridones sobre los lomos,
Bosques i valles cruzando vamos,
I a nuestro paso, veloz, gritamos:
Hijos de Méjico, valiente somos!

—Oh, sí, gritó Antonio, nuestro pais es Méjico, i no hai un solo pais en el mundo, queridos compañeros míos, a escepcion de España i de Italia, en que pueda llevarse una vida tan agradable como en él.

—Calla, le interrumpió Juan Tresdedos. Por ventura, ¿has estado alguna vez en Chile? Allí sí que se encuentra uno como en el Paraiso i que la vida hace concebir la gloria. Allí, como en tu patria, hai campo, vejetacion, altas montañas, hermosos rios, luz i una jeneracion de valientes que no tiene una sola raza que le sea comparable en la América del Sur i mas aun. Lo que para cualquiera es una bicoca, para un chileno es una injuria que solo se borra con sangre. I una mirada que le desagrade puede ser oríjen de un combate a muerte.

—Silencio! dijo Joaquín, que aunque aprobaba en el fondo de su alma el sentimiento patriótico de Juan, no podia ménos de ver que aquella apolojía iba a suscitar rivalidades i a herir muchos amores propios.

—¿Tú has viajado por España? preguntó entónces Valenzuela a Antonio.

—Por supuesto! respondió Antonio, i no solo he viajado sino que nací en medio de Madrid! En cuanto a Italia puedo envanecerme de haber servido bajo las órdenes de Carlotti.

—Cómo! exclamó Guerra, ¿tú has conocido al brigante Carlotti?

—Al mismo Geovani Carlotti, nieto de aquel que fué teniente del célebre capitán Mazarónni! Pero, compañeros, uno de estos días os contaré mi historia, porque en este instante tengo la boca seca.

—Toma, toma, Antonio, dijo Joaquín, vaciando el contenido de una entre muchas botellas que se encontraban delante de él; bebe dos dedos de este vino para refrescar tu garganta; llenad vuestros vasos, amigos, i bebamos a la memoria del bravo Mazarónni, de este valiente capitán que decía:

Corto i sabio es nuestro axioma,
Venga ante todo el dinero!
Solo en la flaqueza hai crimen,
Cada cual sigue su jénio!
Sin que se pueda impedirlo,
Rápido trascurre el tiempo;
Pero apurando los goces
El hastio da el consuelo.

Estrepitosas aclamaciones acogieron la canción del jefe i se brindó alegremente a la memoria del inapreciable Mazarónni.

En seguida Joaquín, cumpliendo con el compromiso contraído, invitó a su amada Clarina a que le acompañase en la guitarra las canciones nacionales de su patria que había ofrecido a su auditorio.

Después de los obligados preludios sobre las cuerdas, comenzó la música con una de esas simpáticas armonías completamente americanas, tan encantadoras como sencillas, que a todos alegran i que se conocen con el nombre de tonadas.

Joaquín, con voz sonora, entonó el siguiente cantar:

VIVA MI PATRIA!

Mi pueblo es el mas valiente,
Chile es la tierra mas bella,
I una esplendorosa estrella
Fulgura sobre su frente.

Son elevados sus montes,
Son majestuosos sus mares,
Son graciosos sus cantares
I vastos sus horizontes.

En ese suelo araucano,
Teatro ayer del heroismo.
Es arca del patriotismo
El pecho del ciudadano.

Su bandera tricolor
Exalta al pueblo al delirio;
I es capaz de ir al martirio
A sucumbir por su honor.

En su juvenil edad
I en su entusiasmo infinito,
Ese pueblo tiene un grito:
Democracia i Libertad!

Cuantos chilenos habia en la reunion, Valenzuela, Juan Tresdedos, Guerra, etc., todos se estrecharon al rededor de su valiente jefe, i en medio de la conmocion mas indescriptible, estallaron numerosos aplausos.

Al eco querido de la música de la patria, en medio de las soledades de los campos californinos, habriase dicho que esos hombres se exaltaban hasta el último grado del entusiasmo i de la inspiracion.

En muchas de esas pupilas encendidas con el santo fuego del patriotismo, brillaron lagrimas cristalinas que espresaban todo lo grande de su impresion.

El leon de melena crispada i de instintos feroces no es mas noble ni ofrece un espectáculo mas grandioso, rindiéndose a la ternura, que el que presentaban esos terribles bandidos

latiendo por su querido Chile en medio de sus crímenes i de su abandono.

El instinto sanguinario no lo borra todo en el corazón del hombre, i esos mismos desgraciados que podían subir al día siguiente a un patíbulo en satisfacción de la justicia, podían también coronarse de laureles i llenarse de glorias defendiendo a su patria con el mismo denuedo i audacia con que habían acometido aquella vida de horrores i estragos.

Juan Tresdedos, interrumpiendo, exclamó entonces:

—Es menester que cantemos algo en coro. Todos queremos sentar fama de buena voz. Por lo que hace a mí, les aseguro que manejo tan bien mi garganta como este puñal, con que me han visto acertar tantas veces en los corazones de mis víctimas.

I diciendo esto hacia jirar entre sus dedos el cuchillo al resplandor de las llamas de la hoguera.

—Está bien, dijo Valenzuela. La mayor parte somos chilenos; i ya que Antonio nos ha cantado el himno de su patria, hemos de corresponderle con nuestra canción nacional, con nuestro himno favorito.

—Sí, sí, exclamaron todos, mujeres i hombres, inclusive Joaquín, que se ofreció gustoso a dirigir aquel sublime concierto.

—Pero, observó Guerra, yo no consiento que se entone nuestro himno sagrado arrojados en el suelo i sin una forma que espese nuestro amor i nuestro respeto.

—Nó, todos de pié, exclamó Joaquín, todos de pié alrededor de la fogata.

Al instante se formó el inmenso círculo, e iluminados los rostros por las doradas llamas de la improvisada hoguera, de suerte que un pintor de imaginación habría encontrado una escena magnífica para un cuadro de capricho, se entónó la canción nacional chilena.

Su música es sonora i valiente, i los rasgos varoniles de su armonía ejercen realmente un efecto mágico sobre las fibras del corazón,

Su letra es tan enérgica como sus notas dictadas por la musa de la independencia en uno de esos momentos de vértigo patriótico a uno de los prohombres de la lucha de Chile contra España.—Héla aquí:

CORO

*Dulce patria, recibe los votos
Con que Chile en tus aras juró:
Que o la tumba será de los libres
O el asilo contra la opresion.*

I

CIUDADANOS, el amor sagrado
De la PATRIA os convoca a la lid:
Libertad es el eco de alarma,
La divisa: triunfar o morir.

El cadalzo o la antigua cadena
Os presenta el soberbio español...
Arrancad el puñal al tirano
Quebrantad ese cuello feroz.

Dulce patria, etc.

II

Habituarnos quisieron tres siglos
Del esclavo a la suerte infeliz,
Que al sonar de sus propias cadenas
Mas aprende a cantar que a jemir.

Pero el fuerte clamor de la PATRIA
Ese ruido espantoso acalló,
I las voces de la Independencia
Penetraron hasta el corazon.

Dulce patria, etc.

III

Esos valles, ved tambien, chilenos,
Que el Eterno quiso bendecir,
I en que rie la Naturaleza,
Aunque ajada de déspota vil.

Al amigo i al deudo mas caro
Sirvan hoi de sepulcro, i honor;
Mas la sangre del héroe es fecunda,
I en cada hombre cuenta un vengador.
Dulce patria, etc.

IV

Esos mónstruos que cárgan consigo
El carácter infame i servil,
¿Cómo pueden jamás compararse
Con los héroes del *Cinco de Abril*?
Ellos sirven al mismo tirano
Que su lei i su sangre burló;
Por la Patria nosotros peleamos:
Nuestra vida, libertad i honor.
Dulce patria, etc.

V

Por el mar i la tierra amenazan
Los secuaces del déspota vil;
Pero toda la Naturaleza
Los espera para combatir.
El Pacífico, al Sur i Occidente,
Al Oriente los Andes i el Sol,
Por el Norte un inmenso desierto,
I en el centro libertad i union.
Dulce patria, etc.

VI

Ciudadanos: la gloria presida
De la Patria el destino feliz,
I podrán las edades futuras,
A sus padres así bendecir.
Venturosas mil veces las vidas
En que Chile su dicha afianzó!
Si quedare un tirano, su sangre
De los héroes escriba el blason.
Dulce patria, etc.

Un viva frenético coronó la última estrofa, i el entusiasmo de aquellos corazones no reconocia límites.

Se habria dicho que estaban dispuestos a batirse con un ejército i desafiar en seguida los elementos.

Terminada la cancion, seguian en amistosa conversacion, cuando de repente:

—Chit! dijo Joaquin. Me parece que he oido una señal.

—Sí, respondió Valenzuela. Son nuestros camaradas que vuelven, i aun, si no me equivoco, creo que es la señal de Cevallos, ¿no es verdad Mariquita? Antes de diez minutos tu amante se hallará en tus brazos.

—A fe mia, dijo la mejicana, yo nada sé, i vosotros pareceis conocer mejor que yo su señal!

Joaquin sacó de su pecho un magnífico silbato de plata i se lo llevó a los labios; un sonido agudo vibró en las montañas, i algunos minutos despues se vió aparecer a Cevallos, seguido de dos bandidos mas que se adelantaban conduciendo sus caballos por la brida.

Los tres hombres se hallaban tan aniquilados por la fatiga, que podia haberseles tomado, con solo observar su modo de andar, como convalescientes del hospital.

Joaquin les salió al encuentro con Antonio i Valenzuela, i entre tanto toda la partida se levantaba para darles la bienvenida i hacerles lugar alrededor del fuego.

—¿Qué hai de nuevo, Cevallos? le preguntó Joaquin, cuando el teniente i su jente se hubieron sentado.

—Aguardad, capitán, aguardad! I vosotros, camaradas, pasadnos pronto un poco de vino, porque ya estamos medio muertos!

Acto continuo se pusieron cinco o seis botellas al frente de los recién llegados, i en obsequio de la verdad diremos que solo tomaron unos cuantos tragos.

—Ahora, dijo Cevallos, rodeando con su brazo el talle de su querida, que habia venido a sentarse junto a él, ahora, capitán, estoi listo para responderos; pero ántes debo advertiros que las noticias son de lo peor que pudiera tenerse. Seria de opinion que mas bien aguardáramos hasta mañana, para no arrojar una sola sombra sobre este alegre festin.

—No, nó, dijo el jefe; es menester que lo sepamos toda esta misma tarde: la incertidumbre es un sufrimiento, un

poco cruel. Dinos lo que te ha pasado! Veo que no nos has traído mas que dos hombres de toda tu compañía, i tenias nueve cuando partistes, los demas han muerto, ¿no es verdad?

—Ah; desgraciadamente, si. Están muertos i enterrados!

—¿Cómo han parecido?

—Dos fueron muertos en combate franco, los otros...

—¿Que hai? ¿cómo parecieron los demas?... los otros cinco?

—Ahorcados! estrangulados hasta que les sobrevino la muerte! Colgados de los árboles del camino! Compañeros, largadme otra botella para pasar este mal trago! Permitidme ahogar con vino el recuerdo de esa horrible escena! Me parece que siento aun la soga alrededor de mi cuello.

—!Cómo exclamó Joaquin, al rededor de tu cuello!...

—Si, si, ya tenia yo la cuerda echada al cuello, el nudo habia sido estrechado, i se me arrastraba hácia el árbol fatal, cuando haciendo un esfuerzo supremo rompí la soga i me lancé bajo el fuego de sus revólvers a un escondite en donde me aguardaban mis dos compañeros, i nos escapamos sin intentar el desquite. Caramba! los americanos son mas feroces que los caníbales; no conviene irritarlos muchos! Vaya, amigos, denme mas vino. Comienzo a sentirme restablecido.

Por la santa cruz! eso demonios de americanos jamas dejan las cosas a medio a hacer. Ellos se conducen siempre en una manera mui distinta de todos los demas! Si nos ahorcan un hombre, os lo ahorcarán a una altura tres veces mayor de aquella en que cuelgan todas las demas naciones de la tierra; lo que es a mí no me volverán a encontrar a la mano.

—¿En dónde te ha acontecido todo esto? preguntó Guerra.

—En donde se divide el rio de las Plumas,, contestó Cevallos, justamente quince millas mas abajo del pico español!

Hai ahí una compañía de mineros compuesta de ochenta o cien hombres, yo aseguro que son los mas robustos i los mas salvajes americanos que hai en todo el estado. Para formarse concepto, es necesario ver cómo están armados. Caramba! Cada gánzapiro de esos tiene dos o tres revólvers, un puñal i un rifle.

Está bien, dijo Antonio; ya que nos has contado cómo

terminó el asunto, ¿tendrias inconveniente para decirnos cómo comenzó? Es menester que los cuentos tengan piés i cabeza.

—De mui buena gana, respondió Cevallos. Hé aquí el hecho:

XIV

El bandido Cevallos continúa su historia—Ataque de los americanos.—Triunfo de los bandidos

Pocos dias despues de haber abandonado a Red Bluffs, dijo Cevallos, que iba ya desocupada la cuarta botella, llegamos a Sharte, en donde tuvimos la fortuna de encontrar un convoi de mulas cargadas de oro. Detuvimos la tropa a tres millas del pueblo, nos apoderamos del tesoro i en seguida nos volvimos a Red Bluffs. Cada uno de nosotros llevaba doce libras de oro. Teníamos prisa, como podreis suponerlo, de volverno a la mayor brevedad al asilo del cuartel jeneral; los que acabábamos de despojar eran todos mineros, i por consiguiente debíamos temer que se nos persiguiera en el acto. Despues de haber cenado en el café de Pedro, i en el momento en que nos disponíamos a partir, Pedro nos advirtió que nos hallábamos vijilados, i que si no lográbamos escapar sin ser vistos, corríamos el riesgo de ser ahorcados aun cuando mas no fuera por sospechas.

No tenia nada de tentadoras esta perspectiva, nos apresuramos a tomar las de Villadiego, pero en dispersion i despues de habernos dado la voz de órden para reunirnos en Aronville.

Una numerosa partida de alemanes, franceses i americanos se echaron a seguirnos las huellas, i nos vinieron a perder de vista en Dowieville. A nuestra vez perseguimos a cuatro americanos hasta el valle del lago de Honey, en donde fuimos atacados por los mineros de la ribera del Glumes (Feather River). Dos de los nuestros cayeron muertos en el combate; el enemigo tuvo cinco de los suyos mortalmente heridos. Los compañeros que he traído merecieron ocultarse en una espesura en donde yo me habia refugiado. Permanecimos tres dias escondidos entre el ramaje, sin comer

ni beber nada, i al fin nos decidimos a salir para ganar el camino de la Sonora. A diez millas alrededor de Downieville enterramos nuestro oro, nos apoderamos de tres caballos i hénos aquí.

—Esta historia no tiene nada de alegre, dijo Joaquin, pero debemos de aguardar que sucedan estas cosas una que otra vez. Adelante, camaradas, haced circular las botellas, i tratemos de pasar la existencia divertida miéntras ello sea posible.

—Si, si, tienes razon, capitan, dijos Cevallos, yo estoi de acuerdo con ustedes. Lopez, mi amigo, pásame una o dos botellas, porque por todos los santos i por santa Margarita, no he recobrado aun completamente mis fuerzas. El galope a la orillas de estos largos precipicios literalmente me ha quebrantado.

—¿Cómo, a largos de los precipicios? dijo Antonio. ¿Que perdisteis el camino?

—Nada de eso, amigo! lo que hai es que tomamos el peor de todos los caminos, con el objeto de ponernos mas en salvo de las persecuciones del enemigo.

Ah! entónces se os persiguió! Vaya, Cevallos, espícate; qué diablós!

—Cómo! ¿que ya no os lo habia dicho? ... Los americanos venian detras de nosotros cuando salvamos el paso que conduce al lago Mono; nos han perseguido hasta las montañas, i cuando nos perdieron, o mejor dicho, cuando nosotros los perdimos a ellos, apénas estarian a cinco millas de distancia de nosotros.

—Diablo! dijo el jefe, poniéndose inmediatamente de pié esto huele mal i comienza a ponerse un poco mas sério. Si no se habian separados de vosotros mas que el corto espacio de cinco millas, es mui posible que hallan llegado hasta aqui atraidos por el resplandor de nuestros fuegos.

—Chit! dijo en este instante Valenzuela, creo que he oido sonar espuelas en el camino pedregoso que está un poco mas abajo del campamento!

—Por cristo! yo tambien, exclamó Murieta, sacando su revólver. Vamos, camaradas, de pié, i cada uno prepare sus armas Tú, Antonio, toma treinta o cuarenta hombres i ándate a apostar entre las rocas que dominan el paso del lado

izquierdo. Por lo que hace a mí, yo me iré a la derecha con voluntad i con fé, porque es menester que ni uno solo de estos condenados americanos pueda envanecerse jamás de haber llegado hasta aquí.

Los bandidos, fieles a la recomendacion que acababa de hacérseles, siguieron a su jefe i treparon las rocas que coronaban la entrada del camino.

Cada cual se ocultó lo mejor que pudo ya entre las hendiduras e intersticios de las montañas, ya detrás de las rocas, en donde los espesos arbustos los cubrian completamente.

Con todo, el ruido de pasos que se aproximaba hacía el campo se oia mas claro a cada instante, de vez en cuando, se sentia estallar alguna imprecacion salvaje, lanzada por aquellos de los asaltantes (porque aquello era un verdadero asalto) que tropezaban o que caian de bruces entre las rocas.

A pesar de eso, el enemigo no dejaba de aproximarse poco a poco, i bien pronto se pudo distinguir, a veinte piés debajo del lugar en que se hallaba Joaquin, la elevada i robusta estatura de Arkansaw, que adelantaba a la cabeza de cuarenta armados hasta los dientes.

—Lléveme el diablo, gruñó Arkansaw, si me gusta un camino el aspecto de este villano escondite.

Apénas acababa de pronunciar estas palabras, cuando las hendiduras de las rocas vomitaron sobre el con espantoso estruendo, de sesenta a setenta disparos. Una bala le arrebató el sombrero, i veinticinco o treinta de sus hombres cayeron muertos sobre la pendiente de la montaña.

—Escalad las rocas, muchachos! gritó el intrépido Arkansaw. Audacia! con los dientes i con las manos! es la única esperanza que nos queda.

A estas palabras, cada uno de los americanos comenzó a trepar a lo largo de la muralla que protejia a los bandidos pero ah! cuan terrible tentativa!

Una segunda descarga, tan terrible i tan mortífera como la anterior, hizo temblar la montaña, i los asaltantes cayeron espirando i traspasados al pié de las rocas.

Algunos bandidos bajaron inmediatamente al campo i volvieron con antorchas encendidas. La escena apareció en-

tónces con todo su horror i estrago; nada mas espantoso que esas fisonomías lívidas, esclarecidas por la llama roja i trémula del resinoso blandon.

El mismo Joaquin no pudo permanecer por mucho tiempo en presencia de aquel espectáculo; tuvo prisa en alejarse para no ver esos ojos opacos, mas terribles despues de la muerte que ántes.

Los que no temieron se quedaron para apoderarse del dinero i de las armas de los desgraciados americanos, teniendo buen cuidado de poner término a todas las vidas que un último soplo hubiera podido reanimar.

El mas encarnizado en el cumplimiento de esa triste necesidad fué el vengativo Cevallos que parecia parecer rivalizar con su camarada Juan Trededos. Sin embargo, García no le perdía de vista; su mirada penetradora, que parecia mas siniestra que de costumbre, porque iba acompañada de una sonrisa de hiena, espiaba, seguía cada uno de los movimientos del bandido; se habria jurado que el feroz Juan se complacia aun en ver cortar a su camarada las cabezas de los cadáveres o en verle revolver su puñal en los ensangrentados pechos.

—Por el alma de Pincheira! dijo García, señor Cevallos, usted me ha arrebatado hoi por lo ménos la mitad de mi placer; pero no importa, con tal que usted no se me haga un rival mui formidable. Si así llegase a acontecer, usted comprenderá que yo me veria en la triste necesidad de poner orden,

Levantando en alto su antorcha, cuya lumbre esclarecia el rostro de ámbos bandidos, dirigió a Cevallos una mirada medio sardónica i medio siniestra, i luego se fué a examinar los cadáveres de los americanos, con el aire del hombre que busca a alguna persona conocida.

Los demas bandidos se habian vuelto al campamento, de suerte que García se encontró solo en el campo de batalla.

Teniendo con su mano su antorcha i en la otra el largo puñal que no abandonaba jamas, continuó tranquilamente su minucioso exámen, bajando de vez en cuando la luz para ver mejor el rostro de las víctimas, cuando de repente Cevallos apareció de nuevo en el lugar del combate.

—Ah! ¿eres tú? murmuró Juan. Creia que era un oso gris.

—¿Qué buscas todavía? le preguntó Cevallos con una sonrisa que se hubiera tomado por un jesto.

—Busco a uno que no puedo encontrar, respondió el otro. Si se ha escapado esta vez, es menester confesar que es el diablo en persona.

—Si te refieres al jefe de esos condenados yankees, está prisionero en el campamento con uno de sus hombres.

—Caramba! i vengo a deciros de su parte que desea verte en el acto.

—Vamos allá, pues. Estoy impaciente por saber para qué me quiere, i tambien de ver una vez mas a ese valiente americano,

Cuando entraron al campamento, encontraron a toda la partida sentada al rededor de los fuegos, que se habian reanimado con rama, i todo el mundo se gozaba con la victoria tan fácilmente alcanzada sobre los yankees.

El vino circulaba de nuevo, i el placer i el contento de los bebedores parecia mas cordial aun que al principio de la fiesta i ántes del combate.

Los dos prisioneros, amarrados con las bandas de seda encarnada de algunos de los bandidos, estaban tendidos en el suelo, i parecian sufrir cruelmente por lo que se demoraba su suplicio.

—García, amigo mio, le dijo Joaquin, cuando Juan hubo tomado asiento al rededor del fuego; quiero que saqueis a la suerte vos i Cevallos, a ver a quien le corresponde el placer de despachar a uno de esos dos hombres.

—¿Cual? preguntó Juan. ¿el jefe?

—No, el otro: quiero conservar vivo a Arkansaw por algunos dias.

—Pero puede escapársenos, observó Juan. Seria mas acertado que me dejárais dar al traste con él!

Al mismo tiempo que hablaba habia desenvainado su cuchillo i tenia los ojos fijos sobre su enemigo,

—Nó, no, respondió el jefe; tengo mis razones para conservarlo todavía; es menester que os resigneis a esperar por algun tiempo.

—Ah! está mui bien; yo no exijo ni pregunto mas. Que Cevallos se adjudique el otro cuando lo tenga a bien i mejor le

parezca! Por lo que hace a mi, no me encuentro en este instante con apetito!

En este momento se dejó oír una sofofada queja. Cevallos acababa de degollar friamente al compañero de Arkansaw.

—Asunto bien sencillo! dijo el asesino, volviendo a sentarse al lado de Garcia i vaciando un vaso de vino.

—Bien sencillo; en efecto, replicó Valenzuela; no puede ser mas sencillo, pero ejecutado con una enerjía que nuestro camarada Juan Tresdedos no podrá ménos de haber apreciado.

—Vamos, paisanos, gritó otra vez Antonio, vamos entonando otra cancion! De otra suerte nos vamos a volver tontos! ¿Que os estais quedando dormidos? Eh, flojos, el sueño no se ha hecho para la hora despues de la batalla, i aunque el refran diga; *dormirse sobre los laureles*, bueno es saborear esquisitamente los triunfos. Ea, animaos!

La proclama del teniente se quedó sin respuesta.

Las numerosas libaciones a que acababan de entregarse habian dado cuenta de todas las cabezas, i las cuatro quintas partes de la partida dormian profundamente. El resto no tardó en hacer otro tanto, i la fiesta terminó con un coro unánime de ronquidos sonoros i bien acentuados.

XX

Vuelta al Arroyo Cantowa—Persecucion a Joaquin

Habrian pasado diez heras, cuando Joaquin despertó a sus hombres i les ordenó que arrollasen sus tiendas i levantasen el campamento

Aunque sorprendidos con esta inesperada resolucion, obedecieron sin vacilar, i antes que el sol hubiese marcado el medio dia, la partida entera habia dejado el lago Mono i se dirijió hácia el paso de la Sonora.

Arkansaw no iba ya con los bandidos.

Una hora antes de la partida, Juan Tresdedos, que no podia desperdiciar una ocasion tan buena de vengarse, habia muerto, sin decir nada a nadie, al hombre que no habia podido vencer en combate singular.

A Joaquin no se le habia pasado desrpercibido el nuevo crimen de su teniente; ¿pero que hacer con una naturaleza semejante? El jefe habia preferido no decir nada, i finjió no volverse a acordar de Arkansaw.

Por lo demas, en el fondo no habia dejado de pesarle aquella conducta, porque él por su parte reservaba a su prisionero una especie particular de tormento: se proponia ponerlo de blanco al dia siguiente para que apuntara toda la partida.

Llegada a la division sur del rio Tuolumne, Murieta formó su tropa en compañías de diez i de quince hombres, que por caminos diferentes debian trasladarse inmediatamente al Arroyo Cantowa. El mismo, dejando las mujeres al cuidado de Antonio i de Guerra, escijió quince hombres determinados i se dirijió con ellos por el S. E. hácia Curtenville.

Sobre el camino que conduce de la Barra de don Pedro a Swellings, encontró a tres franceses, dos alemanes i dos americanos, que conducian delante de ellos mulas cargadas de provisiones de coberturas i de útiles para el uso de las minas.

No vaciló en detenerlos, i mientras su jente se colocaba a los lados, lista a hacer fuego a la primera señal, el se adelantó hácia uno de los franceses, que no se atrevia a hacer uso de su revólvers, le tomó por el cuello i le intimó que indicase el saco en que iba el oro.

El frances se espidió de la manera mas lenta que pudo, para dar todo el tiempo posible a sus compañeros, a fin de que se preparasen a defender su tesoro; pero los bandidos eran mui ájiles para que fuese siquiera posible el sorprenderlos; en algunos segundos, tres de los mineros cayéron en tierra sin movimiento alguno i cuan largos eran.

Joaquin, irritado por la resistencia que se le oponia, levantó su puñal i amenazó con degollar a los cuatro que quedaban, si ellos mismos no entregaban en el acto todo lo que conducian en dinero.

Los mineros se resignaron, i sacando de entre medio de los pellones un pequeño saco de jergon de lino, lo presentaron a Joaquin, asegurándole que era toda la fortuna de la compañía.

El saco contenia cuatro mil pesos.

Murieta continuó su camino, a pesar de las súplicas de Juan Tresdedos, que queria acabar con los alemanes i los franceses, i ordenó a éstos que se pusieran inmediatamente en camino.

Los cuatro mineros no se hicieron repetir esta voz de mando. Si Joaquin se hubiera dedicado a un exámen sério de su bagaje, habria encontrado seis sacos iguales al primero i que contenian cerca de veinticinco mil pesos de oro en polvo.

En seguida de este nuevo robo, los bandidos atravesaron el rio de la Merced hácia Skllings i torcieron hácia el Este con el fin de llegar a Mariposas.

A dos millas del monte Ofir, Joaquin se vió en la necesidad de interponerse para impedir a Juan Tresdedos que matase a un desgraciado chino llamado Changlio, que inspiraba lástima de solo verlo: tal era el extremo estado de flacura i anguidez en que se encontraba,

Algunas horas despues llegaron a Mariposas. Joaquin tuvo por fuerza que desbandar a su jente, porque al pueblo no podian entrar mas que de dos en dos, con el objeto de no escitar las sospechas. Allí permanecieron ocho dias comiéndose i jngando el dinero que habian arrebatado a los alemanes i franceses.

Al cabo de la semana salieron del pueblo, atravesaron el rio Mariposas, la Chorohilo i el Frezon.

A diez o doce millas de Coarce-Gold-Guch, robaron i mataron a su turno cuatro mineros rusos. Muchos indios, testigos del acontecimiento, se acercaron despues de la partida de los bandidos i despojaron a los cadáveres de los trajes que aun les eran útiles.

Habiéndoseles ballado despues en posesion de estos efectos, fueron designados a otros rusos amigos de los asesinados los cuales los persiguieron, i creyéndolos culpables, los hicieron espigar el crimen de Murieta i sus compañeros.

Estos últimos habian pasado ya el San Joaquin, a quince millas, poco mas o ménos, mas arriba del fuerte de Miller; despues de haberse detenido dos o tres dias en un pueblo indio, a fin de descansar, se pusieron tranquilamente en camino i entraron al Arroyo Cantowa, a donde la mayor parte de sus compañeros habian llegado i acababan de plantar sus tiendas.

Joaquin, garantido ya por la muerte de Arkansaw, habia determinado volver a su antiguo cuartel jeneral i vivir en calma, mas cómodo i mas seguro que en cualquiera otra parte.

Cuando se hubo arreglado todo en el campamento, los bandidos descansaron durante quince dias, al cabo de los cuales Joaquin los envió en compañías al exterior a cumplir diferentes comisiones. Se hacia necesario el procurarse dinero i caballos, i era útil tambien ocupar a la tropa descansada en alguna expedicion que proporcionara frutos razonables, i para esto era menester ponerse al corriente de la topografia del terreno.

Cuando hubieron partido todas las compañías a cumplir con las órdenes de su jefe, Joaquin se encontró en el campo con solo una docena de hombres, entre los cuales se encontraba Antonio, Cevallos i Guerra.

Murieta i sus compañeros se pasaron un mes mui agradable, comiendo, durmiendo, fumando, enamorando i cazando en las montañas. Así llegaron hasta la estacion de las lluvias, que siendo desagradable en todas partes, lo es sobre todo en aquellas elevadas montañas.

Joaquin se decidió a entrar personalmente en campaña a fin de encontrar un punto favorable para la ejecucion de las empresas que meditaba.

Dos dias despues de haber tomado esta resolucion, se dirijió al Norte del Estado, acompañado de Cevallos, que tenia que ir a recobrar el oro enterrado por él i sus compañeros a las orillas del Feather. Despues de algunas paradas cortas en Mariposas, Sonora, Murphy, Mockelum-Hill i Jackson, el jefe i su teniente llegaron a Hangtow.

Comenzaron por cenar alegre i cómodamente en uno de los cafés del lugar; despues Cevallos montó a caballo i se alejó, mientras que Joaquin entraba en un salon de baile, en donde se vió inmediatamente rodeado por una multitud de hermosas chilenas, aficionadas al fandango. Joaquin se espidió perfectamente, i bailó varias veces con una de aquellas señoritas.

Cuando creyó haber adquirido el derecho de descansar, se sentó tranquilamente entre dos de las beldades de aquel lugar i se puso a conversár sobre diversas e interesantes cosas.

El ruido de la conversacion i de las rísas de las dos niñas llamaron mui pronto la atencion jeneral hácia el pequeño grupo, i el descuidado Joaquin observó al cabo que una multitud de americanos lo estaban examinando, i que parecian mantenerse con intencion en el umbral de la puerta.

Reconoció en seguida que entre ellos estaba el conductor de la diligencia que habia detenido cerca de la casa de Roca Blanca; en cuanto a este hombre, el asombro que se pintaba en toda su fisonomía, probaba que por su parte habia reconocido perfectamente a Joaquin.

Sin manifestar el menor temor, ni aun la mas lijera inquietud, el jóven jefe se levantó con la mayor sangre fria. dió las buenas tardes a las señoritas de la manera mas amistosa, se envolvió en una manta i salió.

-- Dispense usted, señor, dijo una voz a su lado, en el momento en que Joaquin llegaba al umbral; yo desearia verme con usted!

Joaquin Murieta se habia lanzado ya sobre su caballo, que estaba atado junto a la puerta del café vecino.

— Está bien, dijo él, remedando la voz del que acababa de hablar, ya estás libre de verme.

I espoleando su caballo desapareció a los pocos segundos dando vuelta el camino.

Despues de una rápida carrera en que corrió mas de quince millas, llegó a Inntion House; en donde dejó su caballo i pasó toda la noche, suponiendo con razon que no se pondrian a perseguirlo hasta la próxima mañana.

A los primeros resplandores del dia, se dirijió al galope hácia el rancho de Taylor, con la intencion de describir en su fuga un semi circulo i de llegar a Fiddletown en tiempo oportuno para encontrar a Cevallos.

Una lijera capa de nieve que habia caido durante la noche, emblanquecia el suelo; pero Joaquin no se inquietaba absolutamente i continuaba tranquilo su camino, contando como seguro que la consternacion se habria apoderado de los habitantes de Hangtown a la primera noticia de su visita.

Acababa de pasar el rancho, cuando sintió tras de sí el galope de una multitud de caballos, i casi al mismo tiempo apercibió corriendo con toda velocidad un cierto número de jinetes armados. La primera mirada le bastó para saber a

qué atenerse: le soltó la rienda a su excelente caballo, que partió con la rapidez del viento.

Los yankees encarnizados en su persecucion, oprimieron con fuerza los hijares de sus caballos, arrojando atroces juramentos i gritos salvajes, a la manera de los indios ménos civilizados; pero tenian que habérselas con uno mas lijero que el rayo.

Abandonando su idea primitiva, Joaquin volvió de repente hácia S. O. i se lanzó a las montañas, bien seguro, por lo ménos, de que a los americanos les habia de costar el dar con el camino.

La pendiente del terreno hacia la fuga mucho mas difícil de lo que se habia imaginado al principio; muchas veces bajando las colinas excesivamente escarpadas, el caballo habia doblado las rodillas.

Al pié de una de las colinas, entre dos rocas, habia un vacío, en medio del cual corria una especie de torrente que iba a engrosar la corriente del rio Americano. Aquel era indudablemente un paso difícil de atravesar, aun para un buen jinete, i el mismo Murieta vaciló ántes de emprender el salto; pero viendo a los yankees sobre la loma, a una distancia de algunos centenares de varas a lo sumo, se lanzó sin reparar en mas.

Un instante despues se hallaba al otro lado del torrente, i su caballo, que acababa de salvar la roca, brillante con el agua en que se habia zambullido, se levantó mas firme i mas dispuesto que nunca.

El jefe de los americanos quiso tambien tentar el paso despues de Joaquin, pero cayó en el agua con caballo i todo. La jente se detuvo inmediatamente despues, disparando sobre el fujitivo veinte o treinta tiros de revólver, de los cuales ninguno le llegó a tocar, i así se decidieron a abandonar su caza.

XXI

Traicion de Berryessa.---Joaquin en peligro.---Su arrojo lo salva

Joaquin continuó galopando por los montes i los valles hasta que se vió completamente fuera de peligro; entónces

salvó el paso de Carson, i al cuarto dia llegó cerca de un campo de mineros establecido a la márjen del rio Walker.

Allí pasó la noche; pero temiendo ser reconocido, volvió a partir con la aurora de la mañana siguiente; el mismo dia se encontró en presencia de un nuevo campo, que calculó pertenecía a algunos indios. Aproximándose un poco mas se vió con gran sorpresa suya delante de Valenzuela i de Juan Tresdedos, para quienes el encuentro era del mismo modo inesperado.

Almorzando los tenientes, comunicaron a su jefe el resultado de su viaje, i le esplicaron por qué se encontraban en ese momento en el mismo punto que él.

Despues de haber abandonado a Arroyo, Valenzuela habia conducido su compañía a Weaverville, obedeciendo las órdenes de Joaquin. Antes de llegar, se habia apoderado de un cierto número de caballos, i habia mandado a quince de sus hombres que los condujeran al cuartel jeneral. Entónces se habia hallado solo con López, Pedro, Castillo, Rafael i García. Perseguidos por muchos rancheros de aquellos a quienes les acababan de robar sus caballos, los seis bandidos no habian podido escapar sino atravesando a nado un torrente mui rápido i caudaloso. Alcanzados por las balas enemigas, López Pedro y Rafael se habian ahogado. Castillo logró llegar al otro lado, pero se encontró inopinadamente al frente de un misuriano que le echó por tierra con una descarga de su rifle. En una palabra, los únicos que habian merecido salvarse eran Valenzuela i Juan Tresdedos.

Llegando a Weaverville, Juan habia querido entrar a una casa de baile, a pesar de las prudentes observaciones de Valenzuela. Cuatro americanos apoyados sobre el mostrador i bebiendo en compañía, conversaban sobre los ladrones de caballos.

Habiendo manifestado uno de ellos la opinion de que Joaquin habia tomado parte en los últimos despojos, i habiendo agregado que daria gustoso su cabeza por ver ahorcar a sus autores, García se habia colocado frente al yankee i le habia dicho en un tono brutal:

—¡Hola! ¿Con que cambiarías tu cabeza por una bala de pistola?

—¿Quién eres tú? le preguntó el minero.

—Si sabes contar, le respondió Juan, mostrándole su mano mutilada, esto debe bastarte.

—¿Tú eres Juan Tresdedos?

—El mismo.

I sin decir ni esperar mas, Juan sacó un puñal e hirió al yankee en el centro del pecho. Una verdadera batalla sucedió a este primer golpe; una multitud de americanos se agruparon i emprendieron la defensa de la víctima, de suerte que los dos bandidos debieron de nuevo su salvacion a sus excelentes caballos, i pudieron ganar el paso de Beckwoth. Llegando al punto donde acaba de encontrarlos Joaquín.

Al dia siguiente de este inesperado encuentro, los tres chilenos continuaron avanzando en direccion a Arroyo Cantowa. Salvaron la garganta del Sonora i el Tolumme por el lado del sur; despues, bajándose del caballo en Ratle-Clack-Bar, entraron en una casa i pidieron de comer.

Un anciano con una hija i un hijo ocupaban la habitacion. El aspecto de los tres chilenos, perfectamente vestidos i armados hasta los dientes, los sorprendió, como era mui natural; pero no dijeron nada, i la niña, que era una hermosa i fresca criatura, preparó la cena en el acto.

Murieta, que bajo su exterior de bandido, ocultaba una verdadera naturaleza de caballero, conversó de la manera mas afable con la hermosa niña, miéntras ella, con la mas graciosa naturalidad, le servia a él i sus compañeros. El anciano miraba con verdadera sospecha la voracidad de sus huéspedes, pero se guardaba sus impresiones.

Cuando la cena hubo terminado, Valenzuela se levantó i se adelantó hácia el jóven, que se hallaba sentado junto a la chimenea, i poniéndole el revólver en el pecho, le preguntó si se oponia a que la casa fuese saqueada.

—I si tienes algunas objeciones que hacer, dijo el bandido, habla pronto.

—Señor, exclamó el anciano, ya sospechaba yo que éstos no habian de ser mas que bandidos! I se puso a exhalar gritos tan fuertes i penetrantes, que Juan Tresdedos se vió en la necesidad de amarrarle un pañuelo en la boca. Ya el jóven habia consentido en que robasen la casa, i ésta fué completamente trastornada i despojada en poco tiempo.

En fin, los bandidos se retiraron, llevándose algunos centenares de pesos.

Cerca de Mariposas, Joaquin reflexionó que la poca prudencia de Juan podría traerle serias dificultades, i lo mismo Valenzuela, durante su permanencia en Weaverville, i determinó entrar solo a la ciudad.

En consecuencia, ordenó a sus compañeros que se volvieran solos al cuartel jeneral, mientras él permanecía dos o tres dias en la casa de uno de los compañeros de la partida llamado Juan Berryessa.

Este hombre les habia hecho algunas veces magníficas indicaciones a algunos miembros de la tropa, i de vez en cuando les habia prestado dinero i caballos. Joaquin le habia reconocido i recompensado jenerosamente estos servicios, i consideraba a Berryessa como un amigo sincero i fiel.

Sin embargo, la realidad era muy diversa; sin manifestarlo, Berryessa le tenia a Joaquin un odio mortal, i siempre andaba buscando una ocasion favorable para desembarazarse de él i entregárselo a los americanos. En este momento, persuadido de que la ocasion era buena, buscaba activamente el mejor modo de consumir su traicion.

Tres o cuatro dias habian trascurrido desde la partida de Valenzuela i Juan Trededós. Una tarde que Joaquin andaba recorriendo los fandangos, con la esperanza de encontrar algun amigo suyo, notó, de repente i por casualidad, que el forro de su revólver estaba vacío. Pensó que el arma se habria escurrido sola i que estaria sobre su cama; inmediatamente volvió a la casa para buscarla.

Se detuvo frente a la caballeriza situada al lado de la casa, a fin de ver si su caballo estaba bien provisto de forraje, despues entró por la puerta de atras de un pequeño cuarto vecino a la cocina que Berryessa habia cedido a su huésped. Mientras avanzaba en la oscuridad buscando vela i fósforos, oyó la voz de dos personas que conversaban juntas en la pieza vecina: una de ellas, a juzgar por su acento, era un americano.

En cualquier otra circunstancia, Joaquin no habria hecho alto en aquel incidente; pero su nombre, pronunciado con mucha claridad por los dos interlocutores i de una manera que no tenia nada de cordial, le movió su curiosidad.

Aunque el pensamiento de que su amigo pudiese conspirar contra él tenia algo de mui absurdo para que él fuese a acogerlo, tuvo curiosidad de saber por que se habia pronunciado su nombre, i este motivo le pareció suficiente par escuchar la conversacion. Atravesó, pues, la cocina, caminando en puntillas i aproximó el oido a un tabique de madera que separaba ámbas piezas.

— Sí, dijo Berryessa, con eso quedará satisfecha mi venganza, porque él me ha ofendido mortalmente en diversas ocasiones, ya sea aquí, ya en Méjico. Además yo tengo necesidad de dinero Mis pérdidas al monte me han obligado a vender mi rancho, precisamente en la mitad de lo que vale, i . . . Pero ¿cual es la cantidad ofrecida como recompensa? . .

— En cuanto a eso, no sé nada, dijo el otro. Aguarda; calculo que sean de cinco a diez mil pesos!

— Dame mil mañana temprano, i lo tendrás.

— ¿Pero estás seguro de que es el mismo? Si me lo confirmas puedo reunir la suma en el instante en que me la pidas; ese si que seria buen negocio... Pero volveré a repetirte, ¿estás seguro del asunto?

— Como no he de estar! Lo conozco demasiado i hace mucho tiempo para que me pueda engañar.

— ¿En donde está ahora? Me dices que está a algunas millas de aquí, pero ¿donde?

— Caramba! ¿que me has visto cara de tonto?

— Yo podria tomarte ahora por un cómplice, un miembro de la partida i aplicarte la lei Linch.

— ¿Te parece asi? Pero tú no tienes ni siquiera una prueba de que yo te haya hablado jamás.

— Bien, bien. Yo no quiero ni tengo necesidad de enemistarme contigo Si quieres, puedes entregárnoslo esta noche.

— Perdona! ¿Que entiendes por *entregárnoslo*?

— Eh! con mil demonios; ¿que te figuras que yo podria apresar solo? Nó, nó. he oido hablar demasiado de lo que es ese individuo para que vaya a atreverme a presentármele solo. Seremos tres, i uno de mis compañeros sera precisamente el que me proporcionará la suma exigida por tí.

— Oh! entónces está mui bien! Comprendido! El asunto queda convenido i arreglado; me pagarás la suma fijada una vez que lo hayas capturado, sea muerto o vivo.

— Os lo pagaremos, con tal que, seás sério en el cumplimiento de tu compromiso.

— No hai que recomendarme la seriedad. Ahora estoi mas sério que nunca; pero te aseguro que a no haber sido tan desgraciado en el monte, exigiria tres veces mas de lo que ahora pido por el pajarito. Indudablemente, la tarea que me impongo es harto pesada!

— ¿A dónde i cuándo podremos apoderarnos de él?

— En esta misma casa i dentro de dos horas, con tal que me traigas listo el dinero estipulado.

— Está bien! Estaré de vuelta dentro de diez minutos, i mañana por la mañana habrá terminado la carrera de Joaquín. Espérame.

Con estas palabras el americano salió, cerrando la puerta tras sí. Un segundo despues, Murieta se lanzó al cuarto como una fiera, i sacando un puñal, tomó por el cuello al miserable Berryessa, a quien esa repentina aparicion habia petrificado.

— Silencio! le gritó Joaquín, al primer esfuerzo que hizo el otro para hablar. Has pronunciado tu última palabra sobre la tierra.

— Con que, agregó despues de una pausa de algunos segundos i estrechando vigorosamente la garganta de su antiguo cómplice; ¿con que querias traicionarme por dinero i para vengarte? tú, vengarte! ¿i de qué? ¿No habia sido yo siempre tu mejor amigo? ¿Necesitabas plata i me vendias en cambio de unas cuantas onzas de oro, haciendo creer al comprador que el móvil principal de tu especulacion era venganza? ¿A quién de los que andan en mi compañía podré confiarme en adelante? Los que como tú se han mostrado siempre tan abnegados, pueden traicionarme i entregarme en un momento dado al mas villano de mis enemigos! I tú eres Berryessa? tú a quien suponía yo el mas fiel, el que has procedido así! Berryessa, vas a morir!

Sepultó su puñal en el pecho del traidor mejicano, cuando abriéndose la puerta, se encontró frente a frente del yankee cómplice en el trato que acababa de sorprender.

El americano, llegando al fin de la terrible escena que acababa de consumarse, dejó caer la talega que llevaba a Berryessa i sacó su revólver.

— ¿Quién eres? le preguntó.

—Yo soi el hombre a quien has comprado mediante esa suma, dijo Murieta, señalando el saco.

—Entónces ¿tú eres Joaquin? Ríndete o eres hombre muerto!

—Está mui bien; pero en este caso, muerte por muerte! Apunta bien, porque una vez que hayas hecho fuego, yo esgrimiré mi puñal.

—Yo preferiria tomarte vivo, i tú harias tambien mucho mejor en entregarte desde luego, porque es materialmente imposible que te escapes. Mis dos compañeros estarán aquí antes de cinco minutos; he querido que estuviesen presentes cuando derramara esa plata en manos del hombre a quien acabas de asesinar.

—Que acabo de castigar, querrás decir.

—Bien, bien! Es cuestion de palabras, i eso no hace al caso. Abajo ese puñal o disparo!

—El destino está contra mí, dijo Joaquin i veo que ha llegado a su término mi carrera. Toma, apodérate de esta arma! Lo único que suplico es que si se me ahorca, se me entregue a la justicia i no al populacho.

—Todo eso haré gustoso por mí, respondió el otro, i avanzó la mano para tomar el puñal.

Aprovechando el momento en que su enemigo estaba con el brazo estirado i el revólver inclinado, el intrépido bandido se lanzó sobre él, con la ajilidad de una pantera, le trastornó por el suelo i le atravesó el pecho con su puñal; despues, apoderándose del revólver que habia caido al suelo, salió del cuarto en el instante mismo en que entraban los compañeros del americano. Sin tomarse el tiempo de ensillar su caballo, montó en pelo, i se alejó de aquel lugar de traiciones i de asesinatos, a rienda suelta.

Se hallaria apénas a cinco millas de Mariposas, cuando ya estaba reunida toda la poblacion, i numerosos jinetes se ponian en persecucion del audaz bandido en todas direcciones. Pero ninguno de ellos tenia un animal de los brios i de la rapidez del caballo de Joaquin, i harto habrian hecho con alcanzar a divisarlo sobre una colina o a la entrada de un bosque.

Dos semanas despues de esta peligrosa aventura, Murieta llegó al cuartel jeneral, en donde encontró reunida a casi toda

su jente i mas de cuatrocientos caballos, que habian robado en distintas poblaciones i caseríos del Estado.

El jóven jefe esplicó en breves palabras a sus subalternos la causa de su larga ausencia; despues se retiró con Clarina, que lo impuso de todo lo que habia ocurrido en el campamento desde su partida.

Entre otras nuevas, Joaquin supo que uno de sus afiliados de San Luis Obispo, llamado Juan Tejas, se habia presentado en compañía de dos individuos mas, que aunque completamente desconocidos por la partida, habian sido recomendados por Juan como excelentes i de simpáticas relaciones.

Se habian puesto en campaña para apoderarse de algunos caballos, i por casualidad se habian encontrado en los alrededores del cuartel jeneral. Una gran partida de los miembros de la banda habia estado a punto de arrojar del campamento a los intrusos; i aun hasta de matarlos, en la persuacion de que eran sencillamente unos espías; pero algunos que se habian encontrado en distintas ocasiones con Tejas en la Baja California, dieron fé a sus palabras i defendieron su causa tan calurosamente, que los demas camaradas consintieron en conservar la vida de los adversarios hasta la vuelta del jefe al cuartel jeneral.

Al momento que supo lo que acontecia, Joaquin ordenó a Antonio que le condujera los prisioneros a su presencia.

XXII

Juan Tejas

Diremos algunas palabras sobre los antecedentes de Tejas i sus compañeros.

Juan Tejas, era un pillo en toda la estension de la palabra, agregándose ademas que era yankee, i como tal, mal mirado por la compañía.

En la época de la batalla de San Jacinto (1836), tenia doce años. Cuando su padre, un atrevido militar, partió para el ejército, Juan quiso seguir la espedicion, pero no se lo permitieron. Deseoso de probar que podia batirse con cualquiera otro, riñó caprichosamente con un indio, le hirió mortalmente en la pelea, le cortó la cabeza i conservó el trofeo para

presentárselo a su padre a su vuelta de la campaña en que habia triunfado.

Juan Tejas se encontraba en San Francisco en el mes de Junio de 1851, en compañía de Lonsiannis Fred, el indio, de Bill Flanders; un ganapan que habia tenido que abandonar a Mariland a toda prisa, i un mejicano conocido con el nombre de Monte, diminutivo de Motezuma.

Los cuatro bandidos poseian cierto número de caballos i de mulas que habian robado en los valles de San Joaquin i de San José, i los ocultaron en una alameda de la calle de la Mision, cerca de la avenida Primera, i en compañía se trasladaron a una taberna próxima a la antigua oficina de policía. En esa casa se alojaban naturalmente muchos policiales, i entre ellos uno llamado Mc. Catz, a quien una enfermedad retenia en la cama.

Desde su cuarto el oficial de policía oyó i reconoció la voz de Fred el indio; lo hizo llamar i le aconsejó que abandonase inmediatamente la ciudad, advirtiéndole que tenia sobre sí tres acusaciones de robo, i que ademas se le miraba como autor de un asesinato recientemente cometido en un condado vecino.

Fred comunicó a Tejas lo que pasaba, i partió para Stockton con los otros dos compañeros. Apenas se separaron de allí, le vendieron el mejor caballo al dueño de la taberna; el mismo dia Tejas condujo a los demas al mercado, en donde los vendió a lance.

En seguida se trasladó a quince millas de aquellos lugares por el camino de Santa Clara, entró en un rancho a donde el tabernero habia conducido el caballo que acababa de comprar, se volvió a apoderar de él i lo condujo al mismo paso a la mision de San Luis Obispo.

Allí trabó relaciones con Murieta i algunos de sus hombres, en una casa mal provista i dirigida por un tal Víctor L. Narris, colocada entre la mision i el punto mismo donde desembarcaban los marineros.

Tejas tuvo en una ocasion lá felicidad de hacerle un servicio a Joaquin, proporcionándole ciertos datos sobre algunos individuos que le perseguian; el jefe chileno, para no quedarle debiendo el favor, le regaló un magnífico caballo, digno bajo todos aspectos, de rivalizar con el famoso *Black Boss* de Dick Turpin.

En el curso de sus correrías, Tejas había tomado la costumbre de acampar durante la noche, i de dormir colocando su cabeza entre las patas delanteras de su caballo. Una noche, mientras reposaba así a los alrededores del pueblo de San Antonio, se despertó de repente, sintiendo que su caballo le tiraba el pelo con los dientes. Apenas se puso de pié, apercibió tres o cuatro individuos, indios o mejicanos, que adelantaban con mucha cautela por un lado, con la intención, sin duda, de despojarlo i de asesinarlo. En el momento en que se lanzó sobre la silla i huyó a toda rienda, las balas silbaron en sus oídos i se perdieron en el espacio.

Llegó por fin a San Benito, en donde se ocultó entre la yerba, al lado de una casa de adobes; el caballo, que no era ménos inteligente que su amo, se recostó como un perro a su lado i relinchó dulcemente como para felicitarle por haber escapado con tan buena fortuna de entre las manos de sus enemigos.

En fin, Tejas fué procesado por ladron i enviado a San Quintin, en donde permaneció hasta 1857.

Cuando Juan Tejas i sus compañeros estuvieron en presencia de Joaquin, el jefe justificó su detención i les permitió partir inmediatamente. Algunos miembros de la partida hicieron presente sus objeciones, de tal manera, que Murieta, temiendo que fueran a asesinar a los tres infelices, creyó necesario hacerlos escoltar por Valenzuela, Juan Tresdedos i cuatro mejicanos, hasta la mitad del camino de la orilla del San Joaquin.

Apénas se habrían alejado diez i seis millas del campo, cuando Juan Tresdedos se lanzó sobre uno de los americanos i le descerrajó su revólver a boca de jarro. Cuando vieron esto, Tejas i sus otros compañeros espolearon sus caballos i se pusieron en fuga, con la velocidad que les fué posible, para escapar a la ferocidad del sanguinario Juan.

Tejas era el único que podía evitarlo; su compañero, que no iba tan bien montado como él, fué alcanzado al poco rato, i apesar de la mas valerosa defensa, sucumbió bajo el puñal de su adversario.

Viendo que le seria imposible ganarle terreno a Tejas, que se hallaba a cincuenta metros de él, Juan Tresdedos se decidió a hacer alto, i le gritó al yankee, disparándole tres tiros de revólver:

—¡Que te vaya bien, viejo camarada! Puedes envanecerte de haber escapado de una buena.

I el bandido! despues de estas palabras, volvió a juntarse con sus compañeros, que al primer disparo se habian quedado estupefactos, sin atreverse a hacer ni a decir nada en defensa de los desgraciados prisioneros.

—Acabas de hacer una sandez, dijo Valenzuela; pero presumo que habrás recibido órdenes secretas de nuestro jefe.

—¿Órdenes? exclamó Garcia. ¡A té mia que nó! Ninguna orden mas que las que se impartieron a tí.

—¡Como! ¿Tú has echado sobre tí la responsabilidad de la muerte de esos dos hombres?

—¡Por supuesto, caramba! I habria hecho otro tanto con el tercero si lo hubiera merecido atrapar; pero se ha salvado el condenado yankee, corriendo con una lijereza que parecia que llevaba fuego en las espaldas.

—¿Que objeto has tenido, volvió a preguntar Valenzuela, entregándote así a una inútil carniceria?

—¡Inútil! Que inútil! ¿Inútil es matar a dos americanos? Vaya, hombre, ya va estando bueno que te vayas a Chile a meterte de fraile? Que milagro que no te has desmayado al ver el poco de sangre que se ha derramado! Supongamos que se nos hubiera escapado, ¿Que habria acontecido?

—En efecto, ¿qué habria acontecido?

—Nos habrian traicionado.

Sí; pero has olvidado el que uno de ellos se ha escapado, i puede ser mui bien que así nos hayamos hecho enemigos de un hombre que, i tengo razon para pensarlo así, jamás ha sido otra cosa que un buen amigo nuestro. El creerá que tú has procedido segun las órdenes de Joaquin.

—Que piense lo que se le antoje, murmuró el feroz Juan; me rio de él como me burlo de tí!

A la vuelta al campo, se tuvo buen cuidado de no referir nada de lo que habia ocurrido en el camino; cada uno de los bandidos estaba en situacion de temer la cólera de su jefe, porque los compañeros de Juan se habian hecho cómplices de su crimen no habiéndolo sabido impedir.

Una semana despues es decir, en los primeros dias del mes de Marzo de 1853, comenzó una série de salteos que sembraron el espanto i terror en el pais.

Los bandidos habian escogido para teatro de sus aspiraciones, los tres condados mas ricos del Estado de California, el Dorado, Calaveras i Tuolumme, i jamás se vió un pais mas pronto i completamente devastado.

Algunas compañías sueltas, que se componian de cuatro o cinco hombres, o de una docena a lo mas, habian sido diseminadas por toda la estencion de los condados, i fué tal la variedad, el número i la rapidez de sus operaciones, que seria imposible tratar de narrarlas.

El robo, el asesinato, i el incendio, el pillaje, tal era el tema de todas las conversaciones de las comarcas. Algunas de esas abominaciones se cometian en pleno dia; pero siempre se reconocia la mano i la presencia de Joaquin; se sentia que todas esas proezas eran el fruto de sus propias combinaciones, que habian jermiado i madurado en su caletre, i se sabia ese gran dramaturgo que hacia siempre el principal actor de su tragedias.

Aunque las numerosas líneas de esa accion, tan vasta i tan complicada, eran todas divirjentes, se juntaban por medio de un hilo comun, partian del mismo punto e iban al mismo objeto: un objeto que Joaquin mantenia secreto en su corazon,

No habia en todo el Estado un solo pueblo de alguna importancia que no estuviera dotado de numerosos espías, segun la necesidad de la causa, nunca faltaban lugares de refujio para ocultar a sus heridos i a los caballos robados, i se podrian citar tales o cnales ranchos, habitados por jentes honradas i mui respetables a los ojos del mundo, en donde encontraban todos los socorros de que habia menester.

Robando i salteando por todo el camino, llegó Murieta con su jente, una noche de Marzo a uno de los bancos del rio Tuolumme. La lancha que servia para atravesarlo estaba amarrada a la orilla, de suerte que les era imposible pasar solos como lo habian hecho en otro tiempo.

Se dirijieron, pues, a casa del lanchero i le encontraron tan profundamente dormido, que se vieron obligados a echar la puerta abajo para despertarlo. Salió todo espantado i se informó del objeto con que se le buscaba.

—Queremos atravesar el rio, dijo Joaquin; pero antes de

alejarnos de aquí, deseamos que nos prestes toda la plata sellada que tengas en tu poder.

Joaquin habia sacado su revólvers i lo tenia asestado a la cara del pobre diablo.

—Oh! señor, le dijo éste, no habia necesidad de semejante demostracion! Confio completamente en usted, i voi a entregarle cuanto tengo en mi poder!

—No lo mataré, le dijo el jefe con un movimiento verdaderamente magnánimo, eres pobre i jamás me has hecho mal. Pásanos al otro lado i yo te pagaré por la incomodidad que te hemos dado i el perjuicio que te hayamos hecho.

Hemos referido este episodio con el objeto de demostrar que en ciertos momentos brillaban en el fondo del corazon de Joaquin los restos de esos nobles sentimientos que constituan su carácter primitivo.

Al mismo tiempo hemos pretendido dar con él una respuesta a los que decian que habia perdido toda idea jenerosa, todo pensamiento de humanidad.

La pequeña tropa llegó sin mas aventura a la vencidad de Stockton despues de una marcha de dos dias, se acampó a tres millas de la ciudad, bajo un monte de encinas, de los que se encuentran frecuentemente en California.

Un Domingo por la mañana, en que hacia un tiempo precioso, en el momento en que las campanas repicaban llamando a misa a los feligreses, miéntras los hombres que acababan de afeitarse i vestidos con todo aseo i cuidado, se formaban en corrillos en cada esquina de la calle para admirar al paso los pequeños piés i el gracioso porte de las bellas damas, se vió pasar de repente por el pueblo a un extranjero, a quien nadie habia visto ántes.

Era un buen mozo, de ojos negros i vivos, de cabello abundante de color de azabache, que le flotaba sobre la espalda.

Se paseaba tranquilamente, mirando con una especie de indiferencia lo que parecia llamarle un poco la atencion.

Estaba tan bien vestido, montaba un caballo tan rico i tan magníficamente aderezado, que aunque nadie lo conocia, fué el blanco de las conversaciones i de todas las miradas.

—Qué buen mozo! decian las damas. Pero mírenlo!

—Ese debe ser, por lo ménos, decia otra, algun jóven noble que viaja por divertirse.

—Por lo que hace a mí, dijo la otra, yo creo sencillamente que es hijo del jeneral Vallejos.

—No creo que el jeneral tenga hijos, dijo otra.

I las demas tomaban tal interes en esas conjeturas, que estoi seguro que el prosaico sacerdote que predicaba desde lo alto de la cátedra del Espíritu Santo, no predicó mas que para sí solo.

El jóven caballero que habia llamado la atencion de una manera tan extraordinaria, se detuvo de repente, al pasar por una casa en cuya esquina estaban pegados una multitud de carteles mui vistosos, A la cabeza de uno de ellos se leian las siguientes palabras:

CINCO MIL PESOS DE RECOMPENSA

al que entregue

A JOAQUIN, MUERTO O VIVO

Apénas leyó el jóven esas líneas, saltó del caballo, tomó su lápiz i escribió algunas palabras al pié del aviso, volvió a montar, i salió de la ciudad tranquilamente como si nada le hubiera ocurrido.

Una docena de personas, por lo ménos, atraidas por la curiosidad bien natural, se adelantaron entónces por ver lo que habia escrito con lápiz. Hé aquí lo que pudieron leer:

«I yo doi 10,000 pesos.—¡Joaquin!

Es fácil figurarse cuántas exclamaciones de asombro acojieron esa lectura.

En toda la semana no se habló mas que de ese acontecimiento, por lo ménos entre las damas. Todas pretendian haber presentado a la primera mirada quién era aquel jóven i galante caballero. Todas habian distinguido en su fisonomía alguna cosa particularmente estraña, entre otros detalles, una espresion siniestra en la mirada; i todas habian adivinado inmediatamente, aunque ninguna, o mas bien dicho muchas de ellas, ni siquiera habian oido hablar de él, que ese elegante mozo no podia ser otro sino Joaquin,

XXIII

Asalto de una goleta i otras hazañas de la banda de Murieta

El hecho estraño que acabamos de referir no impidió a Joaquin el volver de vez en cuando a la ciudad, bajo diversos disfraces, con el objeto de conocer por sí mismo lo que tenia deseos o necesidad de saber.

Una tarde se le informó de que a la hora de la marea debia zarpar una pequeña goleta de Stockton para San Francisco. Abordo se encontraban dos mineros de Campo Seco, en el contado de Calavera, que, cargados de oro, iban a tomar pasaje para volverse a Estados Unidos.

Joaquin llevó consigo a tres de sus hombres que se encontraban rondando por el pueblo, i montando a toda prisa en una pequeña barca, fué a ocultarse en un banco de la ribera, en medio de los arbustos i de las yerbas. Los mosquitos le fastidiaban i atormentaban de tal manera, que hubo un instante en que estuvo a punto de desistir de la empresa i abandonar la ocupacion; pero la perspectiva de un magnifico negocio, despues de bien reflexionado, le hizo perseverar en su primer intento.

Se arrepintió mucho de no haber andado trayendo fósforos; habria podido encender fuego i librarse de los mosquitos, ahuyentándolos con el huano; pero se consoló pensando que la perseverancia es siempre recompensada, cuando se desea una cosa posible, i continuó esperando pacientemente durante tres horas mortales.

En fin, vió aparecer la goleta, que constantemente inclinada rompía las olas con lijereza de ave marina. Cuando se halló bien al frente del balcon, Joaquin i sus compañeros remaron hácia élla, i atracándose a su costado, se lanzaron a bordo e hicieron fuego, sin decir una palabra, sobre la tripulacion, que no se componia mas que de dos hombres,

Los desgraciados no tuvieron tiempo ni para tomar sus rifles, al primer disparo cayeron en el entrepuente. Los dos mineros, que entendian el manejo del revólver, se lanzaron de la cámara con el arma lista i pronto a defenderse; pero ya la partida no era igual. Bandidos i mineros tiraron a un tiempo. Dos hombres de los de Joaquin cayeron muertos en el acto; a los dos mineros les cupo la misma suerte.

Joaquin i sus compañeros se apoderaron de sus cinturones, que contenian su fortuna; despues, algunos fósforos encontrados en la cámara, les bastaron para allegarle fuego al buque, que en breve, quedó convertido en presa del mas voraz incendio.

Cuando amaneció, ya no quedaban trazas del crimen; apenas se divisaba en el horizonte de la mar un punto negro que se movia i ajitaba al capricho de las olas i del viento.

Con su audaz operacion, Joaquin acababa de realilar doce mil pesos de oro en polvo.

Al dia siguiente, despues de haber enviado a Juan Tresdedos con otros al cuartel jeneral, Joaquin partió con Valenzuela para Sacramento.

Allí permanecieron cerca de una semana, i tomaron pasaje para San Francisco, donde llegaron a las once de la noche. Se dirijieron como pudieron al través de la oscuridad i se detuvieron delante de una casa situada en la calle Pacífica, cerca de la calle Dupont. Golpearon unas cuantas veces, i al cabo de esperar un cuarto de hora, uno se decidió a abrir la puerta.

—¿Quien es? preguntó una voz.

—Amigos! señor Blanco, respondió Murieta, i mui buenos amigos!

—¡Ah! ya los conozco, paisanos, respondió la misma voz; entren, entren! Hacia dias que los estaba aguardando.

—¿De veras? dijo Valenzuela, entrando despues de Joaquin, mientras que el señor Blanco cerraba i atrancaba sólidamente la puerta tras ellos. ¿Como podiais estarnos esperando? ¿Que eres májico, por ventura, para adivinar lo que ha de acontecer?

—Por lo ménos te habrá venido a avisar algun espíritu del Monte Diablo? agregó Joaquin.

—Nó, nó; nada de eso. Los datos me los proporciona un miembro de la compañía. Venid, yo os mostraré a ese sujeto en persona, aunque, a decir verdad, él no ha de ser capaz de reconocerlos, porque está muerto de puro borracho hace ya cuarenta i ocho horas. ¡Caramba que es un guapo mozo! Cuando os oí golpear la primera vez, sospeché fuerais enemigos i traté de despertar a aquel compañero, por eso es que me he demorado tanto en irlos a abrir.

—Está mui bien, dijo Joaquin; pero ¿cual de nuestros compañeros puede hallarse aquí?

—Ven a verlo tú mismo, le respondió Blanco. Por aquí; hé aquí la puerta. Hace tanto tiempo que no os acercais por aquí, que no tiene nada de estraño que hayais olvidado las entradas de la casa. Sé incendió despues de vuestra última visita, pero yo la volví a edificar exactamente igual a lo que era. Ahora, hé aquí al hombre en cuestion.

Joaquin i Valenzuela entraron a una pieza grande en donde se detuvieron.

—¿En donde está? preguntaron.

Joaquin avanzó hácia la mesa, tomó la lámpara i se aproximó con ella donde el dormilon.

—Como! exclamó retrocediendo de repente, ¿Garcia aquí?

—Sí, respondió el señor Blanco. El me ha dicho que tu le habias ordenado que se volviese al cuartel jeneral; pero ha tenido la buena fortuna de encontrar en sus bolsillos un poco mas de dinero que de costumbre, se ha venido aquí a procurarse un poco de distraccion.

—Está bien, dijo Valenzuela, pero veamos si logramos despertarle.

I aproximándose a su vez, le aplicó a su camarada unos fuertes puñetazos, que lejos de producir el deseado efecto, no hicieron mas que arrancar a Juan Trededós algunas sordas exclamaciones i juramentos entrecortados, mezclados con unos cuantos carambas!

Sabiendo bien que le seria imposible despertar a García e imponerse de todos sus hechos i hazañas desde que salió del campamento: temiendo, por otra parte, que lo comprometieran las imprudencias de su teniente; Joaquin tomó el partido de sacarle el cuerpo, si era posible durante todo el tiempo que se viese obligado a estar en el pueblo. Con este objeto compró una tienda que estableció en una de las alturas de San Francisco, próxima al hotel de Fremont, es decir, vecina de la calle de Bateria de Vallejo.

Todas las tardes, Joaquin i Valenzuela dejaban su asilo para visitar respectivamente a la Bella Union, Diana, el Dorado i las otras casas de juego.

Perdian i ganaban montones de oro con una facilidad una calma, una gracia i un buen humor que excitaban la admira-

cion de todos los concurrentes i de todos los banqueros, que son, como todo el mundo sabe, la jente mas impasible.

Una tarde, los bandidos acababan de entrar a la Bella Union i se preparaban a sentarse cerca de una mesa en donde se jugaba al *faro*, cuando les llamó la atencion de repente otra mesa, alrededor de la cual se estrechaba un gran número de curiosos, siguiendo los pasos de una interesante partida de *monte*.

Los dos hombres se aproximaron, i vieron a Juan Tresdedos sentado casi al frente de ellos, que tenia por delante de cinco o seis mil pesos. Acababa de ganarlos, i ya el banquero barajaba tranquilamente las cartas para proceder a una nueva partida. Por fin, el último sacó un rei i una sota, que arrojó una al lado de la otra sobre el tapete; Juan, sin vacilar, colocó todo su haber sobre el rei. El banquero continuó sacando cartas i apareció la sota; en pocos segundos arrastró cuidadosamente las pilas de oro de su adversario, sin dejar aparecer en su fisonomía una sonrisa de satisfaccion siquiera. García ordenó al mozo que le trajera un vaso de brandi que vació filosóficamente, i salió de la sala de juego sin articular una palabra.

Joaquin i Valenzuela no fueron apercibidos por su camarada. Permanecieron aun una larga hora en la Bella Union, pasando de mesa en mesa, ganando aquí, perdiendo allá, i despues se retiraron sin aventura notable; luego se dirijieron hácia el lado de una casa de baile chilena, situada en la calle de Jackson en donde encontraron un cierto número de sus compatriotas, que danzaban en una atmósfera de polvo i humo, al sonido de un tambor, de un mal violin i de un flautin. Se mezclaron con la muchedumbre, i pasaron allí una parte de la noche.

Era un poco mas de las dos de la mañana cuando los dos bandidos dejaron la sala de baile para dirijirse a su tienda.

Joaquin habia perdido al juego una suma considerable; de suerte que sacando las cuentas, él i su compañero apénas se encontraron en posesion de un centenar de pesos. Esto era poco para un hombre que habia gastado doce mil pesos en el espacio de una semana.

Valenzuela propuso a su jefe el hacer un viaje a la mision de San José, en donde tenia un asociado que no vacilaria en prestarles algunos millares de duros mediante un buen interes.

Joaquin rechazó esta proposición, por razones de que no creyó deber imponer a su teniente, i prefirió volver a Sacramento, en donde había dejado los caballos al cuidado de un tal Pardillo.

Estando alojado en una barraca de maderas que se encontraba en dirección de su carpa, los dos chilenos oyeron de repente el sonido de una voz, en medio de la cual podían distinguirse interpelaciones violentas i juramentos, i luego alegres exclamaciones i estrepitosas carcajadas. Pasaron i repasaron muchas veces delante de esa ruidosa casa, i finalmente, no oyeron nada, cedieron a la curiosidad i se detuvieron para oír mejor.

—Inmediatamente, es la voz de García dijo Joaquin, que acababa de apereibir una de las imprecaciones favoritas del feroz bandido.

El jefe se inclinó i miró por una de las rendijas que había entre las tablas mal unidas de la cabaña. Su compañero hizo otro tanto. Ambos pudieron entónces presenciarse, sin ser vistos, una escena llena de interés, casi imposible de describir.

Al través de la atmósfera del cuarto vagaban los vapores del ron i del whisky, juntos con el olor acre del humo de las pipas.

Muchos grupos de hombres estaban sentados al rededor de media docena de mesas, en su solo aspecto indicaban los caracteres mas depravados i mas viciosos; en fin, los caracteres de jentes capaces de todo.

Sobre cada una de las mesas había naipes; cada hombre tenía delante de sí un gran vaso de estaño que llenaba de vez en cuando con el licor o mas bien el veneno que contenía un barril abandonado en unos de los rincones del cuarto.

En la chimenea había un juego mal encendido, que arrojaba sobre las fisonomías de los concurrentes algunos reflejos rojos i siniestros que adornaban la escena; ese fuego parecía querer hacer concurrencia a la única vela que esclarecía aquella estraña pieza, que se asemejaba a un vago resplandor que se estingue al través de espesas zarzas.

En una de las mesas, la mas próxima al fuego, estaban sentados cuatro bandidos de la mejor facha: uno de ellos era nada ménos que Juan Tresdedos, cuyos ojos, que arrojaban de vez en cuando verdaderos relámpagos, estaban mas espantosos por la estraña atmósfera en que se proyectaban sus miradas.

Sus compañeros eran Pedro Sanchez, Juan Borilda, i Joa-

quin Alarco, todos tres pertenecian a la banda de Murieta, que los empleaba como espías: Sanchez en el territorio de la Sonora i de Columbia, Borilda en Stocktos i el tercero en la mision de San Luis Obispo.

Los otros grupos se componian de ingleses, irlandeses i yankees, que parecia habian bebido mucho mas de lo razonable, lo que no impedia que llenasen de nuevo sus vasos.

A pesar del tumulto que reinaba en aquella compañía poco disciplinada, Joaquín i Valenzuela pudieron oír distintamente algunas frases brutalmente lanzadas por Juan Tresdedos, i cuyo sentido no dejó de sorprender bastante al jefe de los bandidos.

—Vosotros habeis sido bastante recompensados ya, esclamaba Garcia, i no aflojaré un peso mas. La cantidad no ascendia mas que a seis mil pesos, i a cada uno de vosotros os he dado mil. ¡Caramba! ¿pretendeis, por ventura, que os distribuya partes iguales con la mia, cuando vosotros no habeis tenido mas trabajo que conducirme el hombre, i cuando yo solo he sido el que me he tomado el trabajo de matarlo? Nó, nó; este es un asunto concluido, i en adelante yo trabajaré solo!

Despues, como para afirmarse mas en su resolucion el bandido dió sobre la mesa un puñetazo tan vigoroso que se hubiera dicho que era un golpe de maza. Por lo demas, eso queria significar que no habia que jugarse con ese puño.

XXIV

Persecuciones contra Joaquin Murieta.—Un falso Murieta

Miéntas que Juan resolvía de una manera tan enérgica la cuestion de distribucion, una escena que no era menos interesante aparecia en el otro extremo del cuarto.

Uno de los individuos que bebían por ese lado, en el instante mismo en que Juan terminaba sus cuentas de una manera tan decidida, se avanzó hacia el fuego, i despues de haber mirado a nuestro bandido con unos ojos medio asombrados i medio estúpidos, se volvió a la mesa i murmuró algunas palabras al oído de sus compañeros. Indudablemente tenia su importancia aquel secreto, porque tuvo el privilegio de

hacer levantarse en el acto i de hacer salir a seis individuos de los ocho que estaban en la mesa.

Murieta i su teniente los vieron dirijirse en medio de la oscuridad a una carpa situada a cincuenta piés de la suya. Sospechando que Juan Tresdedos habia de tener alguna parte en la brusca salida de aquellos hombres, nuestros dos chilenos los dejaron entrar a su casa, despues se aproximaron suavemente a la tienda, i escucharon al traves de la tela. Escusado es decir que Joaquin i su compañero habian sacado i preparado sus revólvers para el caso de ser atacados.

—¿Tu le has visto? le has mirado bien? preguntó uno de los hombres en el interior de la carpa.

—Perfectamente, dijo el otro; de suerte que podria reconocerlo toda mi vida!

—¿Pero, estás seguro de que éste sea el mismo sujeto?

—Yo no sé nada; pero lo que puedo afirmaros es que yó lo conozco. Yo lo he visto una i otra vez en las montañas i es ciertamente el mismo Juan Tresdedos, uno de los principales personajes de las partidas de Joaquin. Ademas, yo apostaria a que el mismo Joaquin está en el pueblo, porque el que vé a uno ve al otro; casi siempre están en el mismo lugar i raras veces se separan. En todo caso, los tres que están con Juan deben tambien pertenecer a la banda.

—Vamos, hijos, dijo un tercer interlocutor, cuyo acento i cuyo traje inmundo dejaban claro que era un hijo de la Irlanda, todo se explica: hé aquí por qué no cojimos la noche pasada la liebre que cazábamos.

—¿Qué quieres decir, Dumps? Explicáte!

—Eh! de sobra que lo sabeis!... el tesoro de los mineros que habíamos logrado pescar... aquellos bolsillos llenos de oro!... Estoy seguro de que fué ese Juan Tresdedos el que se levantó con el santo i la limosna i el que nos dejó a la luna de Valencia. Hé ahí el misterio!

—En efecto, así debe ser! pero no creo que hayan hecho buen negocio, si acaso tenian alguna cos, porque yo he visto a nuestros hombres jugar i perder sus pesos por centenares en las mesas del monte de la Arcadia. ¡Chilenos del infierno! han tenido necesidad de salir de su extremo del mundo i de entre las hordas de salvajes para impedir a los blancos que ganen sus pobres vidas!....

— Eso es lo que digo yó, murmuró otro. Que se los lleve el diablo! ¿Que es lo que vienen a hacer aquí? Hé aquí cinco dias i cinco noches a que andamós rondando, i apénas hemos podido encontrar un poco de plata sencilla

— Esa es la verdad, en efecto! confirmó Dumps.

— Quiero deciros mi opinion, volvió a decir aquel a quien Dumps acababa de interrumpir. Es menester desembarazarse completamente de ellos! Los daremos al diablo, i terminado el asunto, nosotros seremos los dueños a nuestro turno.

— ¿Crees tú que una sorpresa?

— Oh! nó, Grippi, no se trata de eso absolutamente. ¿Estais loco?... Una sorpresa. Os pregunto, ¿Que pensais hacer con vuestro simple puñal? I por lo demas, ya lo sabeis, batiéndose con ellos, nunca habeis salido mui bien! Ellos saben manejar el cuchillo con un poco mas ajilidad que cualquiera de nosotros! Hé aquí lo que yo propongo: les echaremos la policia encima, i si ella no los descubre, nosotros nos dispersaremos por distintos lados hasta dar con Joaquin. Vosotros sabeis que se ha ofrecido una buena recompensa al que lo pesque, i cuando nosotros lo tengamos en nuestro poder

— Oh! cuando nosotros le tengamos... cuando nosotros le tengamos... Sí, pero todavía no le tenemos!

— Dodger, ¿quieres callar? O no será Joaquin el que me tenga que aguantar primero! Estás tan borracho que no sabes lo que dices. Como ibamos diciendo, cuando tengamos a Joaquin...

— Puede ser que yo le pesque, i si yo le merezco una sola vez, probaré que sé manejar un puñal... Sí!

— I yo me encargaré de probarte que lo sé manejar desde luego, Dodger, si no te tienes quieto..... Tú dices . . . Ah! me has asesinado!

Dodger acababa de sepultar el puñal en el pecho de su compañero.

Inmediatamente se lanzaron todos los de la partida sobre el asesino. Joaquin i Valenzuela, a quienes ya no interesaba el fin del drama, abandonaron su puesto de observacion i se dirigieron hácia su tienda.

A algunos pasos del Hotel de Fremont encontraron a dos convictos escapados de Botay-Bay, que acababa de abandonar la taberna para juntaase a sus camaradas. Ambos parecian estar completamente ébrios.

—¿Que personaje de tanta importancia es éste que anda por esta tierra? preguntó uno de aquellos bellacos, deteniéndose precisamense en las narices de Joaquin.

—Yo no lo conozco, dijo el otro.

—Mientes! demasiado bien lo conoces.

Antes de que hubiera acabado esa frase, el hombre ébrio habia caido por tierra medio muerto i ya espiraba. El puñal de Murieta le habia traspasado el corazon. Su compañero habia emprendido la fuga hácia lo alto de [la colina, seguido de una bala de revólver de Valenzuela; pero esta no le alcanzó i desapareció sano i salvo.

Los dos chilenos continuaron tranquilamente su camino, como si nada de extraordinario hubiera pasado, cuando se encontraron de repente frente a frente de un policial, que les preguntó qué significaba el tiro que acababa de oír. Joaquin se echó sobre la cara su sombrero de grandes alas, desembarazó su brazo, echándose la manta sobre las espaldas, i llevó disimuladamente la mano a su revólver. Despues viendo que se acercaba otro individuo i suponiendo que era otro policial, respondió con un tono político:

—Ese tiro, señor, ha sido el resultado de un accidente, Mi amigo ponía su revólver en la funda, i su cinturón le tomó la llave.

—¿Qué es lo que te hace correr con tanta prisa? preguntó a su colega el segundo policial, que llegó en ese instante.

—Oh! no es nada! dijo el primero; es que sentí un tiro i creí que hubieran asesinado a alguien.

Despues, habiéndose vuelto hácia Joaquin agregó:

—¿Dices que tu amigo ponía de nuevo su revólver en la funda cuando se descerrajó en la mano? ¿Por que habia sacado entónces su revólvers?

—Lo llevaba en la mano, señor; a esta hora avanzada de la noche es mui peligroso recorrer las calles, i sobre todo, hai tanto pícaro! Mi amigo queria estar listo para cuaquier lance.

—¿Entónces, por qué no continuó con el revólvers en la mano?

—Eh! señor, porque yo me venia burlando de sus temores haciéndole presente que no tenia nada que temer.

—Pero al mismo tiempo dices que hai peligro en recorrer las calles? Me va pareciendo que tus respuestas están un poco

contradictorias, amigo, i no sé si debo creerte lo que me estás asegurando.

—Perdóneme usted, señor, lo que queria decirle era que debia aguardar a que el peligro se presentase.

—¿Que te parece, Cárlos? ¿No haríamos bien en arrestarlos? Hai, en efecto tantos bribones afuera por ahora! Ademas de eso, el viento de esta noche parece destinado a propagar un buen fuego; esta parte de la ciudad está admirablemente situada para servir de hogar aun de incendio! Creo que seria prudente apestillarlos.

—Nó, no soi de la misma opinion. Déjalos tranquilos; están en regla. Mándese cambiar chicos. No! aguarden un minuto Ned ¿no tienes ninguna preguntas que dirijirles? Sabes que tú hablas i razones como un abogado de la prision de las tumbas (célebre cárcel de Nueva York).

—Es que yo sé bien lo que digo.

—Sin duda alguna te van a hacer juez en la próxima eleccion; ¿que tal?

—Cállate, tu eres peor que Billiz Mullinghan! Vosotros que disparais tiros de revólvers, como quien se traga un confite, idos a acostar. Ven Cárlos, tengo ganas de volver a la casa de Nile, a tomar un *whiski grog*.

Joaquin saludó políticamente, deseando las buenas noches, i se alejó con su compañero, dirijiéndose hácia la taberna en donde habia dejado a Juan Tresdedos.

—Si ese hombre se hubiese obstinado en llevarnos a la cárcel, dijo Joaquin habria hecho su negocio; le habria muerto en el acto como a un perro.

—I yo habria hecho otro tanto con el otro, dijo Valenzuela

El ruido que desde el interior de la casa llegó a los oidos de los dos chilenos, en el momento que llegaban a la puerta, era una prueba suficiente de que la fiesta continuaba.

Joaquin miró por el ojo de la cerradura i pudo apercibir a Juan Tresdedos, sentado en el mismo lugar en que lo habia dejado; pero tan ébrio con las numerosas libaciones a que se habia entregado, que apenas podia sostener la cabeza. Murieta encargó a Valenzuela que vijilase en el exterior, entró en la taberna, marchó derecho hácia la mesa en que dormia apoyado su insubordinado teniente, i le sacudió rudamente las espaldas.

García se enderezó furioso i sacó su revólvers hasta la mitad.

—Ah! exclamó, Murieta!

—Yo mismo! ven. Quiero que abandones la ciudad apénas amanezca.

—¿Por qué esa determinacion? ¿qué es lo que acontece?

—Por que la policia nos sigue las huellas i dentro de pocos minutos puede ser mui bien que nos vengan a arrestar aquí.

—Caramba! hé ahí una nueva que no me place absolutamente! ¿Cuantos son ellos? preguntó García, sacando su puñal.

—Demasiados para que nos sea posible luchar con ellos, advirtiendo que un millar de ciudadanos se pondrian de su lado para ayudarlos a capturarnos. vamos, ven!

—A fé mia, estoi dispuesto a obedecerte Como quieras.

I García salió de la taberna seguido de sus tres compañeros.

Joaquin condujo a todos sus hombres a la casa del señor Blanco, en donde permanecieron hasta venir el dia.

Entónces envio al otro Blanco, el homónimo (tocayo del dueño de casa) a San Luis Obispo; Borilda i Sanchez debian volver a Stockton i Sonora, sus cuarteles respectivos; Juan Tresdedos recibio orden de tomar el camino de San José i de llegar sin pérdida de tiempo al punto de reunion jeneral,

El mismo dia, despues de las doce, Joaquín i Valenzuela tomaron pasaje para Sacramento, en donde encontraron sus caballos, de allí se trasladaron inmediatamente a Stockton, dirijiéndose a arroyo Cantowa.

Tres o cuatro dias despues de la partida de Joaquin, se esparció en San Francisco el rumor de que acababan de arrestar al célebre bandido i de encerrarlo en la prision de la ciudad. En efecto, se habian apoderado de un pobre diablo chileno, a quien le habia dado la locura de hacerse pasar por Murieta, i que sacaba provecho del terror inspirado por este último.

Un gran número de curiosos fueron a la prision con el objeto de ver el aspecto de ese salteador, de quien no conocian mas que los atrevidos golpes de mano; i todos se volvian persuadidos de que era el verdadero Joaquin, no dudando que un hombre que llevaba esa vida, no podia ménos de estar sucio i desaliñado en su traje, como se hallaba el impostor.

Durante este tiempo. Joaquín viajaba tranquilamente. Juan Tresdedos le robó a un mejicano rico, que vivia a poca distancia de la mision de Dolores, un magnífico caballo ensillado.

con riendas i espuelas de plata, en seguida degolló a cinco chinos cerca del Aviso, con el objeto de despojarlos de sus vestidos; despues asesinó i desbalijó a un tal Santiago Walsh, en los alrededores de la mision de San José.

Este asesinato le valió trescientos cincuenta pesos, fuera de un reloj de oro magnífico i un revólvers. Dos rancheros mejicanos, sobre quienes recayeron sospechas de ese crimen, fueron arrestados i conducidos a San Francisco; pero no tardaron en ser puestos en libertad por faltas de pruebas suficientes.

Una semana mas tarde, otro miembro de la partida, Rafael Quintana, apuñaleó en Santiago, cerca de Columbia, a un ciudadano respetable, verdaderamente inofensivo. Este inesperado asesinato exitó una viva indignacion en el pais. El enérgico oficial Jnan Leary se puso en persecucion del asesino pero los perdió en los recovecos de la montaña.

A la mañana siguiente o a los dos dias, Quintana salió de su asilo i apuñaleó a un tal Samuel Stater i le robó algunas partículas de oro, dos revólvers i provisiones de boca. Solo al cabo de algunos dias, i por casualidad vino a descubrirse el cadáver medio devorado por las aves de presa.

XXV

Preparativo para la grande empresa de Joaquin

Despues de haber devastado el pais durante algunas semanas i de haber sembrado la desolacion entre los desgraciados habitantes a quien ya nada podia quitar: despues de haber perdido en esa lucha algunos de los mas bravos i útiles de los miembros de la partida; despues de haber obligado a sus enemigos a reunirse por todas partes para perseguirlo i sorprenderlo por doquiera que intentara acamparse: despues de haber reunido, mediante esa série de empresas sucesivas, sumas considerables, Joaquin resolvió dejar a Calaveras, que habia invadido despues de su vuelta al cuartel jeneral, para trasladar el teatro de sus operaciones al condado de Mariposas.

Esa provincia debió sufrir a su vez todo lo que habia sufrido la vecina. Nosotros no referiremos la larga série de crímenes de que esa provincia fué a la vez testigo i víctima, esa

seria la eterna repeticion de las escenas sangrientas que hemos descrito ya a nuestros lectores.

El jenio que dirijia i protejia a Murieta parecia no querer abandonarlo aun, en presencia de tantos estraños incidentes que en lo que referian a él se convertian en hechos sobrenaturales i en éxitos estraordinarios, de buena gana pediriamos una esplicacion a la antigua supersticion de los Cherokees, segun la cual ciertos hombres tienen una existencia encantada i no pueden morir sino por medio de una bala de plata.

Aunque constantemente se veian arrojados de un lugar a otro, los bandidos no cesaban por eso de entregarse al asesinato i al pillaje. Por todas partes tras ellos se hallaban un rastro sangriento que indicaba su pasaje, i sus mas atrevidos crímenes eran ejecutados casi a la vista de los que los perseguian.

A cada instante, estos últimos oian, a poca distancia mas adelante, gritos desesperados; apresuraban el paso, pero solo llegaban para ver a la victimas bañadas en sangre, i para percibir aun a los bandidos que, mas audaces que nunca, se alejaban a caballo sin manifestar temor de que se les alcanzase.

Los seides de Joaquin estaban divididos la mayor parte del tiempo en pequeñas compañías de cinco o seis hombres. En cuanto a Murieta mismo, rara vez se le encontraba con mas de cuatro de sus principales tenientes; Valenzuela i Juan Trededos no lo abandonaban jamas. Guerra estaba encargado del campamento, Cevallos estaba en servicio activo, i el único rival que tenia en astucia i en valor para llevar a cabo las mas rudas empresas, era el fiero Antonio.

Este pesaba sobre todo el pais que se estiende desde Pitha a Cache Greeks, i era la desolacion de todos los que tenian caballos en esas rejiones. Cada dia se le perseguia con mas encarnizamiento; pero merced al noble caballo que montaba, lograba siempre escapar. Ese caballo era precisamente el que Juan Tejas habia recibido de Joaquin en recompensa de sus servicios.

Algunos dias ántes de dejar a Stockton, Murieta, en el momento mismo que descansaba en una casa de Hunter Street, supo, por medio de Valenzuela, que Juan Tejas habia sido conducido ante el juzgado del condado por un robo importante. Deseoso de ver a su antiguo amigo, Joaquin se trasladó al tribunal i se sentó tranquilamente en medio de los espectadores.

Mientras el juez pronunciaba contra ése bandido una sentencia que le condenaba a cinco años de prision, Juan recorrió con su mirada toda la estension del tribunal i percibió sentado entre la concurrencia al jefe chileno. Se cambiaron rápidamente un signo imperceptible, i el condenado sintió latir su corazon con la esperanza de una pronta evasion.

Desgraciadamente, Joaquin no tenia en la ciudad mas que tres de sus compañeros, lo que no alcanzaba a constituir una fuerza suficiente. Mas tarde confesó a un americano del campo frances, que si hubiera tenido doce hombres solo en su poder, habria arrebatado al prisionero de las manos de los oficiales de policia, en el espacio que habia de recorrer ántes de llegar a la embarcacion a vapor que debia conducirle a la prision de Benicia.

Cinco meses mas tarde se esparció el rumor de un extraño descubrimiento. Acababa de hallarse en un hoyo, cavado sobre el terreno de un rancho que habia pertenecido a Juan Tejas, un hombre i un caballo. El jinete no habia salido de la montura; las espuelas estaban aun pegadas a sus botas. Todo atestiguaba que ese debia de haber sido herido en el cráneo, en la misma posicion que actualmente ocupaba; evidentemente, su muerte era de fecha atrasada. A su lado se encontraron cráneos i osamentas humanas, último restos de algunas otras víctimas del mismo Juan Tejas. Su rancho estaba situado en lo mas hondo del valle, sobre las mismas riberas del Estanislao.

Una tarde, estando Joaquin reclinado bajo la carpa de uno de los afiliados de su partida, a tres millas del pueblo de Mariposas, se le notificó que acababan de ahorcar a dos de sus hombres, en San Juan, por haber robado caballos. Habian sido perseguidos i arrestados en los potreros entre Gil-Roy i el Pájaro, los habian amarrado sólidamente con cuerdas gruesas, los habian transportado así hasta la ciudad, los habian arrojado en una prision.

Los habitantes que habian sufrido mucho con sus depredaciones, se reunieron en un número considerable, arrebataron los prisioneros a los oficiales de policia, i en virtud de la lei Lynch, ahorcaron inmediatamente a nuestro dos guapos, en dos vigas espresamente clavadas para la circunstancia.

Joaquin apenas supo esta noticia se lanzó a caballo i se

dirigió siempre acompañado de sus cuatro camaradas, hacia el condado de Monterey. Estableció su campo sobre las orillas del San Benito, a poca distancia de San Juan.

Los bandidos permanecieron media semana, poco mas o ménos, cuidadosamente ocultos durante el dia; pero empleando concienzudamente la noche en robar los mejores caballos que encontraban en los ranchos de los alrededores.

Cuando creyeron haber vengado suficientemente a sus dos compañeros, dejaron el campo i condujeron los animales robados a Arroyo Cantowa. La mayor parte de la partida se hallaba reunida, cuando ellos llegaron a su vez. Casi todas las compañías habian terminado felizmente sus expediciones.

Entónces Joaquin comenzó los preparativos de la grande e importante operacion que debia terminar su carrera de bandido chileno en California.

El estaba en intelijencia con los chilenos i mejicanos mas ricos i mas influentes del Estado, i estaba seguro de su cooperacion en el movimiento que proyectaba. Sus intenciones no podia ser ni sospechada por los otros habitantes, que no veian en él mas que un jefe bulgar de bandidos ignorantes i de gandules atrevidos.

Joaquin comenzó por enviar a Méjico al intelijente Antonio, que fué encargado del dinero i de las instrucciones necesarias para armar i equipar a los voluntarios i partidarios, de quienes estaban seguros de antemano que no aguardaban mas que la ocasion para reunirse a la partida.

A Guerra se le despachó a los diversos ranchos de California, en donde se habian establecido depósitos de caballos; él debia reunir a todos los animales que se encontrasen en ellos i conducir al cuartel jeneral a todos los miembros de la tropa que estuviesen esparcidos en el camino.

Joaquin, por su parte, tenia que terminar un asunto importante en San Luis Obispo. Partio en el mismo dia con un solo hombre. El asunto importante no era otro que una entrevista con una dama mejicana, que habia encontrado por casualidad algunos meses ántes en una de sus numerosas correrías. Esa dama, hermana de la primera mujer de Joaquin, la desgraciada Carmela, se habia casado con un rancharo rico de Guadalajara, en Méjico. A la muerte de su marido, ella le habia confiado el rancho a un antiguo campesino, mui

estimado en el país, i se habia trasladado a California para avivar el sentimiento de venganza en el corazón de Murieta e impulsarlo a cumplir sus siniestros proyectos contra los americanos.

Ella le oyó manifestar su firme voluntad de dejar el Estado en poco tiempo mas; i viendo que le seria imposible disuadirlo, le pidió su consejo i a la mañana siguiente de su entrevista se volvió á Méjico.

A la mañana siguiente, Joaquin pensó de poner a las mujeres en un punto seguro, a donde no pudiera llegarles ningún género de peligro. Colocó bajo el mando del bravo Cevallos a veinte de sus hombres mas determinados, todos armados hasta los dientes, i a esta compañía se le confió el encargo de custodiar i escoltar a las señoritas hasta la provincia de Sonora.

El mismo Joaquin les trazó el camino que debian seguir: debian caminar a lo largo del golfo de California, dirijiéndose por las misiones de Santa Carolina i de San Pedro, tomando despues por San Francisco de Borja i la mision de Santa Jertrudis, i cruzando al traves de un país montañoso, que Cevallos i los hombres de la escolta conocian como las palmas de sus manos.

Por lo demas, Joaquin quiso acompañar él mismo a las damas hasta cierta distancia del campo, en fin, se despidió tiernamente de su querida, la encantadora Clarina abrazó con gran contento suyo a las otras jóvenes, i volvió al cuartel jeneral que no iba a estar animado en adelante con aquellas dulces i alegres criaturas.

Reflexionando que lo mejor era esperar la llegada de los nuevos partidarios de la Baja California i de la Sonora, antes de reunir todo el contingente de que él mismo podia disponer contramandó las órdenes a las rejiones circunvecinas. Con una compañía de seis hombres se trasladó personalmente hácia Calaveras, saqueando durante todo su pasaje. Así llegó hasta la vecindad de Jackson, penetró en la cabaña de un minero llamado Jewel, miéntras este estaba trabajando, i le llevó trescientos pesos en oro, un revólvers de Colt i muchos otros objetos. Sus compañeros inseparables, Valenzuela i Juan Tresdedos, formaban parte de esta espedicion, i nunca el sangriento García se encontró mas en su elemento que

durante la permanencia de la compañía en Calaveras i los condados vecinos.

El éxito habia secundado a los bandidos durante todas las operaciones intentadas en el espacio de tres semanas sobre el territorio setentrional del condado de Calaveras, i habian robado a los habitantes notables cantidades de oro, de manera que Joaquin creyó que debia cambiar de terreno.

Antes de la partida se le reunieron quince de sus hombres que acababan de hacer una escursion por los alrededores de Thoms Greeks, en el condado de Coluri, habian robado un cierto número de magníficos caballos i se habian separado cuatro de ellos para conducir a los animales al cuartel jeneral.

Joaquin retuvo a su lado este refuerzo inesperado, remonó hácia la fuente del Estanislao i continuó en los ricos valles que riegan ese rio, las escenas de desolacion que hemos visto renovarse tantas veces.

XXVI

La compañía del capitán Harry Love.—Muerte de Joaquin Murieta

Despues de una permanencia de dos semanas en los valles que atraviesa el Estanislao, Joaquin se adelantó hacia las orillas del Mariposas i de la Merced. Señaló su paso por esa parte con depredaciones verdaderamente colosales despues de lo cual envió al cuartel jeneral de Arroyo Cantowa a los hombres que lo acompañaban, con escepcion de seis que habia reunido primitivamente.

Se retiró con los últimos al rancho de un mejicano, cerca de San José; en el camino mató a un frances que tenia un jardin público, i estuvo algun tiempo oculto en la casa de su amigo. Este que se llamaba Francisco Sicarro, estaba secretamente afiliado a la partida, lo que esplica el refugio que concedia a Murieta.

La estrema prudencia con que se conducia el jefe llevando a cabo sus planes de operaciones, se manifestó sobre todo hasta la evidencia en el caso relativamente poco importante que vamos a relatar.

Una tarde, sintiéndose un poco dispuesto para beber i no

queriendo, por consiguiente. hacerlo en una casa pública, envió del rancho a San José a un indio con el encargo de traerle una botella de licor. Cuando su mensajero hubo partido, le sobrevino una especie de inquietud, un temor de que lo traicionase; se lanzó a caballo, alcanzó, dando una vuelta, al indio en el camino que pasa cerca de San Lorenzo i lo mató.

Tales eran los incesantes tributos que hacian pagar los bandidos a los ciudadanos de todo el Estado, tales sus violencias, tales sus actos de pillaje, tales, en fin, todos sus crímenes, que la justicia hubo al fin i al cabo de moverse seriamente.

Una peticion cubierta de firmas fué presentada a la Cámara Lejislativa, con el objeto de obtener para el capitán Harry Love la autorizacion de formar una compañía de caballeria, con la cual pudiese aprehender, arrojar del país o exterminar las numerosas partidas que no cesaban de poner en peligro la vida i la propiedad de todos los ciudadanos. En efecto, se votó un decreto en este sentido, que fué firmado por el gobernador del Estado el 17 de Mayo de 1853.

El 28 del mismo mes, Harry Love tenia organizada su compañía: el salario fijado a cada uno de los hombres era de 250 pesos al mes; la existencia legal de la compañía estaba limitada a tres meses, i el número de los hombres que la componian no podia pasar de veinte. Aunque el sueldo mensual no era mui sabido, para aquella tierra, cada jinete estaba obligado a alimentar su caballo, a proporcionarse sus provisiones i su equipaje sin tener derecho a indemnizacion.

Love no vaciló un instante; inmediatamente tomó el mando de los veinte hombres de empresa, que escujo el mismo entre una multitud de bravos compañeros que habian servido a su vista en la guerra de Méjico i de Tejas. Cuando estuvieron reunidos, se puso a su cabeza, i marchó bien decidido a no volver a San Francisco sin haber encontrado al mas formidable bandido que haya figurado jamas en los anales del crimen.

La historia debe conservar los nombres de esos veinte bravos compañeros que lo seguian. Estos eran:

El capitán P. E. Comer
C. F. Bloodworth
G. W. Evans

Georje A. Nuttall
Lafayette Black
Doctor D. S. Hollister

Capitan W. Burus	P. T. Herbert
John Nttall, comisario	John S.
W. S. Henderson	Whitd Pcol'etsr
C. W. Mac. Gowan	James M. Nerton
Robert Masters	Cohs Young
Mayor W. H. Harvey	E. B. Van Dorn
Coronel Mac. Lane	D. S. K. Pighott

A medida que esta intrépida aunque poco numerosa compañía pasaba a caballo por los pueblos i aldeas del interior, los habitantes la segnian con sus miradas inquietas, como si estuviesen anticipadamente condenados a morir. Pero se olvidaban de que estaba a su frente un jefe que investia autoridad del Estado, cuya esperiencia era el fruto de las guerras peligrosas de Méjico i de Tejas; un jefe, en fin, cuya alma era tan severa, tan inflexible como la disciplina porque habia pasado, i cuyo espíritu era tan decidido como el audaz bandido contra quien se le enviaba.

El capitan Love se puso desde luego pronto i enérgicamente a la obra; para obtener un conocimiento completo de los movimientos del jefe chileno, queria saber cuales habian sido los lugares en que se habia detenido últimamente, buscar sus huellas mas recientes con el objeto de poder caer sobre él en el momento en que ménos lo esperase i en el punto mas favorable al éxito de la empresa.

El 3 de Junio, Pedro Sanchez, que se encontraba en San Francisco en compañía de Juan Tresdedos, fué muerto en un lugar llamado Martinez, no lejos de Columbia, por un español llamado Albino T-bas.

Estaban disputando por una suma de dinero que habian robado en comun; Sanchez irritado por la obstinacion de su cómplice, se adelantó contra el con el puñal en la mano; T-bas se hizo hacia atrás, retrocediendo algunos pasos i sacando su revólvers disparó cuatro veces; una sola bala tocó a Sanchez, pero fué bastante para tenderlo muerto a los pies del español.

Por una estraña coincidencia, Borilda fué ejecutado en Stockton el mismo dia por haber asesinado a un tal Janes.

El bandido habia sido comisionado por Joaquín para matar a un mejicano que habia ofendido al jefe; tratando de

cumplir esta mision, fué como hirió mortalmente al susodicho Janes, que se encontraba en el mismo cuarto, precisamente al lado del individuo sentenciado por Murieta. Borilda se reconoció culpable del asesinato de tres hombres, i confesó su participacion en un gran número de otros crímenes de mas o menos importancia.

Un dia o dos ántes de la ejecucion, divisó sobre una mesa un revólvers que se hallaba a su alcance, se apoderó de él i quiso darse muerte; pero el revólver no disparó.

Joaquin Blanco, el tercer compañero de Juan Trededós en San Francisco, fué muerto cerca de Stockton, al dia siguiente, por otro chileno llamado Enjenio Cuzal.

En la tarde del 9 de Junio, cuatro bandidos que conducian cuarenta caballos, llegaron al rancho de Andres Ibarra, a 20 millas poco mas o ménos de San Luis Rei, i sin provocacion ninguna, tiraron sobre la familia del rancheiro e hirieron a una persona en una pierna, i se apoderaron de todo lo que pudieron descubrir en materia de oro o de objetos de cualquier valor. De allí se trasladaron a San Márcos i mataron dos novillos.

Al dia siguiente, una pequeña partida salió de San Diego para darles caza; pero por la imposibilidad de seguirles la pista despues de puesto el sol, se vió en la necesidad de poner punto a esa hora a su persecucion. Se enviaron mensajes a diversas tribus indias con el objeto de comprometerlas a que persiguieran a los merodeadores. pero estos ya habian tenido tiempo de retirarse a las montañas.

Focos dias despues se supo que habian robado ocho caballos en Santa Margarita, habiendo sido encontrado uno de ellos entre el rancho de Ibarra i el de San Márcos.

Perseguidos por todos lados, por hombres determinados, con quienes no queria absolutamente llegar a las manos, por temor de sufrir una derrota que comprometiese sus grandes proyectos i destruyese sus esperanzas por tanto tiempo acariciadas, Joaquin resolvió retirarse a un lugar aislado i desierto i permanecer oculto hasta la llegada de los refuerzos que esperaba de Sonora.

A principios del mes de Julio, Murieta se introdujo en el rancho de don Andres Pico, en San Fernando, en el condado de los Anjeles, i se apoderó de cincuenta caballos. Adelantó

en seguida hasta el rancho de San Francisco, en el mismo condado, i allí encontró un vaquero que le acusó de haber robado los caballos de don Andres, i le advirtió que seria perseguido

Murieta entregó entónces al vaquero cuarenta i tres animales que le encargó devolviese en San Fernando, agregando que él tenia necesidad de los otros siete. Despues pasó al condado de Santa Bárbara i salvó la parte mas elevada del litoral de Santa Ines, de donde pudo sin dificultad descender al valle de Tulare.

Por informaciones secretas que habia recibido de que Joaquin se encontraba en aquella parte del pais el capitán Love se dirigió hácia ese lado con doce de sus hombres, i el resto de la compañía se consagraba a investigaciones en otras direcciones.

Llegando a los planes de Tulare al rayar el alba, ápercibió a alguna distancia, a la izquierda, un poco de humo; ese detalle, en apariencia vulgar i de poca importancia, le pareció que no debia ser desperdiciado. Torció hácia ese lado i adelantó prudentemente hácia el punto desde donde se elevaba el humo; desde luego no vió mas que algunos caballos perdidos como a unas quinientas varas del lugar; pero aproximándose un poco mas, trepando una pequeña colina, descubrió de repente sobre un montecillo, al jefe chileno i a sus seis compañeros alrededor del fuego.

Uno de ellos, ocupado en cocinar, sintió a la vista que se adelantaba; dió el grito de alarma cuando los americanos estaban aun a cien varas del campamento. Los bandidos saltaron en el acto sobre sus caballos. Los cazadores de Love se lanzaron tras de ellos a todo lo que daban sus corceles, i la persecucion no cesó por su parte, como no cesó tampoco el fuego hasta el momento en que Joaquin i Juan Tresdedos cayeron bajo las balas, i hasta que dos de sus compañeros fueron echos prisioneros.

El atrevido chileno huia con tal rapidez, que estaba ya a punto de escaparse; algunos pasos mas i se habria encontrado fuera del alcance del revólver, cuando el capitán Love, viendo que no podia asestarle al jinete, apuntó directamente al caballo i le mandó una bala por los costados. El noble animal se abatió por un segundo, despues, recobrando su ar-

dor a pesar de la herida que acababa de recibir, siguió adelante mas impetuoso que nunca, i así atravesó un espacio de cerca de cincuenta varas. De repente, Joaquin lo vió arrojar sangre por boca i narices i el pobre animal se desplomó para no volverse a levantar.

Murieta corrió algunos instantes a pié; despues, viendo al capitán i a uno de sus hombres acercarse cada vez mas se volvió i descargó en su direccion sus dos últimos tiros de revólver. En el instante mismo le llovieron encima una porción de balas; sintió que su hora se habia llegado; i suplicó a los americanos no tirasen mas.

—Os habeis apoderado de mí por sorpresa, les dijo: pero no importa! muero contento...estoi bastante vengado!

Inclinándose sobre si mismo, mas pálido a medida que su sangre se derramaba por tres o cuatro heridas, llevó la mano izquierda a su corazón, permaneció algunos segundos apoyado sobre su brazo derecho i luego exclamó:

—«Carmela mia!...la última palabra que pronuncian mis labios es para tí!...yo no habia nacido para el crimen;...pero los villanos asesinatos cometidos en vuestro hermano i en tí misma por esos malditos yankees, cambiaron mi ser en otro ser,...i sobre vuestro cadáver anegado en sangre, que yacia tendido a mis pies, juré vengarte,...i te vengué! El nombre de Joaquin Murieta, esposa mia, quedará por mucho tiempo grabado en la memoria de esos cobardes americanos, que lo recordarán con terror!...Mi venganza esta satisfecha,...muero tranquilo! Adios, Carmela mia!...» i exhaló el último suspiro.

Entre tanto, Juan Trededós, siempre perseguido por dos o tres yankees, huía al galope de su caballo; aunpue herido de once balas, alcanzó a correr todavia milla i media por el plano. Iba como el viento; de minuto en minuto ganaba terreno sobre el enemigo, cuyos caballos poco habituados a un ejercicio semejante, luchaban frecuentemente contra la irregularidades del suelo. Al fin, viéndose a punto de ser prendido, dirigió una mirada salvaje a los yankees i descargó hácia ellos su revólver de cinco tiros: uno solo produjo efecto las cuatro balas restantes cruzaron el espacio.

Todo estaba contra él. Apesar de eso, no quiso caer vivo en mano de los americanos i se negó a rendirse; continuó huyendo, jurando que le rompería la cabeza con la cacha de

su revólver al primero que osase tocarle. Por fin, una bala le rindió a su vez; murió casi instantáneamente.

El combate se habia trabado en otros puntos al mismo tiempo. Los cazadores del capitan Love lograron por fin rennirse a su jefe, trayendo consigo a dos prisioneros; uno de los bandidos, cuyo nombre ignoramos, habia sido muerto; los otros dos habian logrado salvarse; su compañero sucumbió a causa de las heridas que habia recibido.

XXVII

CONCLUSION

Despues de este sangriento encuentro, el capitan Love reunió los despojos del enemigo; estos consistian en unos cuantos magníficos caballos, que fueron mas tarde devueltos a sus propietarios, seis admirables monturas chilenas, seis revólvers Colt, espuelas de plata, mantas de merino, i un par de pistolas de arzon.

Como los cazadores de Love se volvian a San Francisco, uno de los prisioneros rompió de repente sus lazos i se fué valientemente a arrojar a un canal lleno de agua, donde se ahogó. Su compañero fué colocado en la prision del condado de Mariposas; allí permaneció hasta el momento en que la compañía pudo disolverse, i entónces fué condenado.

Allí hizo confesiones que probaron la porticipacion de un gran número de sus compatriotas en los crímenes cometidos por él. Se preparaba a hacer declaraciones mui importantes aun, con el objeto de librarse del último suplicio, cuando aconteció un raro incidente. A media noche las puertas de la prision fueron forzadas por una partida de chilenos i mejicanos, que se llevaron consigo al preso i lo ahorcaron por traidor.

Estas jentes eran evidentemente miembros activos de la partida de Joaquin, afiliados secretos i algunos rancheros deseosos de prevenir las revelaciones comprometentes de su antiguo cómplice.

Los cazadores de Love no podian ya tener en vista mas que un solo objeto: obtener las recompensas prometidas en todo el pais al que prendiera o matase al célebre jefe de los

bandidos. Ciertamente que esas recompensas habia sido bien merecidas por el coraje que habia desplegado, los peligros que habia tenido que arrostrar, la intrepidez con que habian perseguido a Murieta hastas las montañas, en medio de su misma partida, en fin, por la jenerosidad i abnegacion de que habian dado pruebas en el campo de combate.

Antes de todo, era menester demostrar al pueblo la realidad de los hechos, porque sin eso jamas se habria querido creer que el famoso Joaquin habia sido muerto; indignas sospechas se habrian levantado, a pesar de todo, contra la reputacion del capitan Love Hizo. por consiguiente, lo que en cualquiera otra circunstancia no habria hecho jamás. Se le cortó a Murieta la cabeza por su orden, se llevó a toda prisa al pueblo mas vecino, a ciento cincuenta millas de allí, en donde por fin pudo encontrarse alcohol para conservarla.

El dia 14 de Agosto llegaron Mr. Black i Mr. Nuttall a Stockton, llevando consigo la cabeza del famoso bandido, cuyos salteos sin número le habian conquistado un nombre sin igual en los anales del crimen, la asombrosa rapidez de sus movimientos, el número de sus cómplices, la estension de sus operaciones sobre un territorio excesivamente vasto, todo esto tan frecuente, habia puesto su nombre a la orden del dia en puntos tan diferentes a la vez i algunas veces tan distantes los unos de los otros, que muchas personas lo consideraban como una persona imaginaria, como un mito a quien se le atribuian por un error todos los actos diabólicos de los malhechores refugiados en el pais. Aun despues de su muerte, circuló el rumor de que se hallaba en los paises del Sur, continuando su sistema habitual de asesinatos terribles, i saqueando como en el pasado los ranchos i los campamentos de los mineros.

Los señores Black i Nuttall llevaron consigo, ademas de la cabeza del bandido, numerosos certificados de declaraciones hechas por personas que habian conocido perfectamente a Joaquin; era, pues, imposible poner en duda su identidad i no creer las aserciones del capitan Love i su jente.

La cabeza fué espuesta en público para que la poblacion pudiese verla i juzgar por sí misma. Se colocó un cartel en las calles indicando a todo el mundo el punto donde podria

verse el horrible trofeo. Este cartel estaba concebido en los términos siguientes.

Puede verse la cabeza de Joaquin

RINCON DE LAS CALLES DE
HALECK I SANSON, AL FRENTE DEL TEATRO AMERICANO

Entrada..... 1 peso

Entre las numerosas declaraciones, los testimonios, los certificados destinados a probar la identidad de la cabeza, se hallaban estos, que traducimos testualmente:

“Estado de California.—Condado
de San Francisco.

Ignacio Lizarraga, de Sonora despues de haber prestado juramento, declara: que él ha visto la pretendida cabeza de Joaquin, que ahora está en poder de los señores Nuttall i Black, tenientes del capitan Love, la cual ha sido espuesta al público en el establecimiento de John King, calle de Sanson; que el esponente conocia perfectamente a Joaquin Murieta, i que la cabeza arriba mencionada es i ha sido siempre la cabeza de Joaquin Murieta, el célebre bandido chileno.

(Firmado).—*Ignacio Lizarraga.*»

«Certificado ante mí, el 16 de Agosto A. D. 1856.

Cárlos D. Caster, notario público.»

“Estado de California (Estados Unidos)
Condado de San Joaquin.

«Hoi, dia 11 del mes de Agosto del presente año de 1853, ante mí, A. C. Baine, juez de paz de dicho condado, compareció en persona el reverendo padre Domingo Blaine, quien declara bajo juramento, conforme a las prescripciones de la

lei, que ha conocido a Joaquin, el famoso bandido; ademas, que acaba de examinar la cabeza que ha sido tomada i que se halla actualmente en posesion del capitan Conner, uno de los tenientes de Harry Love, i que el tiene la conviccion que la tal cabeza es la del mismo Joaquin que ha conocido hace dos años, como lo ha declarado mas arriba.

(Firmado).—*Domingo Blaine.*»

«Certificado i firmado ante mí, el antedicho dia.

A. C. Baine. Juez de paz.»

Esto acontecia, como se decia en tiempo de los romanos, bajo el consulado de M. Dillon, uno de los mas firmes i mas dignos consules franceses que hayamos encontrado, uno de los mas nobles corazones que puede imaginarse.

Todo el mundo corria a ver la cabeza de Joaquin; nosotros mismo la contemplamos con detencion. Realmente era una hermosa cabeza, que justificaba el apresuramiento con que se iba a casa de Juan King para examinarla. Sabe Dios cuántas opiniones verterian en ocasion los americanos partidarios de la doctrina de Gall!

Despues de haberla tenido por el tiempo necesario en San Francisco, llevaron la cabeza de Joaquin a todas las partes del Estado para certificar si estaba conforme. Se envió tambien la mano mutilada de Juan Tresdedos. Algunas personas, un tanto superticiosas, no dejaron de aterrorizarse al descubrir que las uñas le habian crecido como una pulgada despues de haber sido cortada la mano.

Despues de una minuciosa verificacion, el coronel Bayler, gobernador del Estado, mandó pagar al capitan Love la suma de mil pesos, que habia prometido personalmente al que tomase al bandido muerto o vivo.

Un poco mas tarde, el 15 de Mayo de 1854, la Cámara Legislativa de California, considerando que no habia sido suficientemente recompensado el importante servicio que el capitan Love acababa de prestar al pais, librándolo de una plaga semejante, decretó que se le adjudicase una suma suplementaria de cinco mil pesos.

Aunque la muerte de Joaquin habia causado a su partida una pérdida irreparable i la habia obligado a disolverse momentáneamente, los bandidos, formados en pequeñas compañías i mandados por jefes atrevidos, continuaron con las mismas depredaciones i los mismos asesinatos, de manera que habia veces que hacia dudar sobre si realmente habia dejado de existir el verdadero Joaquin.

Hacia el fin de 1854, el diputado Sheriff Harrison vendió la cabeza de Murieta, por haber quebrado la persona que hacia el negocio de exhibirla al público,

Se la vendia en remate. Cuando estaba en las pujas, un holandés gritó, en un verdadero raptó de indignacion.

—Oh! ¿cómo os atreveis a vender la cabeza de un prójimo vuestro? Estad seguro de que nunca os favorecerá la fortuna i no conteis ni con vuestra vida.

Las pujas habian llegado hasta ese momento a la cifra de sesenta i tres pesos. Conmóvido por la observacion del holandés, el comisario que remataba no tuvo fuerzas para seguir adelante i dejó caer el martillo de marfil. Se adjudicó, pues, la cabeza en sesenta i tres pesos.

Un poco mas tarde, Harrison se suicidó. El comprador, que fué un armero conocido bajo el nombre de Natche, se mató accidentalmente preparando una pistola cargada.

Tal es la historia del famoso jefe de bandidos que haya existido jamas. Trazándolas segun datos auténticos, de acuerdo con documentos oficiales, por decirlo así, una que otra vez acaso hemos añadido el colorido a los hechos, pero no hemos referido uno solo cuyo fondo no sea la pura verdad, i rigurosamente exacto.

Esta interesante narracion puede considerarse como una parte de la historia verídica de los primeros tiempos de California.